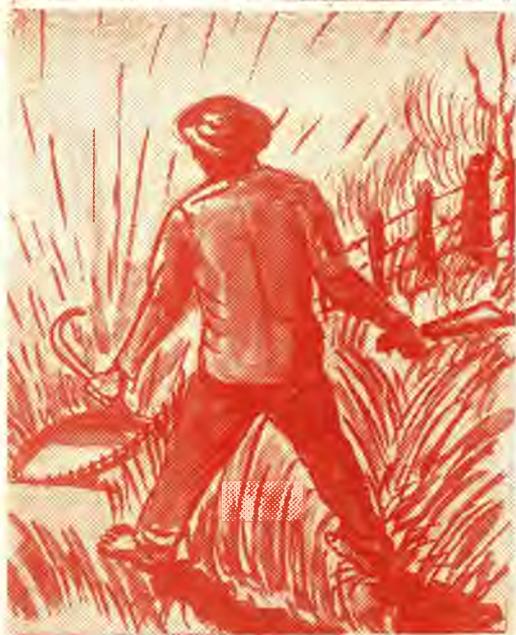


CHANGMARIN

FARAGUAL

TRECE CUENTOS de la TIERRA



Panamá, R. de P.



Carlos Francisco Changmarín

nació en el caserío de Leones, perteneciente al corregimiento de La Colorada, en el distrito de Santiago. La fecha: el 26 de febrero de 1922. El mismo explica orgullosamente la autenticidad de sus esencias campesinas. Hizo los estudios primarios en la Escuela Dominio del Canadá, de Santiago. Se graduó de Maestro de Enseñanza Primaria en la Escuela Normal Juan Demóstenes Arosemena, de la capital veraguense. Ejerció el magisterio en Boquete y en La Colorada y fue durante varios años Profesor de Dibujo en el mismo colegio en donde obtuvo su diploma de maestro.

Casi niño aún, todavía en las aulas de la Normal de Santiago, despierta la admiración y el entusiasmo de la crítica literaria nacional al obtener una Mención Honorífica en el Concurso Literario Ricardo Miró con un libro de hermosos versos que varios años más tarde edita el Departamento de Cultura del Minis-

FARAGUAL

EDITADO POR EL DEPARTAMENTO DE BELLAS ARTES Y PUBLICACION
DEL MINISTERIO DE EDUCACION -- PANAMA

CHANGMARIN

FARAGUAL

13 Cuentos Panameños

Segundo Premio del Concurso Nacional de Literatura,
"Ricardo Miró", sección de cuentos — 1959 —

Panamá, R. de P.

1 9 6 0

DEDICADO A

FAUSTINA MARIN, mi madre,

a *LUISA ENEIDA*, mi esposa,

a *ROSA MARIN DE WONG*, mi tía,

Y a todos los TRABAJADORES DEL CAMPO.

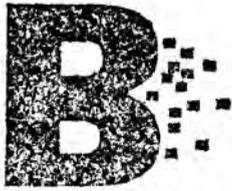
“El Estado dará protección especial a la colectividades campesinas e indígenas, con el fin de integrarlas de manera efectiva en la comunidad nacional, en cuanto a sus normas de vida, lo económico, lo político y lo intelectual”.

— *Constitución Nacional de Panamá* —

* * *

“La sociedad humana, tal como Dios la ha establecido, está compuesta de elementos desiguales. En consecuencia, es conforme al orden establecido por Dios que existan en la sociedad humana príncipes y súbditos, patronos y proletarios, ricos y pobres, sabios e ignorantes, nobles y plebeyos”.

(Pío X—18 de Dic.—1903)



FUNDACION PRO
HELDON ECA
NACIONAL
DE PANAMA

*DONACION DE
Gonzalo Brenes C.*

19 MAY 2003

"BÚJO"



A César Candanedo

—Ñoé, ñoé!...

—Carajo, ponle la mamaera con guarapo, a la mica esa, pa que se calle er jocico—, gruñó la vieja.

La muchachita buscó la botella, limpió el mamón con el sucio traje. Se agachó en un rincón del rancho; sacó la tula; la destapó y echó media totuma de guarapo. La vasija hervía. La chiquilla probó primero; vertió en la botella; ajustó el chupón y le puso la mamadera a la nena que seguía berreando enrojecida con los mocos saliéndosele de las narices y la barriguita esponjada, como un tamborcito.

Cuando la hermanita le puso la botella, la nena mordió el mamón extrayendo con toda la fuerza el líquido, y a medida que se lo tragaba, todo su cuerpecito se fue aplacando, enterneciendo y al fin quedó dormida.

La vieja abuela continuaba, afuera del rancho, con la mano de pilón descascarando el arroz. Todos los días hacía la misma cosa. Escupía. Continuaba pilando. Revolvía el fondo del pilón; echaba arroz en la batea; lo venteaba.

—Oye, Chencha, andá onde Ño Pin y díguele que me mande una poquita e san.

—Ñoé...ñoé!...

—¡A bueno, y ahora...!—, exclamó la vieja al oír llorar de nuevo.

—Máma, ta la niña cagá!—, advirtió la chiquilla.

—Déjala y veme a buscal la san, digo!

—Po Máma, si ta cagá!

—Carijo, y voj no tai también? Y tiuto mundo no ta...? Jay umbe! Guerta y digo que me tréigaj la san, ende No Pin.

—Guela, si No Pin dice que no tiene.

—Bueno, demonia, anda y dijle que si no tiene, no hay “bujo”.

La muchachita fue corriendo al rancho de No Pin. La nena siguió llorando. Luego empezó a manosear el excremento y después no lloró más.

Un puerco entró al rancho y metió el hocico en la “chinchorra” donde estaba la niña.

—Puerco! Puerco puñeterísimo... Jo!—. La abuela dejó la batea en una talanquera y tomó la niña en sus brazos.

—Niña...mi linda cagaíta, umbe! Vamo a limpiarle er culito...mi linda!

Bastante tarde regresó Tacho. Inscrustó el machete encima de la solera; se quitó las cutarras; colgó el sombrero en la oreja de un horcón y entró al rancho. Despojóse de la camisa mojada, y luego se arrimó junto a las piedras del fogón. La vieja destapó la paila; sacó el arroz y los frijoles.

El hombre tomó la cuchara de palo en su mano.

—Diáulo, Mama, y ej que no hay san?

—No Pin, puej!

—Ese puta e Ño Pin, cuando venga aquí....jo!—, Exclamó el hombre hambriento.

Luego, se incorporó machacando duramente el arroz sin sal ni manteca. Se fue al rincón, abrió la tula y vació en la totuma. La noche húmeda, espesa, poblada de cantos de bichos y pájaros nocturnos, se dejaba caer pesadamente sobre los matojos y las colinas. En el fondo relampagueaba, de vez en cuando y una saloma caminera cortaba la negrura. Entonces Tacho sentía la sangre cálida subir a la cabeza. El guarapo de la junta, tomado durante toda la faena se encontró con el que acababa de ingerir y se fue quedando quieto, soñoliento, tibio, y vino trepando por la flacura de su cuerpo el recuerdo doloroso de su mujer muerta. Adentro, la vieja había acomodado a las dos chiquillas, y con un tabaco en la boca, sentada en el camastro de carricillos, entreveía a su hijo; escupía y esperaba el sueño.

Tacho, apenas dibujado, de vez en cuando por los sigzagueantes fucilazos, siente que el guarapo lo hace más triste. Porque unos días atrás se le murió la mujer. Entonces quedó con las niñas huérfanas. Después mandó a buscar a la Abuela, y ahora, en medio de la más apretada miseria, él no sabe cuál ha de ser su fin, ni sabe para qué vive en ese son. Sobre sus hombros quedó la deuda de sesenta pesos por el atáud de la difunta. No había plata para nada...por qué se vino a morir en ese momento?

Iba para el pueblo, cuando de repente le entró las ganas de parir.

—Dejáte e pendejá oye, y vamo caminando—, le gritó él.

—Tacho, yo jallo que me voy pariendo —, gimió ella.

—Pero aguanta, coño!

—Tacho, no puedo!

Entonces la mujer se echó bajo la sombra de un algarrobo. Sudaba como una yegua. Luego, casi desfallecida se extendió. Tacho creía que la mujer estaba pen-dejeando, porque antes había parido bien. Pero ahora no podía, porque estaba flaca, huesuda, transparente. Era un trapo. Ella había sido hermosa. Después del primer parto, aún lo parecía. Pero era una belleza superficial. Pronto la falta de comida, el exceso de trabajo, hincaron sus garras terribles y fueron desbaratando su hermosura; luego su hemoglobina; más tarde, la respiración y por último la ramazón de sus nervios.

Allí mismo la “entregó”.

Tacho no sabía qué hacer. Se le murió en los brazos. Se ahogó la criatura, el muchachillo que venía con su trompita a pesquisar el mundo; a darse cuenta de sus contornos; a bautizarse con el “bujo”, la miseria, y la explotación de la vida, con la pútrida “conga” fermentada.

Los ranchos, como dos fantasmas pobres, asustaban la noche. En otros, tal vez los ratones hurgarían aquí y allá. Pero en éstos ni los ratones recorrían el bajareque, porque ya sabían que nada iban a encontrar. Los ratones no beben “bujo”.

Pero el guarapo llena. En la mañana, cuando la boca amanece seca y la barriga pegada a las costillas, la totuma clara de guarapo es como una bendición. No hay café en los ranchos de los pobres. La totuma de guarapo lo reemplaza, y el hombre, desentumeciéndose, pugnando por despegar los hinchados párpados, con la vasija temblando en las manos, esa mañana y todas las mañanas, tal vez va a la muerte, pero despacio y con desenvoltura. No siente el hambre. Toma la “champa” y el sombrero. Camina por allí. A veces sin rumbo fijo; otras, a pagar un peón, o mendigar un salario.

Cuando otros, al medio día, se acucillan frente a una olla común y meten las manos sacando pedazos de huesos, yuca y posta, los guaraperos hunden el bozo en una honda totuma burbujeante; la levantan, cierran los ojos y todo parece que sigue lo mismo y que la palabra hambre es sólo una voz inexistente, una apariencia cualquiera.

Luego gritan, saloman, tornan a inclinarse sobre el potrero, o el rastrojo. El sol arriba, como un tirano los aperrea con sus rayos. El sudor corre copiosamente. Las camisas se pegan al cuerpo y entonces, con el cuerpo caliente, no es bueno tomar agua fresca y se grita a todo pulmón:

—¡Mano, er “bujo”!

Pero el guarapo también sirve para aumentar la alegría y para hacer que se duplique la tristeza. Por eso mugen los hombres en sus jumas terribles y otros caen al suelo riéndose hasta el último estertor. La muerte viene, es verdad, poco a poco. Ellos se tornan pálidos, cada vez más transparentes, y cuando se hinchan, entonces sí, manito, que ya no se puede beber más... porque uno se pela. Pero frente al último reducto, no tiemblan. Saben que tienen que morir, porque todos fenecieron, y piden más bebida, porque la “sede” es honda y la muerte lenta.

Ahora la noche traía largas salomas de hombres que se quedaron en la casa del dueño del trabajo y remataban la bebida. De allá regresaban, pasaban frente al rancho; gritaban y desafiaban. Gruesas palabras rodarían junto con sus cuerpos, los sustantivos más sucios, las peores vulgaridades del idioma castellano. Y dichas voces enguarapadas llenarían el sendero de inmundicia humana. Y así, tambaleándose, empañados, esmirriados, se tirarían en el suelo del rancho, hasta cuando los pájaros del amanecer les dijeran que la vida seguía nuevamente y que

F A R A G U A L

muy pocas cosas habían cambiado para gente de su clase. Luego, turulatos, amodorrados, se levantarían, sin limpiarse la boca, sin lavarse el rostro, a poner un poco de hojas de naranjo en una vieja olla.

El horizonte es corto; el mundo es estrecho. Termina allí detrás del alto mango, en el pajal de faragua donde mea el ganado; al frente, en la cerca de piñuela, y para arriba, hasta donde dé el ojo.

Luego aparece una tula... allí hay "bujo". El "bujo" es un camino abierto hacia la libertad negada en la vida. Sobre el carro de sus vapores, como reyes antiguos, vagan por el "piazo" de cielo que les toca.

La vida tiene bellezas y abundancias para otros. Para ellos, muy poca cosa, la muerte.

También la totuma de guarapo, por la mañana, antes de acostarse, porque el guarapo llena, apaga la sed, adormece el cerebro y no hay tiempo ni lugar para pensar en la amargura, en la honda miseria o en quienes ponen la pata empolainada en el pescuezo de los pobres. (*"Dios ha introducido la esclavitud en el mundo como una pena del pecado; el querer suprimirla sería pues, elevarse contra su voluntad"* — San Agustín.—)

Un día subirán por la inmensa escalera:

—Tun, tun...

—Quién es?

—Yo? San Pedro!

—Bueno, mano Pedro, voy pa'rriba.

—Un momento, amigo, Ud. viene borracho.

—Ejto no señol, calentoncito, na maj.

—Para ver, abra la boca. Hum... “bujo”, no es verdad?

—Vea Pápa, no le pego mentira, oyó. Poro como no había ni tierra, ni gandulej, ni na...!

Todo eso pensaba Tacho, frente a la noche, con la tula a un lado. Mañana o pasado venía la “dientúa” a buscar a la Abuela. La vieja, lo estaba sabiendo ya, y por eso se le pasaba del fogón al recipiente del “bujo”, embotrachándose. Cuando ella pelara el bollo, entonces la cosa se pondría color de hormiga. Iba a verse obligado a regalar las mocosas. Ya había tratado la mayor, pero nadie quería hacerse cargo de la pequeñita.

Buscar otra mujer? No. Ya era un madero gastado, le temblaban las manos. Ahora no había horizontes, ni matas de arroz brotando en Abril. Sólo la totuma amarillando de bebida frente a sus abultados ojos, “medecina” para matar la voluntad, ahogar la protesta, la hombría de ayer; para hacer manso el corazón hasta el día del ataúd.

Cierta vez, hacía tiempo, lo llevaron en fila detrás de un capataz. Echó su voto. Le dijeron que eso era bueno; que de su opinión dependía la democracia y la libertad de todos.

Cuando regresó, tarde de la noche, sin comer, a pie, mojándose y borracho de venenosos aguardientes, salomaba, gritaba con los demás paisanos, mentándole la madre a los políticos, acá entre el matorral, lejos de ellos, donde nunca les oyeran, porque... ay... la “cárcele”.!

Y otra cierta vez llegó la “renta”. Era Domingo por la tarde y los trabajadores tomaban guarapo en el patio. Los inspectores cayeron como perros furiosos sobre los campesinos. Entraron al rancho, empujaron a la vieja,

patearon a los chiquillos y luego, reventaron tulas y cántaros.

—Cholos del carajo, vamos trepando al carro!

La ley realizaba su cosecha; los votos de las elecciones, cuando en las oficinas de Alcaldías y Gobernaciones les atosigaron de malos aguardientes; aquellos votos de la libertad, de la democracia sin “bujo” y sin tierra. Era preciso defender el ron de los comerciantes, que un día se vistieron de políticos y jueces, y ahora, como diputados, hablando en nombre de la hemoglobina, de la necesidad de mantener al campesino alejado del vicio, y del mejoramiento de la agricultura, hacían leyes para destruir las pésimas costumbres del agro, que estaban poniendo en peligro los fundamentos de la vida republicana...

—Babosadas! —, decían los campesinos.

Tacho conoció la cárcel. La prisión es para el hombre, había dicho la fatalidad. Esos meses fueron largos y espesos, ya que él comía, comida de perros, pero mascaba, sin embargo, su gente?

Cuando, al fin, salió, halló, el rancho vacío. Después, buscando y buscando supo que la familia andaba de visita por las calles del pueblo, solicitando comida de puerta en puerta.

La noche se hizo más oscura y el hombre se tendió en el suelo. La tula se inclinó y empezó a derramarse lentamente. Tacho soñó que era un hombre muy rico. Que un día estaba a orillas de un arroyo. La quebrada se deslizaba hasta hallar un precipicio. De allí saltaba al infinito. El sueño continuó desarrollándose en medio de gozosas riquezas que Tacho había visto en la casa de los ricos del

pueblo, siguió y siguió soñando, hasta cuando, en la mañana, los berridos de la niña le hicieron despertar.

—Ñoé...ñoé!

—Carajo, dijo la vieja, otra vez, ponle a la mica esa, la mamaera con er “bujo”, pa que se calle er jocico!

—Diáulo, será verdá eso? —, Se preguntó Tacho, medio turulato.

Y era verdad, porque la niña mascó el chupón, atrajo fuertemente con sus manitas la botella, respiró hondo y empezó a mamar “bujo”, y mientras más anchas eran las chupadas, más tierna se iba poniendo, más linda, más llena de felicidad. Así como un angelito, hasta que se le caía la botella “bobita” de la mano, y el sueño la volvía a sumergir en una cosa como la muerte, como la huída de esa horrenda y desgraciada miseria de los hombres.

LA TEMPESTAD

—*Dedicado al poeta Carlos Wong*—

Llardo Marín, tirado en el catre, miraba a través de la ventana la claridad del cielo.

—Tal vez no llueva nada— se dijo— y venga Flor María.

Ella le prometió venir, caso de no llover, a eso de las cinco de la tarde. Ya iban siendo.

—Si viene, —pensaba el hombre, —sabrás a lo que se expone.

Sin embargo, él mismo ignoraba qué podría suceder, ya que al invitarla a su rancho, no la hacía con segundas intenciones. Tal vez una curiosidad; un vago deseo. Algo que despuntaba en él, pero que no era parte de su voluntad.

—No está bien que la enamore,—se decía—. No es correcto hacer esto—. Mirando la limpieza del cielo se reprochaba el pensar, siquiera que podía aprovecharse de su coquetería, de su inexperiencia, de su naturaleza de mujer.

Ya que Flor sobre sus diez y siete años crecidos en el campo; hermosa, incontaminada de los vicios de centros más poblados, podría pensar, en última instancia, que era muy propio el dar curso a su condición de muchacha en pleno desarrollo, y que, entonces hiciera como las aves, como los animales, cuando son puyados por el impulso amoroso: buscar pareja y procrear en la campiña.

No obstante, las excusas que Llardo se daba, no pasaban de ser para él tímidas reglas de moral, que en ese momento, tirado en el catre, pugnaban con algo que no quería tomarse la molestia en definir. Quizás, estrechar sus manos, acariciarle a gusto, prender en su corazón la chispa de un amor; de un amor silvestre, hondo, puro.

Miraba por la ventana el cielo, la loma y el caminito. Largo tiempo tenía de estar pesquisando en el horizonte. Se revolvía en el catre intranquilamente. Regresó de haber dado unas vueltas por la roza, acomodando los muñecos espantapájaros, ya que las palomas y los "arroceros" sacaban el arroz tirado en la tierra, hacía quince días. Luego, aburrido se echó en el catre. Y allí estaba ocioso, mirando por la vereda.

Mientras no lloviera, mientras la sequía apachurrase hasta la yerba y partiera el suelo, Llardo Marín, tendría un conflicto en su alma de campesino. En otros lugares, hombres más religiosos estaban haciendo rogativas. Pagaban al cura para que rezara a Dios. Llardo, venido de la Capital, con nuevas costumbres, no solicitaba rogativas a la iglesia, pero no obstante, se quejaba a Dios, en cada rato. Detrás de un aguacero estaba el futuro: arroz y maíz para su familia, para su madre, que ya estaba en la postrimería de la existencia. Sin embargo, de vez en cuando volteaba las hojas del almanaque de "Bristol" que pronosticaba lluvias para muy pronto, y entonces se apaciguaba pensando en que los pronósticos de los científicos habrían de cumplirse, con toda seguridad. —Además, porque confiaba en si mismo. Era un labrador de firmes convicciones, y un hombre doble para el trabajo. Había estado en Tocumen, cerca de la Capital. Allá tenía a su familia, y cultivaba una buena roza. Pero la madre le había mandado al Interior, para que trabajara el "culaíto"

de monte que abandonaron, cuando decidieron dejar el campo. Muchos otros lugareños se habían ido también. Oían hablar de buenas tierras, y de fincas al lado de la carretera. Acá el campo se extinguía.

Sin embargo la Vieja pensó que era una lástima que este pedazo de tierra se fuera a perder en la bocaza de los ganaderos que empujaban las cercas.

—Andá y sembrálo, hijo. A yo me da pena, niño, que se pielda lo dí'uno.

A todos les causaba cabanga el campo: el viejo rancho con su caidicio de zinc rojo, los espaveces enormes, la quebra, el camino. Por eso Llardo vino en el verano. Buscó peones. Tumbó, quemó. Regresó a la Capital. Se hizo de otros reales, y tornó luego con alambre. Cercó y con los peones echó la semilla más buena. El campo estaba solitario. Una choza aquí, otra, allá. En la casa donde había mujer, hacía falta el hombre. En donde había varones, no había mujeres. La miseria cundía de rancho en rancho. Y hasta la quebrada se había secado bajo el peso de las pezuñas y la tala de árboles. Todo en beneficio de la faragua. No muy lejos del rancho de Llardo, sólo la casa de la familia de Flor María guardaba la apariencia de aquellos días mejores, cuando aún había tierra y torcazas, y cuando los hombres aún no bebían guarapo. Cuando Llardo se casó, tuvo hijos y vió que ya el pedacito de monte suyo no bastaría para próximos años...cuando le vino la noticia de que cerca del Canal había tierras; tal vez ajenas, pero que podrían arrendarse, le dijo a la vieja:

—Máma, noj vamoj...!

La señora lloró. Había parido hijos, creado una familia, construído un rancho... y ahora debía dejar todo,

para ir a formar otro hogar; hacer otra choza, sembrar otra mata de caracucha, otro palo de naranjo. Allá ni el rancho, ni la mata de flor, ni la huerta tendrían la apariencia del paisaje del campo. Pero Llardo no tenía corazón para estas cosas. Contemplaba el futuro, aunque le doliera el pasado. En sus treinta años, ya no tenía tierra para una lata de sembradura. Cuando llegase a los cuarenta, no habría espacio ni para enterrarse. Por eso se fueron.

Ahora había regresado, provisionalmente. Su madre quería un poco de arroz labrado con el viejo barro y era conveniente, después de todo, no perder la posesión.

Sin embargo, allí estaba plantada la sequía, como una dictadora, abochornando la semilla, estimulando a los pájaros hambrientos para que devoraran la siembra; aculando a los hombres machos y haciéndolos rezar. Levantando la negra bandera del hambre, único destino de los campesinos miserables. Extendida anchamente sobre las negras superficies resemebradas, la sequía paralizaba la vida humana. Nadie trabajaba. Qué hacer cuando no llueve? Por eso, Llardo estaba a las cuatro y media de la tarde, mirando el cielo, la loma repelada, el camino polvoriento. Hacía días que el aguacero en ciernes aparecía con negros nubarrones; cambiaba el viento, tronaba, pero se arrepentía. El fantasma de la sequía llamaba al viento norteño, al verano vagabundo y seco que aún divagaba por la sierra; lo hacía bajar por el valle y la llanura y arrasaba con el cielo encapotado. El cielo quedaba claro como una risa y los campesinos lloraban para adentro. Cuando, de nuevo, "se ponía" el aguacero, los densos y amarrotados nubarrones, que para otros ojos serían detestables, adquirían un inusitado y alto sentido de belleza, al punto de hacer estremecer de gusto a los labradores.

porque detrás del espeso de su negrura estaba el nacimiento de la semilla.

—Vengo, si no llueve— Le había dicho Flor.

Llardo vivía solo en su rancho. La semana anterior, cuando Flor regresaba de lavar en el río, pasó por la casa y el hombre la llamó. Ella se había quedado, después, conversando un largo rato, sin entrar, pero sin ganas de partir. Le entretenía conversar con aquel hombre que venía de la Capital, que hablaba bien y era simpático. Decir una palabra y hallar respuesta era un gran placer para quien como ella no tenía otro mundo que el rastrojo que le rodeaba; el pozo de agua, el camino tupido de “cerbulacas” muertas, la madrugada, el fogón, los gritos de los vaqueros que arreaban el ganado hacia los corrales de los patrones; el duro golpe del pilón, al medio día.

Con la batea de ropa limpia en la cabeza, frente a la puerta del rancho de Llardo, Flor, recién bañada; las gotas de agua deslizándose de la cabellera, por la espalda, se había quedado allí, medio encantada, conversando y riéndose, sin querer irse, pero sin aceptar los requerimientos de Llardo.

—Entrá, niña.

—Je...je... déjese de eso, si ya me voy.

Llardo miraba la muchacha de arriba a abajo, desentrañando su belleza, su juventud, sin atreverse a decirle una mala palabra, ni siquiera una picante frase de amor. Estaba allí y la apreciaba como una mata de rosa, como un arroyo cristalino y puro manando belleza.

La conversación se fue haciendo más confidencial, y entonces Flor le dijo a Llardo que muy pronto se iba a casar. Y por qué te quieres casar? Interrogó Llardo.

—Porque ya toy en la edá.

Pero había muchas en la edad y no por eso se casaban. Existían otros aspectos que tomar en cuenta. Ya los matrimonios escaseaban por los caseríos. Aquella tradición de las lechonas asadas, de los dulces, del caballo, se derrumbaba ante el empuje de la miseria, y de los cambios operados en las regiones más remotas del País. Otros jóvenes estaban en la edad, pero no se casaban. La mayoría se ponía a pensar en dónde clavar una casa. No había tierra, y aún más, ni siquiera madera redonda para construirla. El matrimonio era un compromiso demasiado grande para jóvenes sin porvenir.

—De modo que, porque estás en la edad, y eso es todo?—, preguntó Llardo.

—Bueno —,repitió simplemente la muchacha —,pasa de que mi familia quiere.

—Y tú quieres?

—Ni sé!

—Cómo que no sabes, o es que te casas con un hombre a quien no quieres?

—Bueno, sí.

Bueno sí, respondió sonriendo, como si no dijese algo de importancia. Para ella, cualquier camino era mejor que estar en la casa. Tal vez le iría bien con el hombre.

Es verdad que no lo quería. Lo había encontrado en el mercado del pueblo un Domingo. El hombre no le dijo nada, ni siquiera que era bonita. Sino que anduvo detrás de ella en una procesión. Cortejó a la familia y luego la pidió. Eso era algo nuevo en su vida de muchacha labradora. Por eso se comprometió.

Cualquiera otro hombre habría conseguido lo mismo.

—Máma quiere, y él viene a visitarme. No lo quiero, pero si me caso por acá, con uno der campo, bueno, a lo mejor me va pior. Tar vez con ejte me va bien... quién sabe...? Uno no sabe na.

El novio era un hombre maduro. Las muchachas comentaban el mal gusto de Flor. Pero para ella la cuestión no era de buen o mal gusto, sino de salir de ese ambiente, de su casa, de su monte que se acababa; ir al pueblo y vivir con luz eléctrica y agua del grifo.

Cuando la muchacha siguió el camino con su batea, Llaró, que no había pensado en ella como una mujer, sino como una muchacha hermosa, una vecina del lugar, sintió, entonces un pequeño disgusto por su situación. Por saber que iba a entregarse a una persona a quien no quería, pero que resolvería su problema de soledad, para bien o para mal.

—Oye, Flor, ven mañana por acá —, le gritó.

—Si no llueve, tal vez—, respondió ella picarescamente.

La muchacha siguió su camino. Varias veces volvió el rostro, se sonrió y las ramas de los árboles cubrieron su figura. El cielo estaba ancho y claro. No había señal de agua por ningún lado. Los pájaros "arroceros" se daban gusto con la semilla. Los hombres del campo pensaban otras cosas muy distintas a las ideas de Flor. Querían agua. Sólo agua. En tanto que Llaró se había dado cuenta de que ya no sólo quería agua, sino que se le había despertado algo imprevisto por aquella hermosa muchacha que sonrió varias veces y que le dijo que vendría, de no llover.

Esperando en el catre, mirando por el camino, se daba cuenta que una pequeña tempestad nacía en su cora-

zón. Una tempestad movida por fuerzas contradictorias, que, al parecer, no dependían de su voluntad.

—Si llueve, no viene Flor—, se decía—. Pero yo quiero que llueva, porque necesito que la semilla nazca, que verdée en el terreno negro. Yo he venido a eso.

Sin embargo, aquí emergía el conflicto, porque luego se decía:

—Pero es mejor que no llueva, porque así viene Flor. Bueno, al menos, que no llueva hoy, y que mañana se raje el cielo. Pero si viene?...

—Bueno, yo no sé que ha de hacer si sabe que estoy solo aquí; que ella se va a casar pronto; que yo soy casado. Sin embargo —, proseguía—, puede venir a conversar. Conversaremos simplemente, por qué habrá de pasar otra cosa?

Llardo quería y no quería.

Ansiaba tener a Flor en su rancho, muy cerca de sus manos. Pero de una vez apartaba esa idea de su mente, y se ponía a pensar que no deseaba aquéllo. Pues lo único que anhelaba era hablar, tener una "conversa" y nada más. Pero mejor era que lloviera. Hasta cuándo sequía? Se perdería todo el trabajo. El se iba a Tocumen, pero el resto de campesinos? Y a Llardo le dolía el dolor de todos.

Los nubarrones fueron cobrando un tono plomizo en el norte. El sur estaba claro. Así pasaba todos los días, y nada más.

—Bueno, tal vez llueva... Pero si llueve, Flor, no vendrá. Y si no viene hoy, no vendrá nunca!

Llardo pensaba entonces que la muchacha había dicho eso de mentira. Para burlarse de él. Aquellas risas

del día anterior, cuando se iba por el caminito, acaso no eran de burla? Tonto de él, pensar que una muchacha campesina iba a atreverse a visitar a un hombre que está solo en un rancho alejado del camino. Qué pazguato, tirado allí en el catre, con el corazón sobresaltado como el de un mezalbete, con la vista aguada de tanto mirar por el sendero, deseando en su fuero interno que no lloviese, cuando Flor seguía sonriéndose de su graciosa tiradera.

Era algo tarde. Flor no venía; no iba a venir.

—Vea pues, cómo me engañó!

El cielo había trocado, en el norte, su color plumizo por un intenso azulinegro. Iba a llover.

“—Ombé”, si lloviera! Si se resbalara un aguacerazo. Ya pronto veremos las hojitas del arroz verdear. Allí, entre mata y mata sembraríamos el “mái”. Se cundirá la roza de matojos y matojos. Tendríamos cosecha.—

Tronó en ese instante y se espesó la tarde.

—Jo, va a llover!

A lo lejos se oían los gritos de hombres emocionados ante la posible lluvia.

—Ya no viene Flor María... pero al menos va a llover y todo se pondrá bonito.

Empezó a soplar viento del sur. El mismo viento del diablo engañador. Otro día había estado silbando entre las palmas de corozo, entre los espaveces, pero no traía el agua.

—Que llueva... que no llueva...—, peleaba, en el alma de Llarido, su conflicto, su tempestad.

El viento loco, de pronto formó un remolino; envolvió el rancho, y haciendo una tromba de millares de ho-

jas secas, comenzó a rugir como un condenado. La tarde se oscureció violentamente. El remolino cruzó la huerta, desembocó por una llanada y se perdió entre las negras lomas, por donde los campesinos alborozados seguían gritando, como para desgarrar con las salomas las nubes cargadas de goteras.

—Agua...Aguaaaaaaa!—, gritaban.

Llardo pensaba en eso: agua para su pedazo de tierra llena de lenguas exhaustas y semillas sepultadas.

Entonces se oyó, a lo lejos, por el norte, un murmullo. Venía lamiendo el monte, los yerbatales.

Un ventarrón padre de todos los vientos, los llanos y los valles, amenazaba como un verdugo, castigando los ásperos y odiados potreros, porque éstos, en su codicia y ambición se habían tragado el bosque y todo se iba volviendo yermo y duro. El viento desgredado y húmedo mordía y trozaba la corteza de la tierra; torturaba a los árboles; metía miedo a las culebras y a los verdes borrigueiros.

Entonces Llardo supo que venía el agua. El viejo higuieron lanzó un rugido estrepitoso de hombre macho; se volteó y empezó a rajarse por el medio..cayó a tierra como un trueno. El espavé cargado de verdes marañones se sacudió, tumbando las pepitas; miró el viento con pavor; sintió que sus raíces se reventaban y se desplomó. Arriba, mucho más arriba del "barrigón" y de los laureles sacudidos, sonó el trueno y fue corriendo por los pisos del cielo como mil automóviles desenfrenados. Chispeó. Ya no era necesario mirar por la ventana para ver si venía Flor. El viejo zinc tamborileaba de contento con las goteras, cuyo espesor crecía. Iban cayendo como piedras.

Llardo salió del Rancho, se empapó como todos los agricultores, con aquellas grandes y redondas gotas de la vida. Se desparramaba el cielo. Tronaba aquí y allá. Empezaba a crecer la quebrada. Se desbordaban las zanjas. Iban las brucas alegres del arroyo al río, del río a la mar.

Era, al fin, el agua. La dulce agua. El agua libre. La todavía no conquistada. La buena para todos.

Oyendo la tempestad, Llardo sentía su corazón satisfecho.

—Es mejor que siga lloviendo, pues así Flor no vendrá—, se decía.— Si escampa será de noche. No saldrá. Es imposible.

En su corazón la pequeña tempestad de sus sentidos se aplacaba, ante el torrente de vida que brotaba del caudaloso aguacero. La noche venía huyendo entre los truenos que castigaba su cabellera de rayos encendidos. El viento arreciaba, batiendo todo a su paso. La semilla estaba quieta, mansa, satisfecha en su abrigo cálido de tierra recién mojada. Todo el campo llovía, llovía y llovía...

Llardo se encerró en su rancho. Asomado en la ventana, de vez en cuando, los lampazos de las centellas dibujaban su recio perfil de hombre de campo. La noche se apretaba espesamente; su rugido daba miedo. A lo lejos se oía el tronar del río, y la caída brutal de viejos árboles.

La tempestad crecía más grande que todas las alturas. Llardo pensaba que era el fin de todas las sequías.

Aumentó la lluvia. Cerró la ventana. — Pero luego el viento tiró la puerta violentamente. El rayo iluminó la entrada, y de pronto, en medio de la tempestad y de la noche, entró Flor María.

Santiago de Veraguas.

1958

CHOMBO

A Mario Augusto Rodríguez

Chombo miró la curva carretera que se perdía entre colinas. Pasaban autos y camionetas a toda velocidad, hacia el interior. Sobre la pequeña loma, los dos ranchos de su casa, con la ropa colgada en los alambres saludaban a los transeúntes. Detrás, entre lejanas serranías, el sol amarillo de Abril, zambulléndose melancólicamente, en las hondonadas, y un aire de menuda llovizna aumentaban la cabanga del muchacho, la hondura de sus ojos de buey tristán, oteando hacia la carretera por donde se había ido su pequeño amor, su esperanza juvenil.

En las curtidas manos, sus diez y ocho años temblaban de condolido sentimiento. Mañana no iría al monte con la misma pujanza. La vereda de su roza pareceríale más angosta y toda llena de angustia en derredor. Sus atolondrados ojos mirarían allá, unos metros adelante, la casita de quinchá, la ventana, el rosal cundido de manojos de rosas de jericó, pero no estaría la muchacha...no estaría Chavela saludándole con la risa de antes. Casita de sus amores, correría la suerte de todas aquéllas, que el tiempo fue abandonando. Las lluvias, el viento, los animales, los pájaros vendrían a tumbarla poco a poco hasta quedar sólo con los cuatro horcones de macano. Allí vivió gente alguna vez... se notará por viejos árboles de naranjos arruinados, o por los cundiamores y belladamas, que al caer las primeras lluvias, cada año renacerían cada vez

más pálidos hasta sucumbir entre poderosas escobillas y cerbulacas.

Otras familias habían emigrado a la Capital. La gente del campo se iba, entre otras razones, porque sólo quedaban arenales, peladeros y cerros pedregosos, en el devenir de la vida ruin del campesino pobre.

Se iban, porque oyeron decir que en el Canal había trabajo. Que había guerra y que ésta era buena para los panameños, porque corría la plata.

Frente a las desgredadas chozas pasaba la carretera central, magnífica, como una sierpe de plata ondulándose gris en las azules distancias, convidando a la gente con el señuelo de su brillo. Por allí circulaban miles de transportes: automóviles de ricos hacendados, de turistas norteamericanos, camionetas de pasajeros, "chivas" con gallinas y pavos, camiones con arroz y ganado, convoyes militares con soldadesca vulgar que decía palabrotas a las muchachas del camino.

Chombo, cuando niño, quería ser chofer de camión. Pero su gente se arraigó en el pedazo de tierra yerma; el niño creció oliendo la mata de monte, aprendió a ser macho junto a su viejo, y parecióle que el mundo era ese rincón, el cielo y las estrellas que veía titilar sobre la cbellera de su novia.

Oyó los cuentos de gentes mayores acerca de la vida en la Capital: quartuchos hediendos, arrabales en donde la gente andaba semidesnuda y hambrienta, policías mal intencionados e irrespetuosos que privaban de libertad, tuberculosis y gonorreas... Trabajos en la Zona; duros, peligrosos, bajo el mando de gringos groseros e inhumanos que trataban a los negros como animales... Cantinas, prostitutas, maleantes; nadie a quien pedir ayuda o socorro

en un momento dado... Las mujeres se pervertían y los soldados violaban a las chiquillas, dejándolas abandonadas en las playas. Estos comentarios crearon, desde temprano, en la mente del muchacho, una aversión a la Capital. Nunca quiso ir y sintió desdén por quienes de allá regresaban, transformados en ciudadanos, con zapatos de dos colores, sombreros extravagantes y hebillas de oro. O las muchachas que se fueron señoritas y volvieron paridas de los norteamericanos rubios; o de las que aún pretendían pasar por mocetonas, pero fumaban cigarrillos, usaban zapatos de tacones altos, se cortaban las trenzas, y caminaban con pantalones ajustados, diciendo una que otra frase en inglés arrabalero.

Su puro corazón campesino despreciaba este desecho de la sociedad, producido por fuerzas inclementes que él no llegaba a comprender. Le parecía simplemente que todo allá en la civilización era perverso y malo; ignoraba las causas de tanta miseria humana enclavada en la carne de los hombres.

El sol doraba el panorama quieto, titubeante, de vez en cuando; lleno de fría nostalgia; todo amarillo como un enorme canario degollado. Detrás de las chozas, el llanito; luego el sendero, el monte bajo, la "rastrojera". Más allá los "trabajaderos", el río, los árboles de la orilla.

Chavela se le había prendido en su sonrisa desde que un día advirtió ella, su bozo de muchacho, azulando bajo su ancha nariz. Antes había sido la chiquilla vecina, traviesa, piojosa, repelente, que le decía:

—Chombito, mulatico!

Cuando el ronco grito se perfiló en cadenciosa saloma, pujante, en veces avasalladora en los crepúsculos. Cuando el muchacho era ya "pion" entero. Cuando apren-

dió a ser un jinetazo de primera. Cuando empezó a doblar coquetonamente el ala del sombrero, entonces Chavela ya había crecido como una mata de arroz y era morena, alegre y ampulosa. El cariño de la infancia se convirtió en amores, y se idolatrarón pura y silvestremente, y aunque vivían tan cerca, el uno del otro, se escribían cartitas en amarillos papeles de envolver mercancías.

Por encima de los disgustos vecinales, de los egoísmos campesinos, de los dimes y dirétes, ellos mantenían su puente de amor, su camino de bejucos y guirnaldas de azucenas.

Se juraron querer por los rastros, a la hora de dejar comidas, en los charcos de agua, al borde de la carretera; de noche, cuando la luna salía allá, del mar y la plateada vía se acurrucaba entre las colinas verdinegras.

Pero un día vino el hermano mayor de la Chavela, con el cuento de que tenía, en la Capital, casa propia y que todos debían emprender el viaje. Había que abandonar la "rastrojera." Ya el viejo no podía caminar con el reumatismo. La vieja, con la presión. Chavela podría emplearse en una refresquería. Los hermanos menores podrían seguir escuelas secundarias.... Dicho todo esto, con gran entusiasmo, la alegría se prendió de todos, y aunque al principio conturbó a la muchacha, también ella se puso a soñar con la Capital: cine, refresquería, trajes, zapatos.... Ay, pero Chombo?

—Oye, Chombo no siaáij asina.... Voj te váij dejuej, mulatico. Mi hermano dice que te jalla un impleo de tiendero o de polecía.

Pero Chombo no quería ser ni "tiendero" ni "polecía".

—Voj te vai, porque no me queréi—, respondía el muchacho—; quédate y noj jutamoj mañana mejmo.

No dió resultados. Se fueron haciendo en la casa de Chavela los preparativos. Vendieron los animalitos, el pilón, los banquillos. Día a día, Chombo fue rumiando su amargura. Llamaba a Chave por el huerto y entre alambres la miraba como un toro, traspasándola sin decirle nada.

La madre del muchacho vió su decaimiento, su falta de apetito, la ausencia de la saloma, el trabajo a desgano, el descuido del caballo, pero no dijo nada.

—Ya le pasará. Amorej de juventú. Pobre mijo... tan guenazo!

Cuando la camioneta partió, un pañuelo lila asomó como una paloma a la ventanilla. Los perros ladraron detrás. El humo del silenciador subió haciendo piruetas azules. Desapareció en la curva. Cesó el sonido del motor forzado en el primer cambio, y toda la tarde se fue llenando de un amarillento sol triste en el corazón del muchacho.

Recostado en la cerca, desbaratando yerbas con los dientes, taladrando la carretera con sus ojazos, doliéndose por dentro, como un huérfano, aguantando como macho la honda dolencia de la tarde, extendiéndose amarilla, azufre, azafranada por las pendientes, sobre los yerbatales, entre las enramadas, por encima de los charcos y de su olvido.

Mudo entró al rancho, atravesó el patio, tomó la soga del caballo, lo atrajo acariciándolo. Estuvo allí largo rato, hasta que el sol se desvaneció.

Montó, abrió la puerta; siguió el sendero. Iba arras-trando con sus ojos el paisaje de las menudas cosas que

recorrió con ella. Se acercó al río. El animal bebía el agua amarilla. Allí, en ese charco, había pasado varias horas el día anterior. Ahora nada chapaleaba. No se escuchaban voces ni risas. Por qué no estaba ella allí?, por qué se había ido para la Capital? El sol moribundo atravesando los matorrales, las corpulentas ramas, los bejucos, las parásitas, impregnaba de soledad el mundo, no cabía dudas de que la muchacha se había ido dejando una espina dura, clavada hondamente en el corazón del muchachote inocente.

La madre no dijo nada. Los hermanos no se refirieron al asunto. La cena está servida, sobre las cuatro piedras del fogón. Al fin, el sol sucumbía totalmente. La noche vino a desatar el llanto. Pero Chombo, recostado del bajareque de la cocina, no lloraba. Sólo miraba el rumbo de los astros, agarrando bolitas de barro entre las manos y lanzando hondos suspiros. Dónde estaría. Pronto caería en los barrios, en las refresquerías, donde los patrones abusan y los clientes no respetan. Entre tantas luces, cómo iba a acordarse de un pobre mulatico del campo. Allá había hombres más hermosos, más ricos y mejor vestidos. Mujeres que sabían enseñar coquetería. Vendrían los policías de puesto frente a la refresquería a pedir agua y después otras cosas distintas. Llegarían los gringos del Canal, para invitarla con otras más a los bailes de los clubes zoneítas; allá las enseñaban a ser buenas vecinas, o las forzaban entre varios marinos, para luego abandonarla en Curundú, en Clayton, en Farfán. Entonces, ya así hecha trapo sucio lleno de arena, no importaría coger el camino de la cantina barata, y más tarde vendría la cárcel. De tiempo en tiempo, para las fiestas patronales, regresaría toda cambiada, horrible, farolera, solicitando al conjunto de música que tocara un "rock and roll". Toda su Chavelita trastocada, su puro corazón de

jazmín y de albahaca de entonces, pervertido, vuelto ruína y maldición.

Cuando se fue, ella le dijo que no dejaría jamás de amarle, por nada del mundo. El no quiso creerlo receloso, pero dudaba de que todo aquel gran amor muriese tan de repente. El manojito de caracuchas que le dejó en las manos aquella tarde empezaba a marchitarse en su recipiente. Pasaron los días. Cruzaban los automóviles, ladraban los perros, y no se supo más de esa familia. A cada rato, cuando volvían camionetas parecidas a la que llevó a Chavela, la madre del muchacho salía, para ver si detenía la marcha, en espera de un papelito, de una razón, para su mulatico, pero no veía nada.

Chavela prometió escribirle primero al muchacho, porque no sabía a qué dirección iba a llegar. Con el mismo chofer, había dicho. Pero el hombre pasó varias veces, mirando los ranchos desflecados, y no traía la esperada carta.

Así comenzó a desvanecerse la esperanza.

—Ya no escribe na, Máma, que dice ujté?—, se atrevió a preguntar el muchacho.

—Quién sabe...—, respondió amorosamente la vieja.

—No ejcribe na —,afirmaron los hermanos—, que va a ejcribil, va pa doj mesej.

Cuando los campesinos llegaron a la Capital la cuestión no tenía el color de rosa que habían soñado. El hermano mayor ya estaba acostumbrado a su nueva condición de trabajador de ciudad. No añoraba la chocita, ni el jardincito, ni el pedazo de peladero en donde su familia labraba la tierra. Y hasta el pésimo cuartucho en donde

se acomodaba con su mujer le parecía amplio, al punto de que consideró traer el resto de la familia.

La Mamá soltó las lágrimas apenas bajó de la camioneta y fue entrando por esos patios apretujados de basura y gente.

—Déjese de vainas Máma, que Ud. prefiere morir de hambre haciéndole venias a los pendejos ricos de allá.

—Pero niño, si ejto no ej casa, como tú me habíaij dicho!

—Es partamento Máma, o como Ud. quiera, pero acá comemoj y acá nadie no va a joder como allá, por un favorcito, ni tampoco acá vamos a ser esclavos, porque si el Gringo se pone tieso, nosotros nos ponemos también tiesos y allí vamos para adelante, como sea.

La cuestión era caber de todas maneras en el espacio real que dejaban la mujer y los hijos, caber en la nueva realidad de Chavela. Para ellos, el barrio era insoportable. Acostumbrados al aire libre, les hedía. La bulla atiborraba los oídos. Para utilizar el escusado había que pasar por otro cuarto ajeno. Desde la calle se veían los camastros en que dormían. Cuando el hermano mayor regresaba los sábados empezaba la pelea con su mujer, que no sé hacía gustosamente a la compañía de suegra y cuñados. Chavela se turbaba al oír los improperios de la capitalina.

—Mejor noj vamo otra guerta, muchacho!—, aconsejaba la vieja. Pero el muchacho se enfurecía.

—Carajo Máma, aquí mando yo y nadie se va.

Los problemas eran varios: espacio que no alcanzaba; a la hora de lavar la ropa, no había vasijas suficientes,

ni alcanzaba el alambre para tender; pero sobre todo, la comida. No alcanzaba.

—Ey, tú floja, busca tu trabajo, loca!—, gritaba la cuñada a Chavela, todos los días.

—Jum, tanta gente! Ey, vecina, tú ves mi tiempo ahora. Yo le digo a mi marido, que yo me junté con él; loca, pero mira la recua. Yo le digo a ella: manita, busca tu trabajo por allí...je...je... si tiene su cualquier carne... tirándosela de señorita...je...je...!

A Chavela todo le parecía inmundo, horrible; no sabía que hubiera gente así, que la vida fuera precisamente así.

Un domingo en la tarde, a la orilla de la carretera de siempre, Chombo, como un poeta inconmensurable tejía sus versos con las nubes, con los pájaros que se alejaban, con los rayos del sol amarillo, inclinados, desbaratándose entre la bruma del horizonte.

Detrás suyo, recostados en la choza, conversaban los hermanos y su madre.

El caballo' pastaba, los perros jugaban.

Las camionetas cruzaban velozmente, como un silbido.

Ya las esperanzas de una carta estaban casi muertas, aunque Chombo miraba pasar las camionetas por sí o por no, con un hábito desteñido. Esa tarde una "chiva" fue deteniendo la marcha. El corazón del muchacho dió un salto, y el joven se incorporó. Los perros dejaron de ladrar; el caballo levantó la nuca; la madre salió a la puerta.

Sonó la bocina. Se detuvo el auto.

—Quién es un tal Chombo, aquí?—, gritó el conductor.

Chombo se echó del barranco, alargó su mano y recibió el paquetito.

El mensajero saludo cariñosamente y se perdió en la hondanada. El muchacho tomó la encomienda y sin imaginarse si venía por bien o por mal, traspasó el solar, se fue al patio, junto a su caballo y empezó a rasgar nerviosamente el sobre.

Panamá 17 de Julio.

Querido Chombo:

Chombo , yo te quería ejcrebil. Yo te dije a tú que te iba a ejcribil, yo primero. Pero yo no sabía que Panamá era asina. Y antonce yo no sabía ende quedaban los carros que van pal Interior.Y yo no me atrevía a preguntalje a mi hermano. Por eso no te ejcribí.Pero ahora te toy ejcribiendo.

Chombo, yo te quiero.

Chombo, no jago maj que pensal en tú.

Chombo, yo ha llorado mucho.

Chombo, yo no aguanto a vivil máj en Panamá.

Chombo, ven a bujcalme, que ti tú no viniij, yo no sé...

Recibe mij besitoj, mulatico mío, si voj no viniij a bujcalme, Chombo, yo me mato.

Adiosito,

Chavela.

EL "INCONO" DE TAURINO

Al Dr. José María Núñez.

A ña Chepita se le puso que algo le había pasado a Taurino esa tarde. Conocía de Tauro la forma de comportarse, los mínimos gestos y requiebros de su afamada saloma. Le comprendía a profundidad, puesto que era el hijo único. Y el muchacho jamás ocultaba sus verdaderos sentimientos. Era ya bastante tarde ese día. La vieja encerraba los puercos. Echó el maíz en la bangaña; salió del ranchito:

—Brrú... brrú—, gritó—. Los lechones entraron al chiquero. Había llovido esa tarde, como siempre. La novilla rastrojera se metió en la huerta.

—Caramba “cucho”... “cuchooó—, llamó al perro—. Júpijojó, jupiojojó...—, ajotó, y el perrito saltando corrió detrás de la novilla.

El sol caía tras de los tallales y relumbraba en las espinas de las palmas de “pifá”. Goteaban las pencas y el cielo amarillento cernía un delicado “bajareque”. Ña Chepita asomada a la ventanucha de la choza, oteaba hacia el recodo de la loma colorada, en espera de su hermano Juan y de Taurino. El camino se retorció por encima de la loma. Todas las tardes regresaban los hombres del trabajo y Chepita los divisaba. Se alegraba. Atizaba el fogón. Rescoldaba la carne ensartada en un chuzo de guayabo, sobre las brasas y colocaba la latita de hacer el café.

—Japía, japía, je... Japía, japía, je...—, gritaban los hombres y los gritos invadían cerros y caminos.

—Ese ej Tauro—, decía Chepita. Solomaba otro terminando en una dulce cadencia.

—Ese ej Juan.

En el campo los trabajadores se conocen, a lo lejos, por el carácter de los gritos y salomas. No se equivocan.

Pero Chepita conocía aún más. Taurino regresaba salomando tiernamente, requebrando la voz, haciendo maravillas insospechadas y rematando, con aquello de: “te vái conmigo morena”, entonces era, porque se había hallado una muchacha hermosa en la junta.

Pero esta tarde vió los dos bultitos en el “recó” de la loma y ninguno de los dos gritaba. El agua para el café regurguiteaba, cuando los hombres apartaron las trancas de la huerta. El perro corrió hacia ellos y entraron a la choza sin otro ruido que el chancleteo de las cutarras sobre el “changuatal” del llano. Tío Juan siguió a su casa, al otro lado de la quebrada, y el muchacho, trasudando agua penetró en la suya.

Na Chepita no dijo nada. El muchacho, ni tío Juan, tampoco. La carne crepitaba sobre el bracerío. El perfume del café aromana la octubrerera. “Cucho” y el mi cho hambriento al calor del fogón. Esa tarde se iban a poner los botas. Taurino se desvistió y luego se sentó al borde del camastro. Chepita puso la comida para los tres. El arroz deslumbrante en un solo plato de madera, en el centro de la mesa; al lado, un plato con frijoles de bejuco, con una cucharada de manteca de puerco rociada por encima. La carne destilando sabrosura, en el chuzo, doradita y olorosa a orégano y culantro. El café en el fogón.

—Pero ña Chepita se quedó esperando. El gato y el perro, también. La guaricha parpadeaba con su luz verdosa.

—Muchacho, no viníj?... .

—Toy jarto—, gruñó Taurino. Pero no estaba “jarto”, tampoco tío Juan.

Chepita mascó desganadamente la cena. Repartió el resto entre micho y perro.

—No queréi café, oye?

—Bueno, puej.

El muchacho tomó el café, sorbiólo y se tiró sobre la cama. Chepita tomó sobre una batea los trastos y se fue a la quebrada. Debajo de los ciruelos y guayabos caían goterones de agua fría. Chepita, oyéndolas caer, pensaba que Taurino era la misma figura del finado de su Tata.

—Ah, genio de hombre.

Taurino, de diez y nueve años era el hijo del difunto Salo. Muchacho de ancho pecho, grueso de cuello, moreno de voz limpia, ojos claros y manos anchas. Era un buen hijo y un agradable sobrino. Había aprendido a ser hombre desde los catorce. Jamás tuvo miedo al monte. Heredó de su padre la recia contextura, del tío Juan, el estilo, el modo y son de trabajar; la alegría, la saloma y el canto. Trabajo con tío Juan y Taurino, era tarea terminada a tiempo, salomadera y gritadera. Eran hombres de fiar.

Para el muchacho, tío Juan era el hombre más completo del mundo, a pesar de que tenía su mano derecha gafa. Por eso trataba de imitar su hombría, su capacidad en el trabajo; copiarlo y sobrepasarlo. Y tío Juan,

en realidad, era un trabajador sin mancha. Ahora andaba por los cincuenta y cinco; su mano derecha, con los dedos cortados, por lo cual le decían: "el maneto". Sin mujer ni hijos, vivía en la huerta de su hermana. Para Chepita, Juan era todo, y para éste, su hermana resultaba una santa. Los tres laboraban para ellos y la vida, aunque dura se vivía, y hasta había ratos de dulzura y entretenimiento. El buen humor de tío Juan espantaba males y pesares. Tío Juan usaba la mano izquierda como antaño usó la derecha. Esto tenía su historia. En una junta un compañero de trabajo se la llevó. Se le fué la daga, dijo; otros opinaron que había sido por tiradera.

Pero como Juan tenía ya un nombre se le envidiaba en todas partes a donde acudía por su arrojo y bravura en el trabajo; la elegancia con que blandía el machete; el corte a "raij e tierra"; la limpieza en el recorte; la sinceridad en el desafío; el respeto por los demás; el triunfo claro sin artimañas de ninguna clase. Se le tenía por hombre sabio en la faena; el mejor peón, el más dinámico, el campeón de las tareas campesinas. Eso, nadie lo discutía. Esta fama, sin embargo, no lo mareaba.

Sabía ser modesto; no hablaba de hombre; no era fantástico, como otros. Para mayor ventaja, Juan poseía una linda voz. Su saloma, por la requintilla, llena de florilegios, de armonía, tal vez, sólo Taurino podía superarla. Mejoranera en mano, había que rendirle pleitesía; gallinos, mesanos, zapateros. Improvisador inteligente, sabía enamorar a una muchacha con dos versos. La rima brotaba como un ramo de claveles y las flechas de amor penetraban en los rebozantes pechos de las muchachas campesinas, que suelen amar a los poetas y a los hombres que saben trabajar. Así halló a Isidora, en la rueda de un baile, aunque la perdió, muy pronto en brazos de la

muerte. Su recuerdo vivió todos los días para siempre, lo cual hacía de Juan hombre más distinguido y respetado.

Tío Juan era pobre. Nunca logró tener un pedazo de tierra propia. Recostado a la huerta de su hermana, repartía el pan ganado. Nunca se atrajeron las novele-rías de las ciudades, ni los halagos de la política. Jamás fue a hacer fila por los ricos, porque era un campesino orgulloso de su dignidad.

Los vietjos en sus conversaciones se dolían de que ya los hombres no eran como en los mejores tiempos del pasado. Ahora, decían, quieren sacar el lomo al trabajo; hacer lo menos y fantasear lo más.

Para los tiempos de antes de la República y de su iniciación, ya fuesen juntas o peonadas, el trabajo en el monte se hacía por tareas, tratando, cada cual de cumplir o sobrepasar su pedazo, su cuota de trabajo. Se practica-ba la emulación, y los más capaces recibían el premio y la admiración de todo el mundo. Los viejos se lamentaban en comprender lo que había sucedido de aquellos tiempos a los de ahora.

—Fo perro—, exclamaban los jóvenes—, Los viejoj se la pasaban mentando er tempo viejo: Vaina! Uno jiciéramo lo mejmo. Pero onde ta la tierra? Puro pelaéroj, pedre-galéroj.. Camine ujté pa'qui, pa'lla...Alambrera! Fara-gualej. Se acabó la tierra, se acabó pion, tarea y pareja pa trabajar.

Los muchachos pensaban que no iban a ir donde los ricos a "fregarse" en sus potreros, viendo quien empujaba más, agachando el lomo de sol a sol, por el peso, sin comi-da... Y esa actitud nueva frente al trabajo asalariado, que los viejos campesinos no habían conocido, se transfe-ría al trabajo de los propios campesinos en sus juntas y

peonadas. Era lo nuevo, lo moderno que venía con sus ventajas y sus vicios. Había corrido mucha agua desde la época de las haciendas, cuando el ganado pastoreaba libremente.

En 1888 había llegado el primer rollo de alambre, y entonces los abogados, los agrimensores los notarios, y sus jefes los latifundistas, fueron encercando tierras y costumbres. El Canal Francés, primero, y después el norteamericano, se llevaron a muchos campesinos a la capital, liberándolos de las trabas feudales, y corrompiéndolos a la vez en el manto del vicio capitalista.

Por qué dolerse de lo que históricamente tenía que suceder así?

Era lo que sin comprenderlo planteaban los muchachos en sus "trabajaderos". Taurino se daba cuenta de esa realidad, sin embargo "le podía" tener que resignarse a la pérdida de las mejores virtudes en el trabajo. Quería mantener aquéllo que suponía útil todo el tiempo, el trabajo colectivo, la ayuda mutua, la "junta", la emulación en la faena.

En las juntas "amarradas" a punto de desaparecer, el dueño del trabajo, con debida anticipación mandaba la invitación a la persona que deseaba fuera el Capitán del trabajo ese día. La invitación consistía en varitas labradas, hechas de "matillo" o de "balso". Se cortaban trozos pequeños, como de seis pulgadas y se pulían con hojas de "chumico". Se colocaban anillos de oro y luego se amarraban con un pañuelo de seda de color. Dentro de una chácara nueva se enviaba el "amarre", con persona responsable.

La invitación para una junta "amarrada" no se podía declinar, y era enviada a trabajadores merecedores por

su capacidad en el trabajo, su seriedad, su don de gente... El invitado se "amarraba" de hecho, con las enseñas enviadas; su esposa o mujer sabía que le tocaba acompañar a su marido, en lo tocante a preparar la comida, en la casa del dueño de la junta, y tomando, el hombre, el cargo de Capitán de junta, procedía a seleccionar peones en su caserío, o de otros caseríos circunvecinos, y se dirigía al campo o lugar del dueño de la junta, en la fecha indicada, o antes de esa fecha el día anterior si era muy lejos, dispuestos todos a servir de la mejor manera y dejar en buen pie el nombre de la comunidad que representaban. No iban a ganar salarios, ni a "pagar peón". Era la tradición del trabajo colectivo, en junta, para acabar en un día la limpieza de un monte grande. El dueño del trabajo sólo ponía la chicha, y la comida sin cocinar. El Capitán debía llevar algunos presentes: botellas de seco para rematar con fiesta la faena. En tanto que los hombres se iban a la tarea del monte, la esposa del Capitán se adueñaba de la cocina, y con sus propios ayudantes, organizaba la faena de la preparación de la gran comida. Los dueños de junta, se convertían en personas honorarias de responsabilidad secundaria en el acontecimiento. Observaban, hacían mandados, daban explicaciones. En el Capitán y la Capitana, estaba el éxito del trabajo en ese día.

En aquellas juntas los trabajadores se aparejaban de acuerdo con la edad y las condiciones físicas. Como si se tratara de un evento deportivo, cada quien buscaba un contricante que le quedara bueno. Y a las seis y media de la mañana pegaban a trabajar. Antes el Capitán y el dueño de la Junta, habían colocado en el centro del monte, una bandera roja, y junto a ella un regalo consistente, por lo general en una botella de aguardiente. Los hombres se situaban por parejas alrededor de aquella enseña. El machetero que primero llegara al asta de la ban-

dera se apropiaba merecidamente del regalo, y de hecho quedaba considerado como el campeón de aquella junta.

El Capitán ordenaba la iniciación de la faena, y los trabajadores con el "garabato" en una mano, la daga en la otra, daban gritos y las "rulas" se hundían en el suelo. Las matas caían; los ganchos "embolillaban" las hierbas y las tiraban a un lado. Otros gritos y las dagas seguían cortando. Como en tales "juntas" podían haber hasta ochenta hombres, los gritos alegres y valientes, las "bujaderas" motivadas por el ardor y el contento general hacían tronar al monte. El trabajador se convertía en un gigante. Nadie podía parar la junta, ni la paja cortadera, ni la "pica pica", ni los congos de luna, ni nada, la junta era invencible.

Pero aquella tarde tío Juan y Taurino regresaron mudos y hoscos y ña Chepita no pudo quedar tranquila hasta saber qué había sucedido.

Ni siquiera los hombres esperaron el baile. Todo había sido por culpa de Chacú. Este era un relamido y fantástico. Había perdido el respeto por los mayores y la consideración debida a los demás. No lo invitaban a las juntas por lo mismo; sabían que no iba si no por emborracharse y comer a costas de los dueños.

Sin atender a que tío Juan le quedaba mayor, se le hizo maliciosamente a su lado. La gente no vió con buenos ojos el desafío, y Taurino le secreteó a Juan, pero el viejo, orgullo de por medio, no quiso correse. Y ocurrió lo que tenía que pasar. Tío Juan no pudo hacerle peso. El Capitán de junta tuvo que arrebatarle el machete para obligarlo a no seguir rematándose al lado del ladino. Taurino, tuvo que tragarse la tiradera sin protestar. Chacú se mofaba dando gritos, pero el muchacho no levantaba la

mano, porque la novia que estaba presente le había dicho, por lo bajo:

—Tauro, tatiquieto.

Y esas palabras dulces fueron más poderosas.

Regresaron aperreados esa tarde, por un buscapleitos. Taurino, con la garganta amarrada por la rabia y tío Juan, temblando como novillo montaráz. Quedó la muchacha tristonaa, porque su enamorado se iba, pero des-preocupada, porque sabía que Taurino no iba a pelear esa noche. Ña Chepita, oyendo caer las goteras del rancho y la respiración de su hijo empujó la ventana; se acomodó para dormir; prendió el tabaco, chupó y preguntó al fin.

—Bueno, Tauro qué jué lo que pasó hoy?

—Cállese Máma, que yo lo que tengo ej un incono que me ta llevando er diaulo!

* * *

Un domingo en la mañana, cuando Taurino “tusaba” a tío Juan, apareció un muchacho. Se apeó del caballo y haciendo reverencia le entregó al viejo un chacarita nueva.

—Tenga, Padrino, que aquí le manda tata pa la junta en la “bajería”.

Tío Juan vaciló, se sacudió la cabeza, y luego, en medio de largas disculpas, determinó que no podía asistir y devolvió los enseres.

—Laj cosaj e tío—, respondió Taurino.

—Déjese de eso Padrino, Tata cuenta con ujté. Cuan-to maj que van otroj capitanej.

A Taurino le bailó el ojo. Junta “amarrada” en la “bajería”, con presentación de varios capitanes, cada uno

con su comisión de gente. Cantadera y baile. Ocasión propicia para toparse, de nuevo, con el malcriado de Chacú.

—En grado caso, dispuso el viejo, acétela ujté, sobrino.

—Yo?... Ora mejmo!

—Tómalo voj, Juan—, ordenó Chepita.

—Jo!

—Niño—, agregó la hermana—, díjala a su Tata que la gente tará'allá ese día.

A tío Juan le vino la vida de nuevo. Taurino sonrió de gusto.

Llegó la fecha. La tarde anterior Taurino afiló su daga como nunca. Chepita arregló la ropa limpia. Camisas blancas, zapatos, para Tauro, pantalón negro para Juan y sombreros "pintados". Porque cuando las juntas terminaban en bailes y cantaderas, los peones llevaban ropa limpia para mudarse.

No durmió bien el muchacho. De madrugada "tipió" tío Juan, desde su choza. Respondió Tauro con su poderoso pecho rasgando la penumbra. Ya Chepita tenía la tortilla en la cazuela y la carne en el fogón. Los caballos cabriolaban en la "chiquereja". Por los caminos fueron llegando los compañeros.

Tío Juan, Capitán de junta, se terció la chácara, le dió su daga a Taurino y "jalando" por la mejoranera, emprendió la marcha con un son de "pasitrote" entonando unas chacoterías. Al pasar las trancas de la huerta gritó el muchacho más fuerte que nunca.

—Hoy ej er día e Chacú Dergáo!

Los gallos cantaban y aparecía sobre las lomas el lucero moledor. Llegaban a la "bajería" los trabajadores.

Otros, que acudían de lejanos caseríos habían arribado la noche anterior. Allá, debajo de un grande higuerón hormigueaban los peones. Las muchachas realizaban sus menesteres. Cunado oyeron, sobre la loma la gritería, comentaron:

—Viene la gente de tío Juan!

Y respondieron con gritos y “japías”. Los de tío Juan se alegraron más y embriagados por el amanecer contestaban, bajando la loma al son de la guitarrita. Cuando desembocaron en el llanito, al fondo, bajo el higuerón se veía la “mancha” de gente. Tío Juan sacó la varita del “amarre”, enarboló el pañuelo de seda, y apretaron los gritos. El rosicler de la aurora dibujaba los ásperos perfiles de los trabajadores, entre las sombras que huían a zancadas por el matorral. El dueño de la junta con el grupo de peones y muchachas y demás Capitanes presentes vinieron a recibir a los recién llegados con abrazos fraternales.

Habían venido gente de tres comisiones. Las Capitanas, entre ellas, ña Chepita, organizaban las atenciones y preparaban la comida. Los Capitanes alistaban sus brigadas y buscaban desde ya los contendores adecuados para aparejarlos en las tareas.

Junta para desbrotar potrero. Los peones partieron al lugar. A las seis y media estaban en la bajaría y a una señal empezaron la tarea.

Cuando el fantasioso de Chacú tiró el primer machetazo, oyo a su lado un grito hondo y “rajáo”.

—Séij voj puej?—, murmuró con ironía.

Taurino dio otro grito y sin responder otra cosa siguió a su lado.

Tomaron un recorte largo. Chacú “mani-derecho” y Taurino, zurdo. Iban los dos encorvando el lomo, y blandiendo sus dagas con soltura y fortaleza. A un lado, con los ganchos envolvían los bolillos. Arremetían.

En el mismo son el resto de la centena de hombres, gritando al compás, y marchando adelante. El bajo bramaba. Los bichos y pájaros huían de esta tempestad que domeñaba a la naturaleza.

Salomaban, golpeaban, remataban.

—Jáupa, jáupa, jáupa... Aje, morena, ay ombre. Jo... jórele... Jo... jórele, jo.

—Jaj, jay....

—Jaj, jay, jaaaa!

El sol salomaba en el cielo. Los peones avanzaban por el bajo, sin respetar el monte sucio. Ni “rochetos”; ni “espino de venáo”, “coronillos”, “cortaderas”, espigadillas”, o “pica-pica”. Iban contra todo eso que es el monte crecido sin contención.

Hasta la primera “jumá”, a eso de las diez de la mañana, Chacú fue manteniéndose igual, al lado de Taurino, “socolando” honradamente. Aunque se notaba el corte del muchacho más limpio y completo. Los trabajadores salieron a fumar. Taurino chupó tres veces la pipa y “pegó” de nuevo. Viendo eso, Chacú tuvo que aparejarse. La gente estaba al tanto de la disputa, porque sabía que Taurino tenía un “incono” viejo desde la última vez que Chacú le había hecho aquella “otomía” imperdonable.

Cuando el sol apretó Chacú empezó a sentir la pica-zón angustiosa de de la “pica-pica” y del hormiguero que se le introducía entre las cutarras.

—Ejte hombre ej míu—, se dijo Taurino, viendo ese detalle.

A esa altura Chacú empezó a trabajar sucio. Embolillaba, con el garabato y echaba el “brusco” para el lado de Taurino. Tauro se veía obligado a ir cortando y empujando la basura que crecía cada vez más, ya que el potrero estaba muy sucio y desde hacía años no se limpiaba. Pero el muchacho antes que amilanarse, empujaba como un toro. Dándose cuenta el tramposo que el contendor no le replicaba, entonces empezó a sacudirle las habi-tas de la “pica-pica” sobre el cuerpo. Pero Taurino no se quejaba y arrempujaba con medra.

Vino la chicha. Tomaron. El alcohol empezó a pre-sionar la sangre. Iba el muchacho adelante, cuando, ti-lín... se le rompió la daga.

—Jó...ta Chacú rezando al muchacho!—, dijo la gen-te.

Tío Juan corrió a entregarle otra “champa”. Chacú había tomado la delantera. Taurino, sopensando el nue-vo machete encorvó su noble estructura y golpeó de nuevo, con el mismo tesón.

Sol arriba, ya le había pisado los talones al otro y le gritaba con alegría: Jáy, jáy, jaaaa!

A esa hora asomaron las muchachas que traían la co-mida. Entre ellas, venía la linda de la “bajería”, la no-via de Tauro. Entonces la tierra sonó como cien tambo-res. Los gritos y las salomas enardecieron. Hasta los viejos sintieron las puyadas del amor impulsando los de-sasosegados corazones. Llegaba la hora culminante del trabajo, cuando había que dar lo más como tributo a las mujeres que llegaban.

Las muchachas, cargando en cada mano "cocos" de comida, una tras otra; trotando, cuchicheando, con los trajes plegándose sudorosos a las caderas; los moños cayendo sobre las espaldas; con sombreritos blancos de cogollo sobre las sudorosas frentes, parecían las más hermosas del mundo. Bajo la fresca sombra de unas palmas de corozo, recostaron las vasijas.

Los capitanes de común acuerdo ordenaron suspender las tareas, y traían la gente poco a poco a la comida. Las muchachas empezaron a servir. Taurino llegó entre los últimos. Se tiró sobre la tierra, a un lado, como no queriendo mirar a la linda de la "bajería", pero comiéndosela con los ojos.

Mientras los demás trabajadores iban recogiendo su ración, él con la daga en la mano le sacaba "chaflán" a un "garabato". Parecía clavar su mirada en el suelo, mientras su pecho subía y bajaba, porque debajo del ala del sombrero agachapado, miraba a hurtadillas los movimientos de su enamorada. Después el corazón se le detuvo como el potro que se levanta en dos patas, para luego dar un salto. Y el corazón saltó. Sin levantar la cabeza vió acercarse la falda rosada de la linda, luego las puntitas de sus pies desnudos. Y entonces la linda, extendiéndole el plato de madera con el "guacho" le dijo:

—Ji, Tauro!

Taurino tomó el plato, clavó sus ojos claros en los negrísimos de la muchacha y ésta, como una venada tembló y se desgajó en sonrisa. Eso fue todo. El muchacho hundió la cuchara de calabazo en la olorosa comida, se llevó varias cucharadas a la boca y no comió más. Luego, con disimulo recostó el plato a la pata de la palma..... comenzó a asentar la daga en una piedra y poco a poco, antes que nadie se fue adentrando al sobrecorte del monte.

Imitando esta acción, los otros peones se levantaron y fueron “pegando” de nuevo.

—No se vayan, muchachas—, gritó el dueño de la junta—, pa que puyen a ejtoj jaraganej.

Las muchachas aceptaron encantadas. Y recogiendo sus bártulos tomaron las tulas y totumas de la chicha para dedicarse a la preciosa tarea de ir entre los trabajadores sirviendo a cada uno. Era el estímulo más excitante para viejos y jóvenes. Allí, los galanes aprovechaban para decir alguna frasecilla picante a sus prometidas, y las muchachas conocían a los más arrojados y tenaces en el trabajo.

El sol volteaba, medio día abajo. La faena era, entonces, más ardorosa. A esa hora Taurino se pegó a Chacú,, con más resolución. La zurda blandía con su elegancia acostumbrada la daga, ni muy rápido, ni muy despacio; sino con un ritmo fijo y tesonero, capaz de degusar al más poderoso contendiente. Acompañando al machete daba gritos, porque el trabajador panameño labora cantando con el fin de alegrar la faena, darle valor, y atemorizar a los bichos del monte. Los dos hombres llegaron a un tupido yerbatal de “cortadera”.

—Jáupa, jáupa!

Un congo picó a Chacú. Taurino sonrió y avanzó con más imponencia, tirando los bolillos con matas cortadas, alegremente y con desenvoltura. Como si no hubiera estado todo el medio día encorvado, luchando, arremetía hacia adelante. Chacú, por su parte empezaba a fallar. Sintió, primero un calambre en la pierna izquierda. Los ojos se le empañaban; se iba quedando atrás. En eso apareció la linda de la “bajería” con la chicha. Bebieron

salomadera infernal de la peonada enardecida. El hombre iba tambaleándose.

—Ej míu!

Iba entregando las fuerzas. Se detuvo. Con la manga de la “cotona” se limpió la frente. Se quitó el sombrero y empezó a echarse viento. Se acomodó de nuevo. Volvió a tirar el machete. El sudor frío le recorría abundantemente. Mal síntoma. Sintió ganas de arrojar. Empezó a arrojar.

—Tata—, gritó una muchacha—, ta Chacú avomitando!

Chacú se dobló y cayó al terreno. Los peones lo levantaron. Taurino iba muy adelante, rompiendo como un huracán el corazón de la tierra. La junta aplaudió su triunfo resonado sobre la amada tierra sus machetes.

El campeón iba sereno, arrollando el monte hasta que el dueño de la junta con los Capitanes, ordenó, suspender la faena.

Sin embargo faltaba un pedazo. Los Capitanes tantearon a su gente, y acordaron dar remate, antes de que fuera noche. Todos los trabajadores se hicieron de ese lado y con la misma furia se llevaron en un momento el ángulo que faltaba. Ya, entre tarde y noche, los Capitanes empezaron a recoger los machetes. El potrero quedaba limpio, el cielo poblado de nubes rosadas y amarillas. Olía el ambiente a matas y bejucos, recién cortados. Los hombres se agrupaban alegremente y partían a casa del dueño de la junta. Taurino iba “gorgoritando” con tío Juan. Chacú quedaba vencido en buena lid.

Esa noche empezaron los músicos a llenar de ritmo la ranchería. El cielo estaba clarito. Al son palpitante de la cumbia comenzó el baile. A un lado, junto a las tu-

salomadera infernal de la peonada enardecida. El hombre iba tambaleándose.

—Ej míu!

Iba entregando las fuerzas. Se detuvo. Con la manga de la “cotona” se limpió la frente. Se quitó el sombrero y empezó a echarse viento. Se acomodó de nuevo. Volvió a tirar el machete. El sudor frío le recorría abundantemente. Mal síntoma. Sintió ganas de arrojar. Empezó a arrojar.

—Tata—, gritó una muchacha—, ta Chacú avomitando!

Chacú se dobló y cayó al terreno. Los peones lo levantaron. Taurino iba muy adelante, rompiendo como un huracán el corazón de la tierra. La junta aplaudió su triunfo resonado sobre la amada tierra sus machetes.

El campeón iba sereno, arrollando el monte hasta que el dueño de la junta con los Capitanes, ordenó, suspender la faena.

Sin embargo faltaba un pedazo. Los Capitanes tantearon a su gente, y acordaron dar remate, antes de que fuera noche. Todos los trabajadores se hicieron de ese lado y con la misma furia se llevaron en un momento el ángulo que faltaba. Ya, entre tarde y noche, los Capitanes empezaron a recoger los machetes. El potrero quedaba limpio, el cielo poblado de nubes rosadas y amarillas. Olía el ambiente a matas y bejucos, recién cortados. Los hombres se agrupaban alegremente y partían a casa del dueño de la junta. Taurino iba “gorgoritando” con tío Juan. Chacú quedaba vencido en buena lid.

Esa noche empezaron los músicos a llenar de ritmo la ranchería. El cielo estaba clarito. Al son palpitante de la cumbia comenzó el baile. A un lado, junto a las tu-

las de chicha, tío Juan charrasqueaba la mejoranera, tan alegre y varonilmente, como en los tiempos de antes.

En la rueda del baile iban hombres y mujeres, moviéndose aparejados con tanto júbilo y tesón, como si no hubieran estado, durante todo el día entregando sus fuerzas a la tierra.

Recostado junto a la orquesta típica, vestido con su ropa limpia, Taurino, el héroe de la junta miraba tímidamente a su novia, cuando se zarandeaba al lado de un aplicado bailaror. Cada vez que en la rueda de la cumbia pasaba, la muchacha levantaba el manojito de pestañas y sus ojos negros clavaban flechas en las pupilas del muchacho. Y éste, reposado y varonil, la dejaba pasar, seguro de sí mismo y de ella, pues, aunque bailase con todos los muchachos de la tierra, sabía que sólo a él pertenecían sus miradas, sus sonrisas, sus movimientos, su vida entera.

Ña Chepita en una esquina, con otras viejas, comentaban los buenos resultados de la junta, y hablando de su hijo decía:

—La mejma figura der fináu. Ah genio de 'ombre!

LA ILUSION DE SATURNINA

a Berta Cabezas.

Para los días festivos de la Semana Santa, cuando mucha gente serrana baja de la montaña a los pueblos de la llanura central, a pagar mandas en las iglesias, o a participar en las procesiones, apareció una muchacha regordeta con su padre, un viejo indígena, preguntando de casa en casa, por un empleo de cocinera.

La joven se llamaba Saturnina y venía calle abajo, el viejo adelante, ella detrás, hasta que al fin, encontraron posada donde pasar un rato y dormir. Por la mañana, la dueña de casa recibió tan buena ayuda de la mujer que decidió, aunque no era de su costumbre, tomarla como empleada. Así se lo manifestó al viejo. El indio se alegró y pidió a la dueña de casa hablar un rato, a solas.

—Patroncita, yo dejare mi Satu, su casa porque uzté semeja buena dueña. Mi Satu se queda y yo le pido la bondá, Señora Patrona, de que por vía e Dioz, mi Satu no vaya curacha, no vaya vainaz y demáz... Ya oyó, guerví y digo, que la Satu ta señorita y no quiere yo. que se guerva loca.

Al otro lado del cuarto Saturnina oía la conversación. Ella la había escuchado por todo el camino.

—Yo venire otro año, Patrona. Si la mujer ta preñá o ta paría, yo la deajo putiando, puej, y no la quiero na.

Otro año, Patrona, guárdeme plata, pa yo comprare buen caballo.

El viejo estuvo en casa hasta pasar la fiesta Santa, y entonces se caló el amarillo sombrero de junco; amarró su saco de henequén; se consiguió un perrillo, lo ató a una vara, y se fue, de nuevo a la serranía. Saturnina lo despidió en el portal, sin decir palabra. Luego entró, y continuó sus quehaceres con todo esmero.

Allá arriba, en la sierra, la vida era muy dura. Las epidemias llegaban cosechando muertes en forma incontenible. Ultimamente, a los niños les atacaba una "obrada" y de eso morían como gallinas. La pulmonía pegaba con los vientos fríos y las garúas. Ya habían pasado los tiempos en que el brujo de la comarca podía detener los grandes males. La caraña hedionda no podía con su vapor destruir los gérmenes de las nuevas enfermedades. El indio estaba desapareciendo, mezclándose, perdiendo su tierra, su dialecto, sus tradiciones. Por eso el padre de la Satu, la dejó en el pueblo. La muchacha traía su rostro percutido del viento fuerte que sopla en la serranía. Su ancha cara de chola, sus dientes afilados, sus caderas cuadradas, como para cargar grandes pesos, y su mirada honda, casi inexpresiva, secreta, incapaz de comunicar grandes afectos.

Allá arriba, ella oyó lo que decía la gente de abajo. Supo de empleos, de trajes nuevos, zapatos y prendas multicolores.

No habiendo vecinos en muchos kilómetros alrededor, Satu no tenía relación, sino con su familia. No se realizaban balserías, a falta de maíz. Los malos tiempos dañaban las magras cosechas del sagrado grano. Los muchachos jóvenes tuvieron noticias del trabajo en las fincas bananeras de los gringos, y para allá se fueron. La Sa-

turnina no cogía marido todavía por todas esas razones. Estaba sola en la sierra.

Acá, los primeros días produjeron en la cholita una tenue sensación de cabanga, de dolencia. Y por la tarde, después de las faenas, se sentaba a mirar la azul serranía, recordando las minucias de su vida en el destartalado rancho de su padre. Sin embargo nadie podía descubrir en su mirada algún rasgo de esa forma de tristeza.

Andando el tiempo, ya no le preocupó más la celeste y brumosa lejanía de la sierra cuyo perfil, recortado contra el firmamento, miraba cada crepúsculo. Empezó a reírse batiendo los dientes, explayando la boca, con toda sinceridad, acerca de los asuntos menos risibles. Pues en esa forma expresaba la sorpresa que le causaban ciertas cosas de la ciudad y de las relaciones civilizadas de las gentes que diferían de las primitivas costumbres suyas, allá en su comarca guaymí.

En su proceso de readaptación, empezó por ir a la iglesia. Acudía todas las noches, detrás de su patrona. Luego, madrugaba a la misa. Las ceremonias del cura le fascinaban. Más tarde aprendió la calle del mercado. En la casa todo lo realizaba con mucho cuidado, honradez y gran preocupación. Deseaba ser útil y quedar bien.

Al mes de haber empezado recibió la paga y se mandó a confeccionar un bonito traje. Compró tres yardas de "baroné" rojo escarlata y una vecina que cosía muy barato le confeccionó un traje sencillo, bastante descotado, que a la Satu le gustó mucho. Con el dinero sobrante adquirió en las tiendas polvos y cosméticos baratos, y aquel Domingo, la patrona se sorprendió cuando la muchacha apareció lista para ir a misa, con el traje de encendido tono y la cara colorada, en forma tal que daba risa. Pero Saturnina se hallaba hermosa, y no podía

de la calle. Su cariño lo había dado a la patrona, al loro de la casa, al perro y al gato. Pero estaba en la edad exacta. Poseía senos muy bien formados y atractivos, y aún no siendo bonita, tenía toda la gracia juvenil de su alegría de chola vírgen y muy saludable.

Satu empezó por dar mayor importancia al camino del mercado que a la callejuela de la iglesia. Quizás eso era el amor. Cuando, después de echar las últimas palabras con su ama, apagaba su tabaco y se tiraba en el catre, sus pensamientos, aunque pocos, iban ordenándose, y nuevas imágenes surgían y se transformaban en cosas más anchas y extensas para su pensamiento; para su atrofiada razón de mujer indígena, sin otro mundo, entonces, que la montaña. Se aquietaba su cabecita perfumada de brillantina barata y en medio de una angelical sonrisa se dormía profundamente. Al amanecer del loro y los gallos, la Satu prendía el fogón; reía con la patrona y los animales. No cabía dudas de que la muchacha era buena.

Sin embargo la ruta del mercado le abrió un mundo diferente. Halló una amiga. Otra empleada doméstica, oriunda del campo, pero mucho más avanzada y conocedora de la vida en la ciudad. Al igual que Satu, la compañera había venido del campo en busca de empleo. Ya que la situación campesina no era más halagadora que la sierra indígena. El pilón era duro, y no todo el tiempo había granos para pilar. Por otro lado, en el pueblo la vida era más fácil y bonita.

Se vieron muchas veces al amanecer, haciendo las rutinarias compras de carne, huesos y verduras. Y en esa forma, poco a poco se comunicaron confidencias propias de mujeres. La amiga empezó a presentarle un cuadro de la vida, nuevo para ella y lleno de sugerencias agradables, de virtudes y pecados. Entonces, por encima, la cholita Satu, se dió cuenta de que estaba equivocada. Su-

de la calle. Su cariño lo había dado a la patrona, al loro de la casa, al perro y al gato. Pero estaba en la edad exacta. Poseía senos muy bien formados y atractivos, y aún no siendo bonita, tenía toda la gracia juvenil de su alegría de chola vírgen y muy saludable.

Satu empezó por dar mayor importancia al camino del mercado que a la callejuela de la iglesia. Quizás eso era el amor. Cuando, después de echar las últimas palabras con su ama, apagaba su tabaco y se tiraba en el catre, sus pensamientos, aunque pocos, iban ordenándose, y nuevas imágenes surgían y se transformaban en cosas más anchas y extensas para su pensamiento; para su atrofiada razón de mujer indígena, sin otro mundo, entonces, que la montaña. Se aquietaba su cabecita perfumada de brillantina barata y en medio de una angelical sonrisa se dormía profundamente. Al amanecer del loro y los gallos, la Satu prendía el fogón; reía con la patrona y los animales. No cabía dudas de que la muchacha era buena.

Sin embargo la ruta del mercado le abrió un mundo diferente. Halló una amiga. Otra empleada doméstica, oriunda del campo, pero mucho más avanzada y conoedora de la vida en la ciudad. Al igual que Satu, la compañera había venido del campo en busca de empleo. Ya que la situación campesina no era más halagadora que la sierra indígena. El pilón era duro, y no todo el tiempo había granos para pilar. Por otro lado, en el pueblo la vida era más fácil y bonita.

Se vieron muchas veces al amanecer, haciendo las rutinarias compras de carne, huesos y verduras. Y en esa forma, poco a poco se comunicaron confidencias propias de mujeres. La amiga empezó a presentarle un cuadro de la vida, nuevo para ella y lleno de sugerencias agradables, de virtudes y pecados. Entonces, por encima, la cholita Satu, se dió cuenta de que estaba equivocada. Su-

po muchas noticias acerca de las relaciones sociales de las empleadas con los policías o con los jornaleros del pueblo. También de los hijos de los patrones; o de las vivezas de algunas patronas con otros hombres, cuando los maridos no estaban en sus casas, y la importancia que para las empleadas tenían esas situaciones... Supo de todo. En fin, la amiga le informó del trato con los hombres en todos los aspectos... como que aquéllos invitaban a las muchachas para llevarlas al cine, o para pasear en auto, o bailar en las curachas de las cantinas. Y que en esos bailes se divertían mucho, porque los muchachos las abrazaban, les daban de beber y se acostaban con ellas. Algunos enamorados regalaban pares de zapatos, sortijas, pulseras, cortes de tela fina, y que todo eso era bueno, porque era la vida. Además le recomendó que no fuera pendeja; que no se matara trabajando para nadie; que los patrones son malos, porque explotan a las cocineras; las acusan de ladronas cuando las quieren botar, para no pagarles vacaciones, y finalmente les pagan unos salarios miserables, cuando no ocurre que les quedan debiendo. Un mundo nuevo de cosas malas y buenas llenó su cabeza. Y entonces apareció una nueva curiosidad. Tal vez, sería eso, lo que su padre entendía por puterías de mujeres de pueblo, cuando la trajo de la sierra y por el camino se lo venía repitiendo.

Diariamente, con la amiga, aumentaba su caudal de experiencias y sabidurías, y establecían más profundos lazos de amistad.

—Dile a tu patrona, oye, que tenéi una prima que vino der campo. Y que la vay a vel. Antonces venite onde yo, er Sábado y noj vamõj pa un bailazo que hay ajuera der pueblo... No siáj pendeja Satujna.

Y aunque la patrona no cesaba de recomendarle buen juicio y de hacerle rosarios de explicaciones acerca de los

hombres y sus bandidezas con las pobres cholitas; de las malas enfermedades que se adquirían; de que con hijos no hallaría empleos, y de que el andar de fiesta en fiesta era malo para la salud, pues pararía en tuberculosa o en las celdas de la cárcel, Satujna le entró el diablo, y pegando la mentira, del brazo de la amigota se fue al baile ese sábado glorioso.

Esa noche gozó bastante. La amiga a cada instante le decía:

—Vijte, Satujna, vijte?...

Bailaron, conversaron, comieron presas de gallina, tomaron aguardiente y vieron cosas nuevas de su gusto. Pero cuando Satu notó que la amigaza estaba casi borracha y que el amigo la apretaba y empujaba, fuera del baile por un callejón, se soltó de su parejo y metiendo la cabeza entre el montón de gente, se abrió paso y tomó camino de su casa.

Al día siguiente llovió el chaparrón de regaño de la patrona sobre la ancha nuca de la cholita. Pero todo fue por gusto, porque la Saturnina no le hacía caso y se reía. No le importaba nada de lo que había pasado en la noche anterior, porque nada malo había hecho. Al fin y al cabo, ella era sólo una empleada que tenía derecho, según su amiga, a salir un Sábado en la noche a divertirse.

Pero un día, en el mercado, un hombre le propuso algo distinto.

—Si te atreves—, le insinuó melosamente—, yo me caso contigo. Tengo una buena casa y estoy solo. Necesito una mujer como tú que me ayude.

Saturnina regresó con algo que parecía una ilusión. No hizo otra cosa que pensar y pensar en aquel hombre, bien parecido, enzapatado, con camisa blanca, bien almi-

donada, reloj de pulsera... y se repetía la propuesta: casarse, juntarse con un hombre bueno. Uno que le haría hijos, y le daría respaldo. Cuando el Tata bajara de la sierra, la encontraría hecha mujer de su casa; tendría cómoda cama para pasar la noche. Y más tarde nacería el primer cholito; buscaría a la patrona para madrina; haría miles de cosas felices. Pero no se atrevió a dar respuesta al hombre.

El novio, sin embargo, la buscaba en el mercado y cada vez le ofrecía nuevas cosas, hasta que un día le regaló un par de zapatos.

Se vino contenta para la casa. Inventó un nuevo cuento a la patrona. Y de noche en su catre echó a volar sus sueños. Crecía una ilusión. Entonces, eso era el amor, y Satu estaba enamorada. Algo nuevo recorría su sangre y el camino del mercado quedaba, en la madrugada, lleno de perfume de "pompeya". La ilusión de Saturnina invadía la casa de la patrona, de la sala al patio, expresada en mayor limpieza y alegría, únicamente, que a veces, friendo las tajadas de plátano se descuidaba y entonces la patrona sentía el olor de fritangas quemadas.

—Oye, Satu, se te queman las tajadas.

—Nu ej na, patroncita... nu ej na—, respondía riéndose.

—Nada, que estoy viendo que estás enamorada y alguien te tiene loca, y por eso se te queman las tajadas.

La ilusión se apoderó de sus sentidos, y un día correspondió buenamente, yendo a visitar la casa del hombre, su futuro nido de amor. El novio le pedía constantemente esa visita, para que se enterara de que en realidad era dueño de una casa.

La muchacha, no sin recelo, llegó a la casa de madera. Estaba en buenas condiciones. El hombre abrió con mucha galantería, y la prometida entró observó aquí y allá.

—Fíjate, le dijo el hombre acariciándola por la nuca. allí está esa ropa. Si te decides a venir hoy mismo, ya tendría yo mi ropa lavadita, sin necesidad de mandarla a la lavandería.

Pasó a otro cuarto y le mostró una cuna.

—Hasta eso tengo—, agregó, apretándole los hombros y juntándola hacia él—, para cuando tengamos el primer hijo.

Saturnina regresó a casa y esa noche le dijo todo a la patrona. Le contó lo de los piropos, lo de los pellizcones, lo de la casa, la ropa, la cuna, los besos y los abrazos que había recibido, y lo bueno que era aquel hombrecito de la camisa blanca almidonada.

La patrona se asombró de los adelantos de su empleada en esos menesteres. Recordó las palabras del viejo indígena, y se avergonzó de no haber ajustado las riendas. Pero qué le importaba, finalmente lo que hiciera la muchacha, si no era su hija, aparte de que era una magnífica empleada...

Todo el día pasó la muchacha haciendo comentarios y preguntas indiscretas. La imagen del novio le venía por todos lados: soltero, bajito, moreno, bien vestido, con reloj de oro, zapatos de dos colores.

—Díme Satu, y quién es ese hombre?

—Se ñama Juan. vive por 'ay, maj allá der mercáu.

La cholita que vino un día de la montaña sin ilusiones ni esperanzas profundas, sintió ahora que estaba ena-

morada de un hombre que se llamaba Juan y que le había ofrecido una bella casita, y que era tan sincero que hasta le había mostrado la ropa sucia, como para que comprendiera aun más la necesidad que tenía, ya no de una simple hembra, sino de una mujer buena y hacendosa; amor puramente espiritual.

—Le digo que er hombre me quiere, Señora... me quiere ..je..je..

—Ja—, respondió irónicamente la patrona—, tú haz lo que te dé la gana, pero aquí no hay nadie que quiera a las cocineras, sino para hacerle daños y barrigas. Y yo soy vieja de vivir aquí, y no conozco a nadie que se llame Juan, ni tenga tal casa como tú dices, niña. Pero bueno, allá tú...

La muchacha esperaba oír eso, que hiciera lo que le daba la gana. Y eso era justamente lo que iba a hacer. Se entrevistó nuevamente con el hombre en su casita, estuvo largo rato prodigándose caricias, y cuando regresó, esa tarde, en medio de su risa loca, contándole a la patrona todo cuanto el hombre le decía y le hacía, repentinamente anunció:

—Patroncita, se va la Satujna...!

—Oye, te vas verdad?

—Si, patrona, me voy para mi casa, Mañana mejmo y quiero que me pague, patrona.

La dueña de casa no hizo mayor oposición. Le sacó la cuenta; le dió 8 pesos, y no volvió a comentar la cosa. La muchacha arregló su ropa, sus zapatos, sus coloretos, todo. Y empezó a despedirse de los vecinos, del loro, del perro y por último de su querida patrona. Los vecinos comentaban alegremente lo del matrimonio y se reían con desconfianza, pero consolando a la patrona que

se quedaba sin su mejor empleada. Tian trabajadora, tan limpia, tan honrada y llena de buen interés por las cosas. Para sus adentros, la dueña de casa, sentía tristeza, y se incomodaba al saber que perdía la buena ayudante. Por su parte, Saturnina se pasó el resto de ese día cantando, hablando con desenvoltura de la vida; de las veces que vendría a visitar a la patrona; del hijo, del bautizo, de todo lo que significaba para una mujer las migajas de felicidad y de esperanzas. No habló de otra cosa, que de su hombre, de su matrimonio, y en fin, de que ya había sido mujer, y que no estaba señorita, como la dejó su Tata, pero que eso no importaba, porque su hombre se iba a hacer cargo de ella, y que otras mujeres más encumbradas hacían lo mismo, o cosas peores y nadie decía nada. Habló hasta el aburrimiento, como nunca; no dejó tranquila a la patrona, ni quieto al perro, ni callado al loro. Con todos hablaba, como si no tuviera fin el día, y por todas partes rezumaba amor, de las puntas de los pies a los senos bien formados.

Como a las seis de la tarde, se arrimó por última vez a la patrona, y con ojos saltones y voz llorosa le dijo:

—Patroncita, se va Satu.

Y soltándose del abrazo de la dueña y los lamidos del perro, se fue por la calle, con su “muca y sus cuatro bollos”. Los vecinos desde puertas y ventanas, presenciaban la escena.

Llevaba un mundo de ilusiones en su loca cabellera, y tal vez un óvalo fecundado en su vientre primerizo. Iba arrastrada por la alegría de poder encontrar marido, cuando el mundo estaba tan estrecho, y otras mujeres se corrompían en las cantinas. Mañana daría envidia a las demás cocineras que iban al mercado. Pues había llegado de última, y se colocaba de primero. Iba a ser dueña

de un hombre y de una casita. Su Tata se alegraría mucho cuando viniera de la sierra.

A las siete de la noche, la patrona, se arreglaba, como todas las tardes, para ir al rosario. En eso sintió pasos en el portal. Le pareció que alguien entraba en la sala y pasaba al cuarto en donde estuvo la empleada, no hacía mucho tiempo. Pero le extrañaba que alguien entrara en su casa, en dicha forma, sin llamar a la puerta. Se puso a pensar, mientras se empolvaba, que Saturnina se había vuelto a buscar algo. Pero lo dudó, por un instante. Sin embargo, cuando salió a la sala, notó bulla en el cuartito trasero y vió a la Satu abriendo melancólicamente el saco de la ropa; acomodando nuevamente sus coloretos en la tablilla; sus trajes en las cajetas; sus zapatos debajo del catre; cubriendo éste con la vieja sábana de retazos, y acariciando dulce y tristemente al perro que se le metía entre las piernas. La patrona comprendió todo, y no dijo nada. Terminó de arreglarse y se fue al rosario.

Al día siguiente, otra vez el fogón ardió con toda su plenitud. El loro en su estaca recibió su pedazo de pan mojado en leche. El perro gruñía al gato. Las gallinas merodeaban por el horno. La Patrona se alistaba para la misa de seis, Y entre cantos y salomas melodiosas Saturnina, le decía a su dueña:

—No jué na, patroncita, no jué na!

FARAGUAL



para Albertina de Víctor

Mes de diciembre... blancas nubes, cielo azul claro. Al fondo, el sol encendido, sumergiéndose en lejanas y ondulantes colinas espolvoreadas de luz. Sobre los potreros inacabables cunde el oro viejo. El panorama ancho de yerbales, parece un océano caprichoso de plumas y de moños, que se mecen bajo la brisa moribunda; a veces verde ocre; a veces de un castaño dorado. Cuando el viento cambia un poco y el sol agoniza, entonces la paja florecida se va tornando de color amarillento a rosa vieja. En ese mar de hierbas el ganado pace entretenidamente. Se multiplica en el bramido.

Muge dolorosamente el viejo toro y en el horizonte crepuscular responden los terneros, cuyas siluetas graciosas son salpicadas de reflejos cegadores. El pajonal estremeciéndose doblega las cuchillas lanceoladas de sus hojas hasta rastrear el suelo.

Cede el azul. El cielo cambia su camisa por una franela roja. Amarillea a trechos. Sombras azafranadas y parduzcas caen en las partes quebradas de las pendientes. La luz juega, sin embargo, en los perfiles de los cerros, altiplanos y montículos; como en las ramas de antiguos macanos, y lagartillos. Poco a poco va oscureciendo el potrero inmenso, bajo el suave aleteo de palomas que regresan a sus nidos, y la música de millones de grillos veraneros.

Es la faragua florecida de las grandes haciendas de ganado, recortada contra un cielo maravilloso.

Cuando la estación seca avanza, entonces la faragua, reina de las yerbas, deja caer silenciosamente la semilla. Son pequeños y delgados estambres de color oscuro, que se mueven como un pueblo de hormigas. Van cayendo a la pata del matojo. Al medio día, con el calor, caminan, andan como animaluchos de un lado a otro. Más tarde serán recogidos por los peones, para ser guardados en sacos y regados a su tiempo, en nuevas superficies, donde restallarán y millones de hojas nuevas poblarán las distancias de yerbas y más yerbas que han de servir para el ganado.

La espléndida faragua, bajo el atardecer, no sólo es bella y cadenciosa, sino que tiene un alto poder alimenticio para las vacas. De fácil crecimiento y reproducción; firme y siempre jugosa, se hizo presente e indispensable, cuando las praderas de pastos naturales se agotaron.

Los dueños antiguos de la tierra comenzaron a dar parcelas a los campesinos para que las dedicaran al cultivo arrocero, con el compromiso de sembrarlas de faragua, una vez que obtuvieran la primera cosecha.

Pero la faragua no sólo es bella y alimenticia; es temible.

Aquellas rudas manos de los pobres labradores, echando la menuda semilla en la tierra, iban, a la vez cercando fatalmente su existencia de puñales que un día degollarían sus esperanzas humanas. Muy pronto, con el reventar de la semilla, quedaban encercados de potreros. Y la faragua volaba con el viento poblando aquí y allá; mordiendo la buena parcela; castigándola vorazmente; apretando su arcilla; aniquilando su negro humus; succionando su nitrógeno; al fin, devastando, porque allí en donde

Es la faragua florecida de las grandes haciendas de ganado, recortada contra un cielo maravilloso.

Cuando la estación seca avanza, entonces la faragua, reina de las yerbas, deja caer silenciosamente la semilla. Son pequeños y delgados estambres de color oscuro, que se mueven como un pueblo de hormigas. Van cayendo a la pata del matojo. Al medio día, con el calor, caminan, andan como animaluchos de un lado a otro. Más tarde serán recogidos por los peones, para ser guardados en sacos y regados a su tiempo, en nuevas superficies, donde restallarán y millones de hojas nuevas poblarán las distancias de yerbas y más yerbas que han de servir para el ganado.

La espléndida faragua, bajo el atardecer, no sólo es bella y cadenciosa, sino que tiene un alto poder alimenticio para las vacas. De fácil crecimiento y reproducción; firme y siempre jugosa, se hizo presente e indispensable, cuando las praderas de pastos naturales se agotaron.

Los dueños antiguos de la tierra comenzaron a dar parcelas a los campesinos para que las dedicaran al cultivo arrocero, con el compromiso de sembrarlas de faragua, una vez que obtuvieran la primera cosecha.

Pero la faragua no sólo es bella y alimenticia; es temible.

Aquellas rudas manos de los pobres labradores, echando la menuda semilla en la tierra, iban, a la vez cercando fatalmente su existencia de puñales que un día degollarían sus esperanzas humanas. Muy pronto, con el reventar de la semilla, quedaban encercados de potreros. Y la faragua volaba con el viento poblando aquí y allá; mordeiendo la buena parcela; castigándola vorazmente; apretando su arcilla; aniquilando su negro humus; succionando su nitrógeno; al fin, devastando, porque allí en donde

breros de cogollo en las manos, y los mechones de cabellos sobre las arrugadas y pálidas frentes, se miraron entre sí, y después de un rato, el hombre más hecho tomó la palabra.

—Síñol, unoj semoj la gente de la Llaná.

—Ah, ya sé... momento, momento...espérenme un momento—, y tarareando un viejo son siguió hurgando expedientes, escrituras, planos, códigos...se incorporó; pasó a la oficina del Gobernador.

El Gobernador con una mano se rascaba la panza, utilizando la otra para trazar una firma analfabeta. Los campesinos intimidados estaban como estatuas sobre sus anchas piernas. Doblando sus cuellos, siguiendo con la vista temerosa los movimientos nerviosos del Administrador de tierras. El viejo oficinista, como una cucaracha hurgaba aquí y allá. No tenía fin su oficio de enredador de pleitos, de bellaco sempiterno, acostumbrado a poner a un pobre contra otro; cobrar dinero a los dos, para luego entregar el título de la tierra a un tercero. Muy entendido en el negocio de dar escrituras falsas; o transar con ricos terratenientes la forma de incluir diez mil hectáreas en donde figuraban legalmente mil. Con ese método no era de extrañar su menosprecio, a primera vista, la gente paupérrima que le visitaba diariamente. Harto y aburrido de oír quejarse a los desgraciados del campo, los aborrecía, excepto, cuando podía extraerles la sangre a trozos, las gallinas, los cerdos, en pago de sus trucos y engaños.

Los trabajadores sabían todo esto, y se lo hablaban co n los ojos, mientras le miraban ir y venir, cosa de nunca acabar. Pero no se atrevían a preguntar nada ni a solicitar audiencia. Habían llegado muy temprano, tras de caminar horas y horas, però el funcionario sinvergüenza, aún no tenía tiempo para ellos.

Al fin y al cabo, cuando ya se le ocurrió dijo:

—Ah, sí, ustedes son los de la “Llanada”. Ajá... para ver... Sí. Pues miren aquí ha venido don Julio. Lo conocen?

—Sí señol—, respondieron a coro, los atemorizados campesinos.

—Bueno, distinguidos ciudadanos, Don Julio me trajo estos papeles. Aquí están. Léanlos—. Extendió una vieja escritura. Los hombres miraron por encima del bulto.

—Tenga la bondá e lejlo ujté, Señol, que uno no sabemosj.

—Muy bien. No hay necesidad, jóvenes. Se trata de que Don Julio quiere que suelten este terreno, pues legalmente le pertenece.

—Señol—, dijo el hombre más hecho—, ejta tierra ej diuno. Ujté mejmo noj certificó jace año, que era tierraj librej.

—Je...je...está bien eso. Yo dije eso. Pero Don Julio dice otra cosa. Luego entonces, muchachos, no sean tontos, busquen un buen abogado...miren yo tengo un compadre....

Los hombres no oyeron las últimas palabras del Administrador y salieron de la odiada oficina.

* * *

Ya el monte estaba cortado. Pronto iba a llover. Pero no había dinero para pagar a un abogado por la defensa. Los Licenciados ,como todo mundo lo sabía, resultaban, por lo general, tan pícaros como los administradores de tierra y los terratenientes.

Cuando los hombres llegaron a la "Llaná" pensaban estas cosas. Luego, circularon las noticias. Al son de la cena y el chisporroteo de las brasas se hacían los comentarios. En la choza de aquel hombre más hecho, se reunió la mayoría de aldeanos y cada quien, en su lenguaje primitivo expuso el problema.

Nadie se acostó tranquilo.

Se sabía que Don Julio estaba agrandando sus potreros y que desde hacía mucho tiempo le tenía ganas a los montes de la "Llaná". Pelear en las oficinas con Don Julio era "pelea de tigre con chivo amarráo". Estaba hecho a ganar cuanto pleito se presentara. Para dar gusto a esa manía estaba toda la millonaria hacienda. Con tres toretes pagaba a un abogado, con uno más, compraba a un Administrador de tierras, a un alcaldesillo de Distrito. Era dueño de ganado en éste y en aquel potrero; en la montaña y en los manglares. Vacas montaraces que debían ser cogidas a punta de escopeta.

Don Julio era peleador, porque se había levantado de la nada y realizando los más difíciles y riesgosos oficios. Comenzó de cimarronero. Para eso tuvo que tener olfato de traficante y bandido. Pero andando el tiempo se hizo poderoso. Y ahora era rico. Cuando iba en su mula, mascando su tabaco, escupiendo al paso de los campesinos, con la cara coloradota debajo de su sombrero alón, nadie podía atravesarse en su camino sin la previa inclinación

—Buenoj díaj Ñopo!

Con el poder del dinero en sus manos, en la faena política sacaba diputados, apoyaba candidatos a la presidencia; nombraba y quitaba alcaldes; festejaba curas. Qué asunto podía ponerse frente a su ambición que no pudieran sus garras de pícaro de mundo apresar?

Muy al contrario, los pobres labradores no poseían otra cosa que el monte recién tumbado, en donde cabrían veinticinco latas de semilla, maíz, frijoles y matojos de yucas, otoes y algunos plátanos.

Era cierto, que los Domingos, Don Julio y los labradores recibían la misma ceremonia en la Iglesia. Ambos pedían a Dios la felicidad. Unos los campesinos, rogaban para que el Administrador de tierras, no les arrebatara el monte ya tumbado, y Don Julio oraba, para que el Administrador sacara de ese mismo monte a los campesinos. A la hora de la limosna, la señorita que portaba el platillo abría sus ojos cuanto podía, cuando Don Julio echaba diez pesos plata, resonando cada uno, con metálico son, en toda la amplia nave. La gente iba contando: uno, dos, tres, cuatro, etc. Don Julio entornaba los ojos, para levantarlos al fin, y dirigir una mirada al altar mayor, en cuya parte posterior, en una tabla había pintado un ojo de iris azul, bien abierto y muy grande; el ojo de nuestro Señor, que miraba lo bueno y lo malo.

Los labradores, no se quedaban atrás en cuanto a profesión de fe, y entonces al pasar la muchacha del platillo le musitaban por lo bajo: —Niña. Y la muchacha, un poco admirada del asunto, porque suponía que esos pobres diablos nada podrían dar, extendía dudosa el platito relleno, como para que los limosneros, no fueran a poner un real y sacar un peso, y entonces los labradores, sacaban sucios pañuelos de las faltriqueras, y de los reales que traían para la sal, la manteca y la “medicina” del niño, escogían la pesetita, más limpia, más brillante, entre sus dedotes ásperos, y con calma la depositaban en el esplendoroso platillo de nuestro Señor.

—Ave María Purísima!

(El esclavo debe resignarse a su suerte, y obedecer a su amo, obedece a Dios) San Juan Crisóstomo, "De verbis Apostolisis).

* * *

Frente a la roza, se espelucaban los potreros. Más allá, el ruín caserío: ranchos fantasmagóricos bajo la luz de una luna cadavérica. Fogones fríos, mesas vacías. Sin embargo, decían algunos hombres, cambiando un gallina, vendiendo un puerquito, podían juntar unos billones. Y así, deseosos de hacer parir la tierra, con el sudor y el dolor, llegaron al pueblo en busca de un abogado horado, lo cual era como hallar una aguja en un pajar. Aún con la corbata fresca de luchas estudiantiles recién había llegado a la ciudad un joven abogado, lleno de brío como la escoba nueva, y sin contaminaciones con los negocios turbios de los ricos del lugar. Uno para los otros se encontraron; realizaron entrevistas; visitas al terreno; discusión en torno a la pobreza de ellos y a la inesperienza de él, y así hubo el necesario entendimiento para la no pequeña empresa de pleitear con el campeón de los pleitos de la Provincia, Don Julio.

En tanto que se tramitaban las necesarias diligencias, los trabajadores continuaban vigilando su terreno llevando noticias al Licenciado; haciéndose diarias e interminables ilusiones. El Abogado cumplía su tarea de pedir de boca. El negocio subió al Tribunal Superior. Y para sorpresa de la Provincia entera, y de Don Julio, el fallo resultó a favor de los campesinos de la "Llaná". Lo que venía a ser como cosa hecha del diablo, ya que en la historia republicana, no se había visto que un Tribunal fallara en contra de un rico ganadero. Pero eso fue explicado, y lo supo el Abogado, por intereses encontrados con otro ganadero rico, político y de mayor influencia en esos momentos; el cual tenía parientes entre los Magistrados del referido Tribunal. De esa contradicción entre

los dos ricos, se valió el joven Licenciado y metió la cuña de la "Llaná", obteniendo así uno de sus primeros triunfos.

La noticia llenó de júbilo a los incrédulos trabajadores.

Dieron gracias a Dios y prometieron pagar la otra parte del dinero al Abogado, con la primera cosecha. Consideraron que no habría Abogado más inteligente en el País, y echaron, como siempre, a volar planes sobre la quema, la siembra y los demás menesteres. Fueron felices, alguna vez.

Vino el tiempo de quemar y lo hicieron. Las llamas favorecidas por el viento suave consumieron los árboles caídos, los bejucos y matojos secos. La quema resultó sensacional. Hubo poca necesidad del "balseo" posterior. Empezaron a construir la cerca con cuerdas de alambre y madera quemada, extraída del mismo monte. Y como se dijo al principio, llegó abril, llovió y la gente procedió a sembrar. Debajo de tanto sudor, de tanta calamidad, de tanto esfuerzo muscular, emergía la esperanza de todo hombre sano, que tiene certeza del valor de su trabajo y confía en que ha de triunfar. Sobre la necesidad de satisfacer al estómago, de cubrir el pellejo con unas yardas de dril, y emparapetar el rancho, crecen ilusiones, amores, inspiraciones, y hasta poesía, que el agricultor, cuando regresa, al anochecer, va improvisando con los últimos lamparazos de la tarde. La roza, el camino, el arroz amarrillando, el maíz con la barba violeta que despunta; las muchachas que vienen a dejar comida, o a cosechar hermoseedas con sombreros de cogollo... todo ello, a pesar de lo simple y primitivo, tiene para el agricultor el sentido de la vida. De allí que tras de un poco de semilla tirada en un hueco humedecido, vayan la esperanza de días mejores y las ganas de vivir en el mundo.

Es una migaja de felicidad en la miseria humana. Sentados en las banquetas rústicas o los tucos, tras de cenar frugalmente, mirando en lontananza, el hombre va imaginando apretados matojos de arroz, abultadas mazorcas de maíz, grandes hojas de otoaes, verdes sandías, tiernos frijoles... Entonces dan ganas de salomar y hasta de ir a otro caserío, bajo la noche de luna, en pos de las muchachas casaderas.

El tiempo sería bueno, según pronósticos de los viejos labradores. Llovería lo suficiente. Por otro lado, se había derrotado a Don Julio, y los comentarios halagaban a los hombres de la "Llaná". En fin la tierra era de ellos. Qué más podían desear?

Dentro de breves días el arroz iba a brotar del suelo. Primero, serían como tiernas agujas verdes. Pero ya, al día siguiente desarrollarían como pequeñas matitas. Luegó, muy rápidamente aumentarían de tamaño, y lo que fue una mancha negra de tierra quemada se transformaría en una sábana de color verde cogollo, ondulante, llena de rocío, alegre y feliz. Si el tiempo era pródigo en lluvias, pronto las ondulantes colinas se vestirían de un relampagueante verdor, y el aire tomaría ese perfume característico de matas que trasudan oxígeno y vapor de agua; de hierbas recién cortadas, de capullos de maíz nuevo.

Pasaron algunos días, hasta que, al parecer, todo iba a resultar así. Pero un día...un día, los hombres más avezados descubrieron algo. Al principio les pareció imposible, pero después pensaron que no era mucha cosa, aunque, al fin, terminaron por comprender en toda su trágica magnitud.

La noticia corrió por el caserío; pasó a los campos vecinos hasta llegar a las más remotas comarcas. No había forma de luchar contra eso.

No era otra cosa que una burda canallada, propia de demoníacos enemigos.. Los trabajadores desesperados pretendieron, mediante juntas, eliminar el peligro. Muy pronto se dieron cuenta que el asunto era total e imposible de vencer, a esas alturas.

—Junaputa!

—Junapútaja...carajo!

A Don Julio lo hallaron, una semana después, tirado en el camino real. Una sola cuchillada le había sajado la barriga. Los trabajadores le esperaron en una revuelta del sendero. Aunque venía acompañado de sus mayores y demás mozos, no tuvo escape. Los labradores le cayeron como fieras. Pero bastó una sola cuchillada.

Aquel campesino más hecho; aquél tímido de la oficina de tierras, había amolado la tarde anterior su cuchillo de "cocaíta". Lo afiló como una navaja; se "bajó" los vellos de la muñeca, para probarlo y pensó que ya estaba bien.

Don Julio cayó del macho al suelo. Trató de sacar el revólver, pero la cuchillada había sido honda y tajante. Metida con odio tremendo, con odio viejo, colectivo, fue suficiente para sacarle las tripas. La sangre barboteó. Los mozos huyeron. Los labradores se dispersaron.

El rico de Don Julio se estuvo muriendo allí, poco a poco, con las azules vísceras sobre las "cerbulacas" del camino. Un mozo regresó entonces; buscó unas frescas hojas de plátano y con el mayor cuidado, fue colocando el mondongo del amo, a manera de tamal, en ellas, y empezó con la basta de su camisa a limpiar las tripas de las arenas del suelo. A pesar de la claridad de la mañana, empezaron a llegar moscas de todos los tamaños. Unas moscas verdes zumbonas pronto depositaron la "queresa".

—Ay!

El Mozo corrió entonces al pueblo.

Don Julio perdió la mitad de su conciencia, y entonces su cerebro empezó a tejer viejas añoranzas...

—Bajaba una vez a la quebrada, cuando su ayudante le gritó:

—Don Julio, viene la renta!

—Carajo, muchacho de mierda. Te dije, ponte allá, y mira la vaina que haces.

Entonces Don Julio corrió al caballo y amenazando con un viejo revólver, ordenó al peón a quedarse en el alambique. El patrón huyó...

—Don Julio... Don Julio!

Llegaron los inspectores y aputándole con sus revólveres le gritaron: entrégate perro, o te tiramos. Entonces el pobre muchacho fue a la cárcel, y la zorra escapó del gallinero.

Y de vuelta a su media conciencia, el Patrón que se moría, pensaba que el mozo lo había abandonado, que no quería salvarle la vida, y desangrándose caía de nuevo en el sopor, y volvía a la pesadilla.

—Siendo ya rico ganadero, llegó una vez a la choza de uno de sus peones. Y sólo estaba su mujer. Llovía. La muchacha era muy hermosa. El Patrón se tiró en el camastro y llamó: Oye, Chenchá. Entonces la tímida mujer entró. El Patrón la agarró y la tiró al suelo. En eso llegó el marido y vio la lucha. ¡El Patrón se incorporó como una fiera y gritó: —Carajo, so pendejo, te largas o te tiro. Avanzó con su revólver. Y el muchacho fue reculando, hasta abandonar el rancho y su mujer.

Y desembocando en su semiconciencia, Don Julio re- pelaba los ojos y sentía la muerte deslizarse tripas arriba. Veía entre nieblas la imagen del labrador con su puñal refulgente... luego millares de cabezas de ganado paciendo entre yerbales fecundos... entonces cientos de mazos de billetes de a 100 "dólares" cada uno.... Venía entre la perspectiva de ese montón de dinero, el cura de la Iglesia Mayor, con sus acólitos cantando algo incom- prensible.

Sin embargo el señor se moría. Ni todo el ganado de sus famosos potreros, ni los miles de billetes de los bancos, ni los Alcaldes, Diputados, Administradores de tierras... ni el Presidente de la República, ni el Arzobis- po, servían en esos lamentables momentos para nada. Aún resollaba vivo, porque tenía más sangre que una vaca.

Todavía podía, de vez en cuando, comprender lo que le pasaba. Recordaba que los hombres de la "Llana" lo habían derribado de su macho y le habían gritado:

—Junaputa, muérete—. Y le cruzaron la cuchilla por la panza.

Le venía la muerte. Hacia a un lado el macho roía la yerba espolvoreada al borde del camino y resoplaba.

Entonces Don Julio veía duplicarse la figura del ma- cho y tomaba proporciones fantasmales. Se desangraba totalmente. Después se lo comerían los gallotes. O se- ría enterrado con cruz alta y misa de cuerpo presente. De todos los lugares aparecerían parientes conocidos y desconocidos. Pelearían la herencia la misma noche del velorio. Acudirían abogados. Pero Don Julio se iría fi- nalmente a la tierra.

quemado? Algún golpe de viento? No! Porque sobre la extensión de las veinticinco hectáreas fueron emergiendo, cada vez más tupidas, las semillas de la terrible Atila, la faragua.

—Carajo, ejto ej dañu!

Primero quisieron limpiar, desyerbar, pero a los pocos días, como cosa embrujada, fue creciendo el yerbatal, y en poco tiempo, lo que fue esperanza, sudor, esfuerzo, lomo, ilusión, poesía, saloma, se transformó en potrero, en faragual condenado e incontenible.

Y no cabía dudas acerca de la mano criminal.

Una noche, eso aconteció después que los labradores hubieran sembrado el arroz, una suave noche de abril, los mozos de Don Julio llegaron a la roza de la "Llaná", mientras los buenos campesinos dormían en sus camastros y soñaban con tibios arrozales en septiembre.

El Patrón, disgustado por el fallo del tribunal, avergonzado por haber perdido prestigio político; pensando en que nadie se iba a burlar de él, envió una brigada de empleados a regar de semilla de paja faragua toda la roza de un lado a otro sin dejar trecho.

Los vaqueros, bien bebidos de ron, carajeaban, escupían y bajo la luz de la luna ancha, diseminaron la semilla con toda la experiencia que dicho trabajo les había dado, bajo el mando de Don Julio. Fue así, con sus rugosas manos, como habían regado hectáreas, tras hectáreas de faragua, fabricando millones de pesos y mugidos de ganado para el dulce y buen amo que les pagaba salarios miserables, desde su fina hamaca de cabulla y chonta.

Cuando los empleados cubrieron las veinticinco hectáreas con la semilla temible de la faragua, treparon en

sus caballos y se fueron salomando, seguros de que el mal no podría descubrirse, sino hasta cuando ya fuera imposible detener.

Don Julio, el Ñopo, premiaría con creces esa labor: rodarían las botellas de ron y todo seguiría, al día siguiente, lo mismo:

adelante, la vaca;
atrás, la vaca;
arriba, el cielo,
Dios y la Virgen,
y abajo, Don Julio con sus millones.

EL QUE LA “JACE” LA PAGA

(Versión de un cuento de la tradición campesina)

a Manuel F. Zárate.

Pedro el Rico, era a no dudar el cacique de la región. Mandaba a todo el mundo. Por miles conductos la gente quedaba amarrada en su muñeca. El poder le venía de lejos, de la herencia; pero también de su temperamento impositivo, de su astucia como negociante y como político. Dueño de potreros, de tienda y de cantina, su casa era el centro del campo. Los lugareños afirmaban que la riqueza de Pedro el Rico había sido producida por una pesa de "machete", una romana tan vieja como él, en donde los campesinos, que le vendían el arroz, algo de café y frijoles, tenían que pesar dichos productos.

Los pobres hombres miraban despabilados los movimientos de la balanza que como una zorra dirigida por la peluda mano del dueño, robaba libras, y centavos.

—Ochenta... ochenta... ochenta...—, con su vozarrón, iba diciendo el amo.

—Diantre, mano Pedro, son las cien libras completaj, que laj ha medío yo con una bangaña señalá que tengo.

—Bellaco, bellaco, bellaco, queréij comerme, queréij comerme, si Pedro dice que son ochenta, son ochenta y cállate er jocico...bellaco, bellaco!—Y en sus chistes, Pedro el Rico, no dejaba de reconocer este comentario:

—Romanita, romanita...je...je...je.

Sin emþargo, Pedro el Rico, no gozaba su dinero. Hombre cicatero y egoísta, guardaba la plata en tinajas y

las enterraba. No comía ni vestía por no gastar. Le bastaban su par de “chingos” y su arroz “pincho”.

Temeroso de perder lo que tenía se había desentendido de su familia, y vivía solitario en la vieja casona de la tienda. Cuando salía a inspeccionar el ganado cerraba el negocio con varios candados. A su regreso, encendía leña en el fogón de tres piedras, y acomodaba la paila vieja, mientras él se sentaba con la batea sobre los muslos a “espurgar” el arroz.

Con esta conducta tan particular nunca pudo ganar simpatías entre los hombres ni amores entre las mujeres.

Aunque todos tenían que ir a sus pies por muchas razones, y sobre todo, por que adelantaba dinero para los trabajos de monte.

En el mismo caserío vivía Juan el Pobre, compadre de Pedro el Rico, y hombre de menesterosos recursos. Juan, por el contrario era de carácter afable, buenazo, inocentón y sumiso. No tenía otra riqueza que un ranchito desvencijado, su machete, y una hija, muy bonita, por cierto. Trabajaba su roza aquí; este año, allá, siempre labrando para el jorón y la tortilla diaria.

Como los demás del caserío, estaba en deuda eterna con Pedro el Rico, por cuentas antiguas y nuevas, de adelantos, y de préstamos para medicina y otras cosas.

La mujer se murió un día de una “obradera”. Y desde entonces tuvo que atender el monte y la casa, para que no le pasara nada a la chiquilla lombricienta. Así alzaron vida hasta que la muchacha creció y creció, al punto de transformarse en una guapa mujercita que se encargaba de los quehaceres del rancho, de ir al pueblo a vender cositas, y de llevar la comida a los “trabajaderos”.

La muchacha, en su infancia pasó muchos trabajos y Juan recurría a su compadre Pedro, para resolverlos.

El Padrino accedía, y apuntaba en su memoria extraordinaria los reales.

A su vez el Padrino con su carácter de padre de todo mundo daba consejos y órdenes al compadre Juan.

—Oye, viejo pendejo, cuidá la ahijá. Por'ay, andan loj muerto de'ambre, aguaitándola por loj caminoj. Jolá la llevej a bailej, viejo pendejo!

Mano Juan hacía caso, porque le parecía prudente el consejo, y porque Pedro lo mandaba y eso era bueno para conseguir ayuda en el futuro. Pero a Cruz María, la muchacha, no le gustaba el asunto. Porque ella veía a los otros de su edad ser cortejadas en los bailes, rodeadas de cantores con mejoraneras charrasqueando toda la noche; o bien atendidas en el pueblo, tomando refrescos y recibiendo frases galantes. Cuanto más que estaba en la edad y era bonita entre las bonitas.

La vida siguió pesadamente sobre la pobreza del llano y del solar. Juan el Pobre, como los demás, encorvando el lomo en los potreros de Pedro el Rico, o "rasguñando" los peladeros que habían sobrado para sus "rozas", para sacar las flacas espigas de arroz o las frugales mazorcas de maíz.

Un día el Rico mandó a buscar al compadre Pobre, y llegando Juan a la cantina le dijo:

—Vea compá, jace tiempo que quiero pedijle argo, pero "ensílese" compa, "ensílese", tome asiento.

—Ujté dirá—, contestó Juan, bajando sumisamente la cabeza. Servidor de siempre, jamás había podido negarse a las peticiones de su amo.

—Ejto que le voy a notijal ej pa ujté y yo.

—Ujté dirá, compadre.

—Vea, tómesese ejte traguito—. Le extendió el vaso y siguió clavándole los “ojotes” bajo la luz de una guaricha.

—Yo le quiero dicil—, continuó—, que Crucita, la ahijá, ta muy guena moza.

—Gueno, eso dicen—, respondió Juan, escupiendo a un lado.

Cruz María estaba linda con sus diez y seis años. Por eso, a pesar de las amenazas del Padrino, y de los consejos de Juan, tenía sus pretendientes, entre los muertos de hambre del lugar. Y entre ellos, Chencho era el agraciado, porque tenía mejores cualidades: sano, sencillo y trabajador.

—Qye, Cruci, voj me gujtáij—, le dijo un día en el camino del pueblo, después de habérselo dicho con los ojos muchas veces

Y se enamoraron así, de lejos, de mirada, de comentarios en las quebradas, y de conversaciones furtivas en las idas y venidas del pueblo.

Pero, además en el caserío se contaban chismes en relación con todo esto. La actitud de Pedro el Rico respecto a la ahijada; la obediencia ciega de Juan el Pobre, y la belleza cautivadora de la muchacha. Ño Juan lo sabía y echaba a rodar sus pensamientos de hombre viejo que en cualquier momento se moría, dejando a la Cruci abandonada a manos del padrino.

—Decía yo—, continuó el compadre—, que la ahijá ta mayorcita, y que yo ha ejtáu pensando en su porvenil.

—▲sí ej compadre.

—Pensando eso, le digo yo a ujté, compa, que me parece bien, que me dé la muchacha a yo...je...je...por-

que, afijese de lo que será en manoj deytoj muertoj de' ambre.

Juan quedó clavado en el banquillo. Las manos de rudo y explotado trabajador empezaron a temblarle, pero su alma, largamente sumida en la mansedumbre del yugo de su compadre, no pudo rebelarse. Sus ojos de buey se empaparon de lágrimas. Sabía que ese momento tendría que llegar, pues los comentarios y sospechas de la gente habían cundido su pensamiento, y porque él mismo se lo había imaginado.

—Ujté me dirá compa—, insistió con cinismo, el compadre Rico.

—Compá—, tartamudeó Juan, mirando las puntas de su cutarra—, ujté sabe que semoj compadre, y que la niña ej su ahijá. Ujté sabe que ej lo único que tengo...

—Ya lo sé—, respondió Pedro, medio incómodo. Se echó otro trago, apretó las manos y arremetió como un lobo—, ya lo sé, pero por eso no. Si me da a la Crucita, lo que ujté me debe queda liquidáu, y to lo de yo será pa ujté...jágale caso a loj visajej de la gente y se guerve loco.

Compa Juan se quedó ensimismado, quieto, con la vista gacha, como permanecía cada vez que su compadre, le exigía algo. Y el Patrón, viejo conecedor de este gesto campesino entendió que su compadre no tenía voluntad propia para negarse.

—Métase otro trago, compita—, rebuznó el tratante—, y déjese de vainaj!

Juan, en medio de la oscuridad, tomó el trago, y salió mudo. Al frente, una lucesilla roja dibujaba la ventanucha del rancho en donde Cruz esperaba a su tata para acostarse.

Esa noche llovió mucho, y en medio del aguacero, Juan contó a la muchacha los motivos de su conversación con el padrino; la hija se apretujó a su lado.

—Ay, tata, laj cosaj e padrino!

Ella también conocía las intenciones de Pedro, lo sabía Chencho... todo el mundo.

Al día siguiente ni Juan, ni Chencho aparecieron en el trabajo de desbrote del potrero de Pedro el Rico. Los demás peones se miraban recelosos y hacían comentarios. De la choza de Cruz María, no se elevaba el humito azul de todas las mañanas. El fogón estaba frío y la cazuela, sin la tortilla familiar de cada día.

Crucita se había fugado con Chencho, aquella misma madrugada, y nada podía detenerlos ya.

Como a las ocho de la mañana, cuando el Patrón llegó donde estaba la peonada, con su cara de tigre burlado, más feroz y estúpido que nunca, los trabajadores encorvaron el espinazo sobre el suelo y continuaron desbrotando.

—Onde ta Juan!—. Rezongó el amo.

Nadie respondió. El hombre, sobre su mula negra, dió vuelta, chicoteó y salió trotando como alma que lleva el diablo.

Más tarde, se oyeron gritos de mujeres. Los peones partieron al lugar, pero llegaron tarde. Sobre el suelo de su rancho, Juan yacía desangrado y despedazado por diez y seis machetazos. En su furia, Pedro había colgado la cabeza de Juan en un horqueta de la barbacoa. Y la cabeza, bañada en sangre, y con la boca abierta mostrando la lengua desguazada, daba una horrible impresión.

* * *

Chencho se llevó a Cruci y Pedro asesinó a Juan, para aquellos tiempos en que los hombres machos andaban con

la ruana arrastrando y en que cada quien se hacía justicia a su modo.

Pasaron los meses y los años y la historia del crimen se fue borrando de la mente de los trabajadores, pero Pedro no la había podido olvidar y cada día que pasaba se sentía más achacoso. La gente, por su parte se espantó y poco a poco se fue retirando, negando por una razón u otra la prestación de servicios, o absteniéndose de comprarle mercancías o aguardiente.

Pedro el Rico, día a día, caminando por la desesperación y por la ruina; por el aislamiento de que era víctima, y por las murmuraciones, decidió vender sus propiedades a cualquier precio y partir de esa región endemoniada.

Los últimos días que pasó en la casona se dedicaba desmesuradamente a beber aguardiente y entonces era poseído por horribles pesadillas.

Una noche en que el viento crujía entre las ramas de los enormes panamáes y corotúes, cuando las centellas fucilaban entre las tejas y retumbaban truenos bajo la tempestad, Pedro oyó una voz honda, amplia, grave resonante; una voz más poderosa que la de todos los vientos; una gran voz que decía:

—El que la jace la paga...—, y creciendo, cada vez en intensidad, repetía: —el que la jace la paga!...

El criminal preso de pavor ansiaba huir de sí mismo. Quería esconderse debajo de las plantas de sus pies, en una rendija, como una cucaracha; arrancarse la vida, pero no pudo evadirse ni matarse. Miraba de reojo el tejado de la casa, como buscando la voz, pero el ruido estaba allí, inundaba todo el espacio concebible, era él quien estaba dentro de aquella larga voz que mugía implacablemente...

—El que la jace la paaaaaaga!

Por esa voz huyó del campo y empezó a rodar tierra en busca de tranquilidad para su corazón sobresaltado. Caminó...caminó y caminó...

Cada vez se hizo más viejo y desgraciado. Parecía una abusión por lo demacrado del rostro. Poco dormía y casi nada podía beber que no fuera chicha o guarapo que conseguía por las comarcas circunvecinas.

Pasaron meses en estas caminatas y un día cansado, en las afueras de un campito se detuvo, ya entrada la noche y se tiró a los pies de un alto corotú. No bien había empezado a dormitar cuando fuertes vientos silbaron entre las ramas y las menudas hojas cayeron sobre su cuerpo. Los vientos se hicieron más graves y fuertes y del remolino formado por su corriente surgió más honda y terrible la voz aquélla.

—El que la jace la pagaaaa!

Y la voz seguía rodando de árbol en árbol, y de cerro en cerro, en la boca del trueno...

—El que la jace la paaaaga!

Se incorporó como un loco. Miró en derredor con los ojos desorbitados. La noche era oscura. Empezó a ver en cada árbol un fantasma; en cada quebrada, un río de sangre; en cada camino, una vereda infernal. El hombre soltó el llanto de su pecho, como un viejo niño llorón, digno de lástima, y el llanto se hacía grave como otro remolino, se iba envolviendo en sábanas de lastimosos sonidos guturales y el eco lo repetía mezclándose con la espantosa voz que repetía: El que la jace la paaaaaaga!

Después de esa noche, andando y andando, llegó a una posada en donde le dieron de comer. Esa noche, cuando tirado en un cuero, sobre el piso, empezaba a to-

mar el sueño, de pronto, otra vez, el ventarrón rugiendo entró por la varazón de la casa; de nuevo se rajó en el cielo la centella luminosa, y con el trueno grave sonó la voz profunda:

—El que la jace la paaaaga!

Y la noche se llevaba el eco que resonaba como cien tulas sopladas por el huracán.

—El que la jace la pagaaaa!

—Carajo—, gritó Pedro el Rico—, de quién ej'esa voz condená, que me persigue?

—Cuando lleguéj ar campo de Rincón de Plata, sabréj de quien ej la voz...—, le respondieron.

Todo quedó de nuevo en silencio.

Después del incidente de la posada, no volvió, en mucho tiempo a escuchar la voz espantosa. Pero para entonces, Pedro el Rico se había transformado en un pobre anciano tembloroso y flaco que se arrastraba, apoyado en un bastón, con la barba larga y greñuda enredándosele entre la desordenada cabellera. Cuantos le veían se apiadaban de él, sin advertir que el viejo harapiento era nada menos que Pedro el Rico, el compadre malo, que había decapitado a Juan el Pobre.

Muerto de hambre llegó, cierta vez a un bonito lugar. Sólo le quedaba de todas sus antiguas propiedades, una peseta inmundada y borrosa de a cinco reales. Temblando sobre su vara caminera llegó a un mesón, en donde alguien estaba vendiendo carne. A la sazón sólo quedaba, de un chivo que habían matado para la venta, un par de patas y la cabeza. El viejo decidió comprar la cabeza. Pagó y echando la pieza en un saco, siguió su camino. Andando se llegó la noche y no sabiendo dónde acampar,

determinó quedarse en un ranchito rastrojero que había al pasar. Colgó el saco con la cabeza de una horqueta y se dispuso a hacer candela para asar la presa que traía y saciar el hambre vieja.

No bien había juntado las ramitas secas de matillo y prendido el fósforo, cuando de nuevo el viento empezó a aullar como un perro, mucho más atronador que antes y desde el rancho, súbitamente brotó una bestial carcajada:

—Ja..ja..ja..jaaaaa!—. Y la carcajada grande y loca llenó todo el rastrojo, todos los caminos y sacudió bosques y estrellas.

—Ja..ja..jaa, el que la jace la paaaaga!

El viejo entró al rancho como un demonio; tomó nerviosamente el saco para huir, pero la cabeza se le salió y al caer al suelo siguió dando horribles saltos, y saltos en derredor, mientras gritaba:

—El que la jace la paaaga!

Pero ya no era la cabeza degollada del chivo, sino que se había transformado en la cabeza sangrante del compadre Juan, y seguía gritando:

—Ja..ja..ja..ja..el que la jace la paaaaaga!

El viejo, lleno de estupor, abrió inconmensurablemente los ojos y cayó muerto.

Había llegado justamente al campo de Rincón de Plata.

determinó quedarse en un ranchito rastrojero que había al pasar. Colgó el saco con la cabeza de una horqueta y se dispuso a hacer candela para asar la presa que traía y saciar el hambre vieja.

No bien había juntado las ramitas secas de matillo y prendido el fósforo, cuando de nuevo el viento empezó a aullar como un perro, mucho más atronador que antes y desde el rancho, súbitamente brotó una bestial carcajada:

—Ja..ja..ja..jaaaaa!—. Y la carcajada grande y loca llenó todo el rastrojo, todos los caminos y sacudió bosques y estrellas.

—Ja..ja..jaa, el que la jace la paaaaga!

El viejo entró al rancho como un demonio; tomó nerviosamente el saco para huír, pero la cabeza se le salió y al caer al suelo siguió dando horribles saltos, y saltos en derredor, mientras gritaba:

—El que la jace la paaaga!

Pero ya no era la cabeza degollada del chivo, sino que se había transformado en la cabeza sangrante del compadre Juan, y seguía gritando:

—Ja..ja..ja..ja..el que la jace la paaaaga!

El viejo, lleno de estupor, abrió inconmensurablemente los ojos y cayó muerto.

Había llegado justamente al campo de Rincón de Plata.

a mi hermano Carlos A. Changmarín.

Cuando Victoriano Lorenzo, a principios de 1900, pasó por estas regiones, Nicolás dejó la guitarra mejoranera, la ruana azul y se echó una carabina al hombro. La cosa no fue de su gusto, en el comienzo, pues no entendía la guerra civil, por un lado y por otro, porque era amigo de los godos, que por estas comunidades del interior tenían su cuartel general.

De los días aquéllos, en que servía a las brigadas de caucanos que azotaban las fincas; en que acompañaba a la soldadesca en busca de granos escondidos; de las oscuras noches de aquella guerra cruel, ya nada quedaba en sus ojillos azulencos, sino un borrón, una mancha lejana, un chiste, un verso que compuso en el cuartel.

Fueron los años cayendo como machetazos y se abrían los surcos de arrugas en el pellejo de su rostro blanquecino, curtido por antiguos soles y tupidos aguaceros.

Viéndole encorvado, menudito, sordo y cegato; con la "cotona" raída, el pantalón chino remendado; dando traspiés; bajando con dificultad el caminito del pozo; con el coco de buscar agua en una mano y en la otra, una vara; quejándose, aguantando la respiración; acuclillándose a la orilla del pozo, como un duende, como un fantasma, como una cosa que fue, pero que ya no es; mirando al borde de la muerte, entonces no se podría creer que este campesino anciano, fuese quien un día cantara décimas de amor,

zapateara en las noches de San Juan, y marchara por los llanos en la guerra de los Mil días. Pero allí estaban los higuerones, la curva del camino, el cauce de la quebrada, el barranco, la loma, la estaca de macano, que podían atestiguar su valor de entonces, su voz de oro, su guitarra de cobre y caracol. Sin embargo, todo cambia, ya no hay nadie, en verdad, porque todo se fue acabando al mismo son. El machetazo de la vida recortando la tierra; rodeando inmisericordemente el mundo de alambres y bramidos.

Llegó un día solemne, pesado como un árbol, lento, caluroso y los ojos del viejo Nicolás se fueron apagando.

—Compadre—, le dijo a José Félix—, me voy a'sen un viaje... Oyó Y ujté se va a quedan solitico, sin compare; ya oyó?

Y así fue.

—Cuando ya me muera, ya oyó? Cuando me pele... Pa'esa 'casi6n, me ponen la múa'e ropa que rejó la rijunta.

Ya la muerte venía bajando la loma, por la curva del caminito, y aún el viejo Nicolás conversaba, en su mundo de silencio, sin sonido ni colores, consigo mismo, con su compadre, con el patio, ya sin puercos, ni gallinas, ni nada.

—Compare, tréigame la guitarra pa total un son...

Entonces se acostó de medio lado y se murió.

Allí quedó inerte, pálido, esmirriado, pequeñito, envuelto en harapos. Era una clara mañana. Todo estaba quieto en derredor. El sol, arriba, sin nubes, salomaba a la tierra. Nicolás, ya manso para siempre. Alrededor suyo, el montón de vecinos, somnolientos, tristes. El

compadre José Félix, tartamudeando un llantito. Naide dijo nada. Todo mundo esperaba la muerte. Sabían que el viejo no pasaría de allí.

Primero fue la juventud: luchó, tumbó monte, quemó, sembró. Vino la cosecha; también llegaron los hijos. Para entonces nacía la República. El había trabajado para hacerla. Conoció a Victoriano; con él anduvo. Supo, por otro lado, del amor y la guitarra. Vivió siempre explotado, inclinándose ante la "ñoopería" del pueblo, hasta que un día, repetimos, se echó la escopeta al hombro. Pero a Victoriano Lorenzo la fusilaron entre conservadores y liberales. Ellos no conocían otra cosa que la traición. Nicolás, en cambio, conoció a Victoriano. Y se halló, muchas veces, frente a la miseria y el hambre. Porque entonces vinieron los potreros y las vacas ajenas. Y las muchachas lindas de los campos se fueron a las ciudades.

Así vino el tiempo tropezando y tropezando y todo se hizo más estrecho: la tierra, la quebrada, el arrozal, la sonrisa... Día a día se fue tornando viejo, pues conocía el mundo desde el mil ochocientos. Qué no labraron sus manos y pesquisaron sus ojillos? Con la República vino la nueva vida: carreteras, escuelas, automóviles, aviones, cercas y política.

El mantenía su reciedumbre en el pecho, la dulzura en sus labios. Pero más pudo el tiempo, y el corazón que se gasta.

Andando y andando, un día llegó en que se vio sentado en un tuco de "balso" sin poder andar, porque se había apagado el equilibrio en sus orejas, porque empezaba a esfumarse la luz de sus ojos. Entonces se dio cuenta de cuán dura había sido la vida.

Su huerta...su hermosa huerta... los tomates, los verdes cañaverales... nada.! Todo se abatía. Antes cayó la

difunta. Tomó el camino real lleno de polvo que conduce al cementerio... no vino más! Dejó los palos de caracucha morada que florecían para la Semana Santa... qué flores para tan lindos ramos...! La hija mayor sintió un día algo raro, se pintó la boca, y dijo:

—Pápa, me voy!

Y se fue. Se juntó con un hombre de afuera y tuvo varios hijos. Un día volvió y dejó la cría, para luego partir definitivamente a la ciudad. El viejo tuvo que quedarse con los nietos. Ellos empezaron a crecer lentamente entre boñiga de "lechones" y lombrices. Los muchachos no fueron sanos, porque venían tarados desde la barriga de la madre.

Tampoco fueron a la escuela. Anselmo, el mayor, no hubiera podido aprender nunca. Era el mogo de la casa, medio imbécil. Pero un mogo de gran corazón. Se arrastraba entre rastrojo y rastrojo, pegando la vista atontada hacia las ramas, buscando un gancho, una ramita de matillo, para venderla en el pueblo. Había que buscar la plata para el café; traer el pan para el viejo abuelo. En esta forma, sin son ni sal en la vida el mogo Anselmo anduvo siempre, sucio, desgarrado, oscuro, lento; como llorando permanentemente, como un buey herido, pero llevando diariamente al pueblo, la leña, el "chumico", los tomates, para traer el "piacito" e cajne", "er miguito" de arroz, el poquito "e corosín", que hiciera posible prender una mecha en la oscura noche del campo sin contornos.

Los otros muchachos no era más aventajados, si bien algo más despiertos. Como vinieron los días sin "máij" ni arroz, sin potrero donde asalarar; los días blancos, pegaron a tomar guarapo. Entonces, en la choza, en un rincón, siempre hubo una vieja tula guarapera donde la conga putrefacta marcaba el ritmo a la existencia. El

“bujo” substituyó a la sangre. Los pobres muchachos se atarantaron más. No vieron la luz en el camino. Nunca pudieron verla, porque nacieron tontos, y el guarapo, conduciéndolos de su mano pegajosa, los llevó a la muerte diaria, a la inanición, a la pereza, a la brutalidad.

El rancho fue, poco a poco cediendo a las fuertes brisas del verano, o a las blandas lluvias de Septiembre. Se descarnaba. No había una mano para ponerle un parche. En las noches, cuando llovía, las estrellas mojadas se acurrucaban en el pecho del viejo, y Anselmo rezaba padre nuestros cuando caían los truenos. Los otros, hundidos en el mar de la guarapera gritaban palabrotas y se santiaguaban.

Así trotaba la vida en la miserable tierra, cuando al fin, se murió el abuelo. El mogo Anselmo se puso a llorar. Pero no pudo; no sabía llorar... no había llorado nunca. Los otros, se alegraron, porque al fin y al cabo el viejo se pelaba y así no había que atenderle a toda hora. Haciéndole orinar, defecar. Limpiándole y dándole la comida en la boca, cuando había comida...o sufriendo al verle pedir, cuando nada había en las frías ollas.

Cuando el prócer murió y se tendió de medio lado, dijo uno:

—Jo, se arregló Tata!

A esa hora todos estaban borrachos, menos las mujeres y el mogo Anselmo. Entonces fueron, de prisa, a noticiar a Chente el rezador. Otros, a buscar más guarapo. El sol continuaba su curso.

El viejo se venía muriendo hacía seis noches. De los ranchitos esmirriados llegaron los vecinos y las vecinas. Vinieron, también, gentes de otras comisiones.

Eran los viejos amigos, los hijos de los compadres. Unos traían café; otros, raspadura; otro, tabaco. Pagaban el "peón". Se trataba de ayudar a bien morir. Para eso era la vecindad. Habían estado allí todas las noches, para que el viejecito no se muriera solo. Para que no sintiera miedo de la muerte. Aunque Nicolás no le había temido a la "dientúa". El la llamaba diariamente así:

—Brrrr, choncita, Brrr...brr, venga!

La requería en el patio, en la quebrada, no porque sintiera que carecía de fuerzas para continuar viviendo unos años más sino, porque sabía que no encontraría comida para calentar la olla: arroz y maíz. La hija se había ido definitivamente y no quería saber de él. Ya no había ni leña para que el mogo Anselmo consiguiera "er piacito e cajne." Los muchachos no hallaban peladeros donde sembrar ni salarios que ganar. Comían de vez en cuando en la semana. Al llegar esa hora, Nicolás cogió una totuma, echó unos granos de arena y empezó a llamar a la muerte, como a una puerca hocicona, a quien no asustan ni alambres ni argollas de metal.

En esa larga agonía, los vecinos, todas las tardes, después del regreso de las faenas, venían al rancho de Nicolás. Con el sudor hediondo a ganado y rastrojo, con el guarapo en la cabeza, se tiraban por el suelo, se acomodaban en tucos, troncos y raíces, y empezaban a decir las cosas más absurdas de la vida, a hacer los comentarios más simples; el chiste sucio, la palabra vulgar y las grandes risotadas. Y entre hablando y hablando y desgranando frijoles de palo, que alguien solía traer, pasaban la noche. Amanecían tirados en el suelo. El fogón, apagado; las muchachas acurrucadas entre los troncos de viejos mangos; Anselmo, encendiendo el fogón; el viejo, respirando cortito, llamando a la muerte, hasta el día en que, al fin, se quedó muerto.

Cuando vino el rezador, todos estaban jumados y hablaban de hombre. Las pobres mujeres estaban al lado del cadáver. Nadie lloraba, porque no podían llorar. Sólo el compadre José Félix intentaba hacerlo, pero sin éxito. Vino el cajón. Se hicieron los preparativos. Recogieron de los flacos bolsillos los últimos reales. Prepararon la comitiva y se fueron al pueblo a darle cristiana sepultura... Allá, debajo de seis pies de tierra, el viejo iba a coger su camino largo. Los gusanos no tendrían mucho para comer.

Cuando llegaron al pueblo, nadie los miró. Pasaron. Era uno cualquiera. Uno que se pasó la vida trayendo tomates, encarbonándose las manos en el rastrojo. Uno que sudó, que trabajó, al fin. Eso qué vale? Se murió, y ya! Las campanas sonaron con indiferencia. El cura le echó su oración más barata. Nada cambió la faz del mundo. Las cajas de música siguieron sus resonantes sonos. La gente vagaba por las calles... Si hubiera sido uno de elevada alcurnia, entonces habría gente compungida. El municipio habría decretado duelo oficial y una cruz alta iría, entonces, precediendo la procesión. Pero se trataba de un prócer de tierra y de bejuco, y el bejuco no brilla como el oro. Los campesinos con su muerto pasaron al cementerio.

Muy pocos sabían que allí adentro iba un poeta que conoció a Victoriano; cantó décimas de amor, y labró la tierra dura. Nadie pensó en que sus manos hacendosas hicieron posible la existencia de los ociosos ricos del pueblo que hoy miraban displicentes la madeja de agricultores, sin preguntar siquiera:

—¿Quién murió?

Después del entierro y las apagadas lamentaciones, los campesinos regresaron al campo. Pero algunos se de-

tuvieron en las cantinas gastando un realito o pidiendo un trago. Para luego caer boca abajo en el piso, babeando el cemento con la lengua; burdos, animalizados. Los demás se volvieron tristes y conformes; algunos "tipliando", salomando con el guarapo en las orejas traslúcidas; en los reventados pechos, y en la sangre aguada.

Poco a poco se fueron recogiendo en el viejo y destartado rancho. Anselmo los recibía dándose golpes en el pecho:

—Aquí—, clamaba—, aquí—, y se aporreaba el corazón.

Una totuma de guarapo llena el estómago y el campesino puede seguir trabajando sin la necesidad de comer. Otra, emborracha. La vida pasa. No hay un pedazo de tierra. No hay un bocado caliente a la hora del almuerzo. Pero el guarapo casi no cuesta nada. Una botella de miel y ya hay bastante bebida, en pocas horas.

Por eso trajeron más. Ya Nicolás se había ido de viaje eterno. Pero, sin embargo, había que rezar los rosarios en las noches y acompañar el alma del difunto. Llegó la primera noche. Traía una luna rojiza por encima de los coposos mangos. La gente fue regresando del pueblo. Las mujeres, de los ranchitos. Se fue tupiendo el patio de vecinos. A como iban llegando se tendían. Otros ya roncaban. Los niños comenzaron sus juegos. El rezador llegó y se tumbó, como los demás, en el suelo. Alguien trajo un motete con gandules y las mujeres empezaron a repartirlo de grupo en grupo, para desgranarlo. Conversaban apagadamente. Se habló de la muerte. De las últimas palabras del finado. De la tristeza de Anselmo. Los muchachos hacían picardías a las muchachas. Estas mostraban sus trajes rotos en alguna parte, porque no tenían, sino para ciertas fiestas. Los hombres estaban en pecho de

camisa. Llegó la hora de empezar el rezo. Mano Chente el rezador estaba dormido.

—Paren a Mano Chente!

—Mano Chente, carajo, alevántase!

Mano Chente dormía la borrachera. No había forma de levantarlo, porque se volvía a tender. Los rezos se demoraban. El alma de Nicolás estaba rondando la casa; bajaba en busca de agua el pozo; o se acomodaba en su tũco, mascando un viejo tabaco. Así la entreveía José Félix entre la “ñiblinera” del guarapo.

—Compá, se va er compita par viaje, ya oyó?

—Ay, Santísimo!

—Ombé, paren a Mano Chente, que se jace noche.

—Ño Chente, párese.

Al fin, Ño Chente se fue incorporando, como si tuviera un tronco en la nunca; movió los párpados y entrevió la muchedumbre.

—Ejto, perdonen, señorej!— Exclamó el viejo rezador y lo ayudaron a incorporarse del todo. La gente comenzó a reunirse alrededor. Empezaba el rezo. Ño Chente se acomodó como pudo, sacó el renegrido rosario y empezó:

—Ejto, Ave María purísima!

—Sin pecaro concebira— respondieron a coro los demás.

El alma del viejo vino al borde del camastro, descolgó la guitarra mejoranera y empezó a charrasquear un socabón por veinticinco.

“Yo le quiero preguntar
a los sabios más profundos,
los que se van de este mundo,
a dónde van a parar...”

—Oh, María durcísima, consuelo e laj armaj.. Ejte pagre nuejtro y diej avemaríaaja, te ofricemoj ar gozo que tuvísjte, cuano saludá der ángele, anunció la encajnación der hijo e Dioj en tuj entrañaj...

El alma del difunto bajó al pozo, hundió la guitarra y dijo:

—Ya pa qué?

—Hijo e Dioj en tuj entrañaj, por él te suplicamoj, que er arma e nuejtro hermano Nicoláj, y laj emáj der purgatorio...

El alma del finado cayó en la quebrada y la luna empezó a alumbrar su martirio, aguas abajo, mientras los capachos cantaban. El mogo Anselmo pelaba los ojos a la luna. El rezador se quedó callado, por un instante, como buscando en las cuentas del rosario la frase siguiente; luego se pasó la mano por la boca sudorosa y bostezó.

—Muchacho—, dijo—, tréigame argo maj e “bujo!”

Alguien le extendió una totuma rebosante. La alcanzó. Limpio la espuma. La levantó y fue tragando, mientras entre los bordes de la boca chorreaban hilillos del espumoso líquido. Devolvió la totuma. Se limpio con la manga de la camisa. Tomó de nuevo el rosario en su acostumbrada actitud de santo campesino. Entornó a la luna sus vídriosos ojos azulencos:

—Ave María purísima—, dijo—, y cayó de súbito al suelo, borracho definitivamente.

EL HEREDERO

a Iván Zúñiga.

Aquellas hermosas jóvenes que todas las tardes paseaban en un cadillac de último modelo, por las calles del pueblo, ataviadas escandalosamente con pantalones ajustados y corpiños de amplios escotes; con los cabellos lisos y dorados, tirados hacia atrás, estudiadamente desarreglados; con las trompas por encima de los hombros, eran justamente las hijas de Don Leandro.

Y la señora, que con su eterno medio luto, la cabeza cana, la cara enharinada, paño, negro, el paso corto, la mirada desdeñosa; cruzando la plaza mayor, con todo el prestigio que le daba el ser presidenta de las sociedades religiosas y de beneficencia y la seriedad que le imponían sus regulares comuniones de los Viernes, era, precisamente la esposa de Don Leandro.

Así mismo, y de vez en cuando, por las callejuelas gritaban los chiquillos del barrio.

—Curre, curre... que vienen las vacas!

Y los vaqueros en briosos caballos gritaban a la novillada.

Por el centro de la calle, a pleno día, la saca de bestias se apretujaba. A veces un torete se introducía violentamente en la casa de algún pobre vecino y cuando no rompía una silla; desbarataba el jardincito, o embestía al hijo de la empleada.

Maldecían los dueños de casa. Se reían los policías y los vaqueros. No había razón para disgustarse, cuando todo mundo sabía que se trataba del ganado de Don Leandro.

Para la época de la "política", los campesinos endomingados con su mejor ropita y sus sombreros "pintados", la pata en el suelo, la percha en el pescuezo y los ojos hundidos por la hambruna, llegaban por todas las calles y callejones del pueblo; venían de todos los campos. Cruzaban la calle real, la plazoleta; se arrimaban al caserón. Saludaban con timidez, sosteniendo el sombrero con la mano, y bajando la cabeza, sin atreverse a pasar por la decorada y rica sala. Era, nada menos, que la gente de Don Leandro.

Y en fin, para el día de Corpus, la mañana clara, las puertas de los almacenes cerradas, mirones en las aceras, mujeres alumbrando de lado y lado, niños, adolescentes, campesinos... Adelante, el palio: seda y oro.. Debajo, el cura bellamente vestido. A su lado, en fila, personalidades. De entre ellas, una más vistosa, distinguida, empavonada, mística, contrita, arrepentida, gallarda, obesa, de abultados ojos y amplia y gelatinosa papada... Entregada a Dios, a la procesión; imagen celestial, candidata a la santificación. De vez en cuando tosiendo; empujando con disimulo a los campesinos que se arremolinaban adelante o amenazándolos con sus "ojotes", cuando no obedecían... era Don Leandro en persona.

—Podrá ser muy rico e influyente en la política; muy respetado por lo mejor de la sociedad y dadivoso con la iglesia, pero no deja por eso de ser lo que es, un descarado bribón—, murmuraba la gente.

Vino de cualquier rincón de la Provincia. Trajo un apellido conocido. Pero era un pobre diablo. Un diablo

pobre con inteligencia para rebuscarse y escalar prontamente, como lo hace el reptil, codiciadas posiciones gubernamentales. Acontecía aquello por la época en que "se amarraban los perros con chorizos". Su vida fue sumamente atribulada, pintoresca; más tarde, con el andar del tiempo y el espacio, se fue haciendo mansa, prestigiosa y respetada. Se llamaba Don Leandro, pero le motejaban con el calificativo de "el heredero".

Porque un día llegó de algún distrito, tímido, asomado el hocico como una zorra en un gallinero; clavando la pata con prudencia, para luego afirmar la otra; lamiendo como un perro, con elemental zalamería, para luego, resbaloso y cazarro, clavar el colmillo y engullir. De aquel tempestuoso empiezo no tenía memoria. La plata borró de un resoplido el pasado oscuro. Ahora el señor tenía en la gran sala los retratos al óleo, de cuando fue Alcalde municipal, Gobernador de la Provincia, y Diputado nacional.

Nadie rumoró que tuviera padres o abuelos ricos; ninguno le vió doblar el lomo sobre la tierra, como el campesino; el músculo sobre el serrucho, como el obrero; o los ojos sobre la balanza, como el comerciante. Pero tenía plata y poder.

En el remolino de su penumbrosa biografía había de todo. Tal vez era cierto que participó en varios crímenes. Pues un día un cura riquísimo fue reventado por un bollo de dinamita, y Leandro, que así se llamaba entonces desapareció de ese lugar, para reaparecer en otro, con cierto dinero que malgastó en "pinta" y aguardiente. Entonces, por allá un matrimonio amaneció hecho cadáver con rastros de cianuro en los labios. Las monedas de plata y oro se hallaban tiradas por entre las cerbulacas de un vecino huerto. Nunca se descubrió el autor. Pero hubo

gente que empezó a amasar fortuna. Y entonces las lenguas del pueblo machacaron el nombre de Leandro, quien para aquellos tiempos, se perdía en la chinga y no le daba importancia a las monedas.

Sin embargo, hoy, al verlo pasar llevando con otros notables patriarcas los dorados palos del Palio sagrado, nadie era capaz de manifestar una opinión tan desagradable del señor.

—Don Leandro... Don Leandro—, murmuraba la chusma.

Sin embargo el día en que Don Leandro peló el bollo, a la hora del entierro, la gente salpicó de chistes la ceremonia. La cuestión empezó porque alguien se refirió a la muerte. Y dijo que todos se iban a morir. Y entonces otro agregó que, no obstante, ni en la hora de la muerte se aparejaban las cargas, porque a unos enterraban en simples fosas y a otros en monumentales tumbas de mármoles y granitos.

—Este diablo—, dijo un tercero—, por ejemplo, lleva cruz alta, y adelante el párroco va cantando.

—Cierto, y el otro día, para que Ud. vea—, agregó el cuarto chistoso—, un campesino no pudo pasar a recibir los santos óleos, porque a la hora de la muerte, sabe Ud. lo mató un rayo en el monte y aún no se había casado por la iglesia...

—Bueno, eso es así, manito—, agregó un quinto do-
liente—, todo lo hace la plata, porque Don Leandro, quien no lo sabe, tenía como cinco mujeres a la hora de morir, y eso es malo, según se dice.

—Si, pero tenía dinero, y el dinero paga pecados.

—Ave María purísima!

— —Ave María purísima!

Adelante iba la Cruz alta, luego el cura, atrás la banda municipal, delegaciones escolares, asociaciones cívicas, guardias nacionales, y el gentío.

Cada quien busca en el "pereque" de la sociedad la comida a su modo: la zorra husmea bajo el palo de limón, cuando los dueños duermen; el perro se echa sobre sus patas traseras, saca la lengua, vela; el borriquero se arrastra; el gallinazo picotea la tripa del animal muerto. Así mismo los cholos se amontonan en los cañaverales de los ingenios, cortan la caña; los labradores en un "culaíto" de tierra, de sol a sol, entre agua y agua, arañan el barro para sacar el "churú" de la cena; los obreros en la fábrica, teñidos de orín y de aceite, se lanzan a la huelga para que les aumenten un real. Sin embargo Don Leandro "usó la cabeza", utilizo el hocico, la lengua, la garra y el pico.

—El trabajo es para los animales y los pendejos—, sentenciaba a menudo entre sus mozos, o entre los campesinos, a quienes esquilaba y mandaba a zampar en los calabozos.

—Yo he trabajado toda mi vida— Manifestaba, sin embargo, en la casa cural, en las tertulias acostumbradas de los elementos más prestantes de la comunidad.

—No hombre, Ud. ha puesto a trabajar a los demás, a esos pobres campesinos que se matan en sus potreros— Le picaba algún amigote en tono de chistería.

—Je...je..fíjense Uds.—, comentaba el prohombre—, fíjese Ud. Padre, yo he trabajado toda la vida, todo lo que tengo lo hecho yo mismo. Estos no, decía señalando con sorna a los otros contertulios; éstos heredaron la Provincia...je...je... Lo que pasa es que yo supe ahorrar. Los campesinos, miren Uds. me deben la vida. Porque, como Uds. saben les doy de ganar. Pongo mi plata en función. Pero

ellos son unos estúpidos, con perdón del término, pero lo son. Fíjense, tienen gallinas, y no comen huevos; poseen vacas y no toman leche. Yo he pensado, Padre, y Ud. me perdonará, que el campesino es el animal más parecido al hombre...je...je...

Tal era su filosofía, con un poquito de misa y de limosna los domingos, y un ceño arrugado los lunes, cuando rebuznaba contra algún campesino en la Alcaldía.

Así pasaba el tiempo suave de su vida en flor. Tendiendo en la hamaca echaba a volar sus ambiciones: viajar, educar sus hijas en universidades de Estados Unidos; hacerse elegir presidente del Concejo. Figurar en todas las sociedades y organizaciones de aliento social, aparecer como benefactor y caritativo y multiplicar calculadamente sus haciendas. En esos pensamientos, de vez en cuando le venía el recuerdo de alguna antigua fechoría...se reía como un bandido vulgar, para sí, y cortaba los sueños.

La primera hazaña de "el heredero" le dio una casa en la entrada del pueblo. Hombre de afinado olfato olió que un rico campesino, que era dueño de inmensa cantidad de tierra ganado y propiedades en el pueblo, estaba al borde la muerte. Para Leandro la noticia era buena, pero había un obstáculo: varios hijos. Aquí empezó la historia de su fortuna y de su apodo. Se hizo de un caballo y un día se arrimó a casa del rico. No necesitó de mucha astucia para hacerse pasar como su mejor amigo. Se dio cuenta de que existía un pleito por razones de tierra, cosa común entre campesinos acomodados. Para esos días, el Tribunal falló, precisamente en contra del moribundo. Cuando Leandro, en una de sus visitas, le dio la noticia a raja-tablas, el rico que estaba con la cuchara en la boca, almorzando, se quedó en esa forma perplejo, y luego se atesó, muerto de un ataque del corazón.

Los hijos, pobres muchachos ignorantes, no acostumbrados a tomar iniciativas, resultaban incapaces de resolver la nueva situación. Pero para eso había llegado el ángel de la guarda de Leandro y entró por la puerta ancha poniendo en acción la inteligencia y el hocico.

—Muchachos, yo me voy a encargar de arreglar el entierro.

Y hubo entierro de categoría.

—Muchachos, por la cuestión de la declaración de mortuoria, no se preocupen que yo les voy a conseguir un buen abogado amigo mío, que lo hará todo muy bien y barato.

Y hubo declaración y reparto de bienes. De allí quedó con aquella casa situada en la calle del panteón. Enseguida, los chistosos de la placita le apellidaron con el alias de “el heredero”.

Lejos de molestarle la tiradera, se reía socarronamente de ella. Sabía que de acuerdo con la mentalidad de la gente importante del medio: las autoridades, los tinterillos, los políticos y los chismosos, la viveza le daba prestigio de hombre hábil y apto para el desenvolvimiento en la sociedad. Y empezó a hacer buenas migas con los cacicongos de la política pueblerina. Tal clase de individuos hacían falta para situaciones difíciles donde fuera menester la carencia de escrúpulos menores. Encajó a pedir de boca en la rosca integrada por los amos de la región. Estaba en todo, seguía su norte, sus aventuras.

Por eso, cuando murió un viejo campesino que sólo tenía un potrero de segunda categoría, no por eso lo dejó en el abandono. Era preciso acompañarle a bien morir. Tomó el caballo rosinesco de sus campañas, y se apare-

ció a la hora del velorio. Se hizo junto al rezador e iba contestando con sumisión de cura pobre.

—Ave María purísima.!

De las alforjas sacó tabaco, galletas, paquetes de café y botellas de seco. Los deudos quedaron agradecidos de aquel buen hombre, que había llegado como una bendición, bajo su ancho sombrero de junco y sobre sus negras polainas a servir en la hora justa de la necesidad.

Más allá, por entre la ventanucha de la raída choza, negreaban bajo la noche las ochenta hectáreas de potrero. Aunque estaban abandonadas y sin ganado, era ya un capital no despreciable.

Leandro soltó hilo y se puso a esperar a que el pandero templara. Y así fue. Vino primero uno, luego el otro hijo del difunto señor. No es necesario el abogado de marras. El lobo descubrió que no había título de propiedad.

Hizo alianza con el administrador de tierras. Puso a pelear a un muchacho contra el otro. Para un San Juan, los jóvenes se fueron a las trompadas, luego a la “madera” y al fin, el “filo” los llevó a la cárcel.

Cuando salieron de la prisión, las ochenta hectáreas pertenecían legalmente a “el heredero” por gastos de papeles y escritura y defensa necesaria en el lío de la pelea.

Ahora poseía casa y potrero, elementos fundamentales. Pero faltaban las vacas, símbolo de poder, meta del tragateirras, bandera del potentado latifundista.

Desarrollando su pintoresca vida; su diario pensar en cosas deshonestas que le permitieran engullir a mandíbula batiente; para salir de la emporrosa pobreza; para llegar al fin deseado, apareció en su camino una vieja cegata'

que no tenía otra familia que unas sesentas vacas más o menos bien cuidadas, y una posesión de tierra de tiempos inmemoriales.

El gallote en las alturas divisa cualquier morriña. Abrió el ojo, agudizó la nariz y supo donde moraba la futura víctima de la muerte y el atraco.

Agarró al caballejo, colocando la silla mientras tarareaba un antiguo punto, y llegó al campo.

—Dónde es que vive mi Tía, la enferma?

Halló la choza, levantó la sábana, tocó el brazo... Calculó que tendría unos pocos días de existencia, estaba “entregándola”

—Cómo puede ser posible—, exclamó frente a los buenos vecinos—, que se deje morir en esta forma a mi tifta? No, Dios mío, hay que asistirle.

Estuvo llegando todos los días. Pensaba reanimarle con inyecciones, que él mismo aplicaba, con caldos de palomo, con lavativas... Pero la vieja se moría. El hombre estaba seguro que si la “tifta” revivía, por un momento siquiera, buscaría el método de que testamentara verbalmente y con testigos a su favor.

Sin embargo, para su contrariedad, la vieja se peló sin decir ni pío. Cuando supo la infausta noticia se llevó las manos a la cabeza y las bajó hasta la barriga, a esa altura, tuvo una salida genial.

Apreció al lugar de los hechos con el Alcalde y el Personero. Tomó a la Tifta por la mano; tanteó el pulso y exclamó:

—Dios mío, está viva aún!—Los campesinos que sabían estaba “requete” muerta abrieron hasta el máximo las cuencas de los ojos.

Hizo salir a empellones a los aldeanos asombrados.

—Se necesita oxígeno, señores, oxígeno!—Los labradores salieron sin comprender que significaba aquella palabrota.

Y “el heredero” metiéndole la mano, a la muerta, por debajo de la espalda, la incorporó, como pudo, enderezóle la cabeza sobre el “gazñote” de su pescuezo, y le dijo al personero que empezara la cosa.

Y empezó así:

PERSONERO: Señora Liona, es verdad que Usted es tía legítima de Leandro?

MUERTA: —Sí (lo afirmaba inclinando la cabeza, lo cual era posible, porque el sobrino se la empujaba por detrás)

PERSONERO: Reconoce Ud., ña Liona, bajo el juramento de rigor, que se encuentra en perfecto estado de salud y de conocimiento?

MUERTA: —(bajando la cabeza como un muñeco) Sí!

PERSONERO: —Declara Ud. que es su deseo legar a favor de su sobrino Leandro su hacienda compuesta de sesenta reses?

MUERTA: —Sí!

PERSONERO: (satisfecho) Cerrada la operación, compadrito. Yo me conformo con un torete.

LEANDRO: (llorando a gritos) Ay, ay...se acaba de morir, Dios Santo (sigue llorando amargamente). Los campesinos que entran lo hallan tirado sobre el desdichado cuerpo difunto de la “tífa”.

Sumido en su luto nuevo, sobre su caballo viejo, regresó al pueblo, con sesenta reses. Adelante los vaqueros gritando a la saca, camino de las ochenta hectáreas.

Leandro entraba en la categoría de pequeño ganadero, con lo cual entroncó en superiores jerarquías económicas. Ya podía hacer solicitudes al banco, para lo cual, primero hizo gran amistad con el Gobernador, el Administrador de tierras, los Agrimensores, y con el propio gerente del Banco provincial. Cada una de estas personalidades sabían a fondo que el olor a almizcle zorruno que se percibía en presencia de Leandro, tenía un origen determinado. No obstante, Leandro era ya un hombre respetable, como todos ellos. Porque todos ellos tenían también sus culos de paja, y lo único que podían hacer era comprender que un lobo más había subido a la manada.

“El heredero” tenía casa, potrero y ganado.

Mas no era todo. Había que aumentar las ganancias. Todavía la gente se atrevía a replicarle acerca de sus fechorías, aunque en tono de burla. Eso era, a juzgar por él mismo, porque aún no poseía tanto dinero como los otros ricos del lugar. La plata, afirmaba en la cantina, calla voces y murmuraciones, da linaje.

No se equivocaba.

Sabía, más que nadie que para crecer y multiplicarse debía tomar buenas riendas en la cuestión política. Pronto iba a resultar el hombre indispensable. Fue para unas elecciones. Era preciso entrar al recinto del Concejo, en donde estaban guardadas las urnas, llenas de votos, destapar cuatro de ellas, introducir cientos de votos, y sacar de todos modos, un diputado determinado. La policía estaba de acuerdo, pero los jurados contrarios iban a molestar. Podría resultar un “molote” o una balacera de mal

gusto. Era menester un hombre sin cosquillas, echado para adelante. Ese no podría ser otro que Leandro. La cuestión salió tan perfecta, que el hombre recibió, más tarde, como premio, nada menos que la Alcaldía del Distrito cabecera de la Provincia.

Fue desde esa fecha que se llamó Don Leandro, y nadie se atrevió a decirle “el heredero”, so pena de prisión. Ya a las alturas de Alcalde, visitaba al Presidente de la República; daba recepciones; solía ser requerido como abanderado en las fiestas patronales y pronunciaba discursos en la fecha clásica de la independencia. Para tales fiestas creaba juntas de festejos, recogía fondos, de los cuales hacía su agosto, junto con el tesorero. En las mismas festividades autorizaba la realización de juegos de azar, para poner, a tras mano, varias mesas suyas, donde relumbraba la pinta, su viejo vicio. En el desarrollo de su alcaldía, hacía de todo lo que pudiera traerle beneficios de índole económica o política. A los campesinos solía multarlos para las épocas del desbrote de potrero, y los mandaba a sus propiedades. Descubrió que en las afueras del poblado había un gran lote de tierras libres. Las mandó a parcelar. Luego creó un comité para hacer el reparto de parcelas. Se alió con el Capitán de la policía, con el Juez y el Gobernador. El día de la entrega, fue acompañado del pueblo, de los beneficiarios, de la orquesta municipal, y del cura para bendecir el acto. El pueblo lo aplaudió, el honorable concejo adoptó una resolución, declarándolo hijo predilecto del Distrito, y de esa actividad quedó con quince de los mejores lotes. Esto le sirvió para pasar a Gobernador de Provincia. Tenía casa, potrero, ganado, lotes y prestigio político. Faltaba una cosa: mujer. Un Gobernador de Provincia debe tener mujer, se dijo. Antes no podía aspirar a casarse con una mujer de

buena posición. No era nadie. Vino de un Distrito, un pobre diablo con olfato de zorra. Pero subió, subió y subió. Ahora ya podía merecer. Por eso se casó con una viuda, muy fea, pero llena de vacas y potreros.

Entonces entró en la categoría de hombre de bien. Aliado con las vacas de la viuda, y el distinguido apellido, que la mujer traía, de la vieja calle Real, no le quedaba más que organizar, acaparar, hacer hijos y echar para adelante. Por otro lado empezó a limar asperezas con el elemento más influyente del medio, con el cual todavía no se llevaba bien. Cuando tuvo hijos buscó al Presidente de la República para padrino. Y cuando toda la gama de ricos y orgullosos del pueblo; de niñas bonitas y casquivanas, recibían tragos, patacones y abrazos del mismo Presidente, qué podían murmurar; qué exigir... para considerarlo como parte dinámica de lo mejor de la sociedad?

Después del bautizo llegó a diputado. Máxima aspiración del provinciano. En la Asamblea no habló nunca. Para esa vez, Juan el Loco, fue a dar a la cárcel, porque anduvo gritando por el poblado, a toda voz:

—Mi burro ...mi burro!

—Pero, Juan, qué diablos le pasa a tu burro—, respondía la gente.

—Ay, ay, mi burro, qué se ha hecho mi burro—, insistía por calles y plazas.

—Que le pasa a tu burro, Juan?

—Nada, compadre, que ando buscándolo, no vaya a ser que lo postulen para diputado!

Quedó preso.

Como Diputado hizo todo lo que era preciso: callarse, cepillar, aplaudir, aprobar, robar, mentir, engañar, parandear. Fue excelente.

Tal fue su prestigio que exigió la reelección. Se formaron comités en todos los pueblos de la Provincia, y logró, de nuevo su curul.

El hombre se hizo poderoso y no llegó a Ministro esa vez, porque se cayó el gobierno. Para esa época ya sus hijas iban y venían de Estados Unidos, hablaban mejor el inglés que el español. Viajó con su esposa a Europa para visitar la Santa Sede, y recibir la bendición del Papa. Tenía gerentes que dirigían sus negocios, y se la pasaba en sus autos, de un potrero a otro, regustando la riqueza, haciéndose saludar con reverencia y de vez en cuando echando un real en las manos de los pobres, era filántropo. Sin embargo, moro viejo es mal cristiano, no olvidó jamás su manía de heredar. Con su actitud beatífica respecto de los moribundos, los atendía en las peores horas de su muerte. Costeaba ataúdes, y se quedaba con las vacas.

Y fue tanta su fortuna que las bellaquerías quedaban sumergidas en el mar de luz de su fama de hombre de bien.

Construyó una nueva mansión de varios pisos en la mejor calle de la ciudad. Ya no eran los tiempos en que el aguardiente valía real y medio el litro, y la carne se vendía por brazas.

Las hijas le gruñían a menudo, por mejoras, e introducían a mano suelta, todo cuanto habían visto en los Estados Unidos, porque el viejo era muy abandonado.

—Ah... yo sé que Uds. dicen que huelo a zorra... Je... je..

Más tarde declaró en la plaza que abandonaba la política. Estaba cansado de la presencia de asquerosos campesinos, en cada elección, pidiendo plata y aguardiente.

—Allí está el mal... Allí está el mal—, decía con voz de micrófono!

En la hamaca, deslizándose suavemente, recordaba sus primeras conquistas. Cuando empezó a lamer con su lengua de perro. Ahora le lamían. Cuando tenía que arrastrarse de rodillas ante alcaldesillos de pueblo. Ahora, ellos se arrodillaban.

Qué le hacía falta a un hombre de su talento, rico y honorable? Sólo una muerte hermosa, un entierro con misa cantada, cruz alta. Y así fue.

Una tarde en que, junto a su familia, se llevaba la cuchara a la boca, le dió un ataque y cayó muerto, con la otra mano en el bolsillo. En el entierro los parientes lloriqueaban. Los más iban hablando mal del finado.

—Carajo, se peló siempre “el heredero”, muchachos.

—Respeten, respeten!

—Ja, pudo haber sido muy rico y muy todo, pero no dejó por eso de ser lo que fue, un descarado bribón—, murmuraba la gente.

CIRE



a Bonifacio Pereira.

Arriba, el sol de marzo disparaba sus lamparazos. El áspero polvo de la carretera le embarraba el rostro sudoroso. La enagua percutida recogía el zurro del camino. El hico de la chácara hundiéndose en la espesa y alborotada cabellera, le obligaba a inclinar la nuca noble y sucia de tierra. Las plantas de los menudos pies, rojizas, amoratadas, se iban posando con ritmo lento, pero decidido. La chola caminaba. No se movía el viento. La carretera de piedras sueltas se retorció a lo lejos, se alejaba y se alejaba...

Trasudaba como una potranca. De vez en cuando se escurría el sudor amargo de la frente con la mano. Clavaba sus ojillos negros en la perspectiva del paisaje quemado y bullente; se apartaba al paso de los veloces camiones que la dejaban envuelta en nubes de polvo; resoplaba y continuaba imperturbablemente. Nada le iba a detener. De nadie quería ayuda. Iba a pie, mordiendo la distancia. Con su valor de india, tragando rutas y revueltas, como lo hicieron antiguos guaymíes, antes de todo esto, antes de que llegaran los perros y los arcabuces, los crucifijos y los encomenderos...Aun faltaban muchos kilómetros, pero llegaría como una flecha dando de punta en su destino.

* * *

La aristocrática familia de Tomy Espinosa se hundió en la quiebra. En el Club, los dados rodaron por última vez para el viejo calavera. Perdió, incluso, la camisa.

Para las muchachas resultaría un infierno la vida en Provincia, sin un pedazo de medio. La opulencia bajo la cual habían vivido, hija de la "pinta", de una vieja herencia y de la burocracia de pueblo, se esfumaba de sus manos blancas, menudas y lujuriosas, hechas para pulseras brillantes, los vasos de finos licores, y los sobijos de etiqueta.

Tomy, el muchachote bonito de la casa, rabió. Las hermanas se fueron a la Capital. El viejo se metió un tiro, y la Señora quedó como idiota, frente al desastre.

Fue necesario empujar a Tomy para que hiciera cualquier cosa, hasta tanto llegara la hora de su futuro matrimonio. Casi un año duro, un año de privaciones, porque el día en que regresara de la iglesia con su prometida, volverían las fiestas al hogar, las vacas a los potreros, y el auto fino, de último modelo al garaje de la nueva mansión. Un viejo amigo de la casa le consiguió al muchacho un puesto de maestro en la zona indígena. Para el señorito, la proposición era insultante. Sin embargo el País no podía ofrecerle nada más. Y la novia le convenció de que era mejor estar cerca, para las cosas del amor y los recuerdos.

—Maldita sea esta vaina!

Pero tomó el camino a la sierra. "Potrero de Caña", Comarca del Tabasará.

Aguantó el llanto, cuando en la carretera, en el desparte del camino, vió perderse a lo lejos la camioneta que le trajera de la ciudad. El paisaje que le circundaba era muy distinto a los "dinner parties" de su grupo. Allá era el Club a orillas del río. Acá emergían, en el atardecer, altos guayabos, guayacanes, loros, culebras, hondos ríos, cholos sucios, noches impenetrables.

Toda esta serie de elementos salvajes caían en el crepúsculo como cosas horribles, desconocidas y asquerosas. Aquella bárbara belleza del ocaso en el camino de la montaña, ponía en los azules ojos del niño consentido, una ansiedad, una tristeza, una cabanga indescriptibles. En la posada, donde permanecía hacía rato, aparecieron unos peones. El muchacho acomodó sus bártulos en una bestia, y como dejando la vida, subió en otra. Los mozos escupieron, prendieron sus crudos tabacos y se levantaron en sus caballos, empezando la escabrosa jornada hacia la serranía profunda.

* * *

La Chola se echó en un portal. La ama de casa salió y la miró despectivamente.

—Jum...estas cholos cochinas...Mira, y'ta preñadísima la bruta!—. Ella oyó, pero como no le echaron, se quedó quieta y clavó los ojos negros hacia donde huía la extensa carretera.

Tenía tres días con sus noches de venir arrastrándose en la misma forma. Caminaba... Por los pueblos del camino se detenía, ya cuando el bochorno le hacía reventar los cachetes o patalear el feto en la barriga. Después, al refrescar, continuaba. Llegaba a un arroyo, sacaba de la chácara un envoltorio de "bijáo" (1), y extrayendo unos polvos de "ñumi" (2) amasaba con agua y los sorbía. Después apagaba la sed con chorros de agua, y adelante.

Iba con decisión de cholo que no ve obstáculos, ni halla miedo. Continuaba. Era menuda, redondita y se llamaba Cire...

* * *

Se amanece en "Potrero de Caña" bajo un concierto de pájaros que vuelan y pían con alboroto. A menudo

(1) planta de hojas largas. (2)Sagú, tubérculo comestibles.

llueve. Así es la montaña. En un rancho, la campanita suena. Llama la Escuela. Ser maestro en la sierra, qué desolación! Los cholitos aparecían desperdigados por las veredas de las montañas, tras de caminar muchas horas. Luego se quedarían allí, cerca, sin querer arrimarse al rancho. Después habría que desmenuzar su dialecto para entenderlos y andar entre granos y piojos.

Pero los días correrían rápidamente. Vendrían los cheques. Al final de año, la cuestión se arreglaría con el matrimonio, allá en la ciudad.

—Sólo un año escolar me paso en esta vaina!

La barba crecía, se hundían las cuencas de los azules ojos. Se embotaba el cerebro con la soledad y el aburrimiento. Su sexo de muchacho cabaretero se comprimía en la autocomplacencia selvática. Tomy necesitaba mujer. Pero la sierra no tenía. Los propios indios debían aventurarse al noroeste, hacia la frontera, en busca de muchachas. Peleaban en las “balserías” (3). Se las arrebatában a otros. Los Caciques cambalacheaban y conseguían cinco, seis, siete. Pero nadie tocaba las mujeres del Jefe. El resto quedaba sin rancho, sin machete, sin “merichen coin” (4). Y las indias no quieren a los “suliases” (5). Los blancos son malos. Comerciantes que roban su café, sus sombreros, sus chácaras. Son los que mataron la raza. Eso está allí presente, al borde de la sangre. Pero Tomy necesitaba una “meri” (6). Porque la soledad era brutal. Y eso le vino a picar más el día en que, andando de cacería, orillando el río, de pronto vió una muchacha que se bañaba desnuda. La india, indiferente se levantó del charco, se echó encima la enagua y se perdió en el matorral.

(3) Juego indígena. (4) muchacha bonita. (5) gente no india.

(6) mujer.

Por eso, el maestro de "Potrero de Caña" visitó al Jefe indio.

—Julia, traiga chislate (7) pa Mestro, ordenó.

Entonces Tomy le habló de sus deseos de mujer.

El Cacique se rió y estuvo muy contento de que el Maestro le hubiera visitado, pero no le prometió, de pronto, ayuda a su problema.

* * *

En dos o tres días más, manteniendo el ritmo, Cire podría llegar. Entonces recorrería las calles; buscaría la casa. Ya ella conocía el poblado, porque una vez vino con su gente, cuando partieron para las fincas bananeras. Pero el padre murió, aquella vez, y los hermanos volvieron tuberculosos, otra vez, con ella, a la sierra, a los ríos, al millo y al maíz. Eso iba recordando en su jira. Los autos y camiones pasaban a toda velocidad; la Chola se hacía a un lado, y acomodándose el hico de la grande chácara, continuaba la marcha. Había aprendido a rastrear las grandes jornadas, desde chica. No importaba que ahora llevase en su barriga un hijo que pronto iba a nacer. Del agua fresca de la montaña, de la harina del "ñumi", del tronco de la palma de corozo, sacaría la sangre para nutrirse en la caminata de la vida. Pero tenía una resolución en su cabecita piojosa. Apretaba con sus afilados dientes su grueso y rojo labio. Arqueaba las cejas finas y negras. Nadie supo cuando dejó la choza. Bajó de la sierra y tomó la carretera. Marchaba hecha mujer, odio y ventura, bajo su enagua "averaguada" (8) de antiguos aguaceros.

Cuando vino a "Potrero de Caña", Juan Bugué, el cimarronero, el joven Maestro Tomy, vió que la ocasión era propicia para convencer a Sebastián Hernández, el

(7) Especie de chicheme.

(8) manchada.

Cacique. Después de algunos tragos, cuando ya el Jefe Indio se había puesto alegre, el Maestro empezó por echarle un abrazo hipócrita. Entonces el cacique se rió.

—Yo soy Sebaztián Heznández, Maestro!

—Usted es el Jefe—, agregó el maestro.

—Je. .je. . Mestro beraco, tú quiere “meriche coin”?

—Sí, Jefe.

—Je, Maestro. .meriche coin, “ñagare” (9)

—Otro trago, para el Jefe.

El cimarrón empezó a enturbiar la cabeza del anciano Jefe de la indiada.

—Tú quiere mujere india pa cogere na má? Refunfuñó, escupiendo por lo bajo.

—Otro trago.

—Tú quiere mujere pa jodere, na má?

—Ja, ja. Usted es el diablo, Jefe.

—Mira, Mestro, yo soy Jefe beraco. Yo soy Gobernador Comarca. Yo soy Sebaztián Heznández, sabi? Yo fuí presidencia pa pedire maestro y tú viniste. . .ajá?

—Sí—, respondió el muchacho deshaciéndose de los empalagosos abrazos.

—Bueno, guerví y digo, yo soy Sebaztián Heznández, y te doy mujere por'áy. Otro trago, Mestro berraco—. Y se tumbó en el suelo.

* * *

Cire llegó a otro poblado. Había fiesta. Recorrió las calles y se dejó caer en la acera de una casa solitaria. No muy lejos oía música. Pero no entendía el baile en

(9) “ñagare”, significa No.

donde había visto a los “suliasés” amanojados, apretados, como comiéndose uno al otro. Allá, en la sierra, se rondaba en derredor, sólo con las manos colocadas, por la parte de atrás, en la cintura; toda la noche al son de las maracas, dando interminables vueltas. No se comían mutuamente. Se quedó dormida. Entonces llegó un hombre, un “suliá” borracho y le cayó encima. La chola se levantó como una venada. El borracho la agarró por una mano.

—Cholita del carajo!

Cire lo mordió. Luego el hombre la abrazó y le levantó la enagua.

—Ah, si 'tá preñadísima, la puta!

Al fondo del pueblo sonaba la fiesta. Cire partió bajo la noche sin luceros. Pero con su odio en la boca.

—Sulía bruto!

* * *

El Jefe Indio cumplió su palabra. Y al rancho del Maestro llegó un día la cholita. Sólo con su enagua limpia y una chácara grande. Tomy la vio, sonrió y pensó en lo que iba a gozar, y en los chistes que contaría a su gallada en el Club. Era una india bonita.

—Entra. No quieres entrar? No conoces el idioma? “Co mu niyó”? (10)

La muchacha bajó la hermosa frente, y no habló. Entonces el “suliá” la tomó de la mano, la miró bien, le agarró los senos y entregándole un pedazo de jabón le dijo:

—Anda, al río y báñate con jabón oloroso.

El Maestro tuvo mujer. Mujer bonita y sabrosa. Se portó ella bien; aprendió a cocinar, a lavar ropa blanca, a servir. Siempre callada, discreta, sin manifestar emo-

(10) “Co mu niyó” — Cómo estás.

ción alguna, sin dar pruebas de sentimientos más profundos.

Pasó el tiempo. Tomy veía cambiar la floración del bosque. Añoraba su ciudad, su novia rica, sus parrandas. Pero al menos tenía una chola para acostarse.

Un día llegaría el verano, entonces bajaría por esos pretilos, para no volver jamás... cholos, serranía, culebras, tigres, “caraña hedionda” (11), “chutrá” (12)...

—Oh, qué porquería!

Así veía morir las tardes entre bandadas de pericos dorados por el sol. Más allá, la cholita, el bultito, con su enagua. Era menuda, redondita y se llamaba Cire.

Y así fue. Pasó el tiempo, tal como lo había soñado, porque un día se encaramó en su caballo con la “manta y los cuatro bollos”, chicoteó y marchó sierra abajo.

—Se va Tome?—, preguntó Cire, interrogado por primera vez.

Pero ella lo sabía. “Suliá”, al fin. Ahora no encontraría a nadie que le quisiera, ni el Jefe Indio la tomaría en su harem, ni sería peleada en las balserías, porque había sido mujer de un “suliá”. Cualquiera día la colgarían de una reata. Lo tenía merecido.

—Si, el señor Tomy se va, y allí te deja plata—, respondió cortante la voz del amo blanco.

Dejaba unos reales y un hijo en la barriga.

La muchacha vio perderse al hombre por los matojos. Se mordió los labios y tuvo un pensamiento, uno solamente. De pronto empezó a oír desde el fondo de su pecho, ya

11 y 12, medicinas guaymís.

cuando la noche había caído en los altos árboles un ju júy ju... de tulivieja herida.

—Ju juy ju...Ju júy ju...!—Era noche de luna y los indios buscaban la tulivieja en las quebradas, para arrebatárles las hijas que eran lindas como la gente “palenque” (13)

* * *

Sol y polvo,...piedras sueltas y ardientes de la carretera inacabable. Cire iba con un pensamiento sólo. Ya faltaría menos. Había cruzado los grandes puentes. En el camino trabajaban hombres en espantosos aparatos que mordían el suelo, tragaban y vomitaban allá la tierra. Los capataces veían pasar la mujer.

—Ah, chola brutísima del diablo. Por no pagar un carro, esos diablos, son capaces de caminar el mundo.

Ella sabía que era bruta, porque se había entregado a un “suliá”. Pero no le importaba caminar todo el mundo. Su raza no había hecho otra cosa, desde que Rodrigo de Bastidas había arrimado al Istmo. Caminar, huir, porque los perros de Balboa y de Nicuesa venían detrás. Eso fue en un tiempo inmemorable. Ahora los nuevos conquistadores robaban sus tierras, los reductos dejados por el coloniaje en las puntas y laderas inhóspitas de la serranía. Los “suliáses” comerciantes, los políticos, los de la Compañía frutera, todos tenían las mismas intenciones.

Qué le importaba a su cabecita piojosa que los capataces serviles pensarán que ella no era otra cosa que una chola bruta?

El sudor de la frente bajaba por su rostro. Se hinchaban los hermosos carrillos, y los dientes se hundían en el labio inferior. Andando... andando... andando. Co-

(13) especie de duende.

mo sólo los guaymíes⁴ pueden hacerlo, agachados bajo el peso de la chácara grande, con una varita en la mano, con las plantas de los pies afirmándolas de ancho a ancho, sin mirar atrás.

Había recorrido más de 100 kilómetros. Y al fin llegó una tarde; rondó por la ciudad hasta caer rendida en una acera. Allí estuvo, al lado de perros vagabundos que también buscaban lugar para sus sueños. Ella no era más que una chola que venía al pueblo grande. Cuando se halló con nuevas fuerzas se incorporó y se echó, de nuevo a andar. Buscaba por todos lados. Se encontró con paisanos suyos, "camarás". Preguntó. Le ayudaron a buscar al amo. Al fin dieron con la casa. La Chola miró y remiró, pero se quedó afuera.

Buscó un callejón y se acomodó para pasar la noche.

Por la mañanita la gente entraba y salía de la casa del niño Tomy. Su esposa esperaba, esa mañana, a distinguidos invitados. La ciudad estaba de fiesta patronal. La casa lucía esplendorosa. Los días oscuros de la montaña se habían perdido de la memoria. La vida sonreía para el muchacho y su familia. Cire comprendía aquello como cosa de sueño, como lugar de gente "palenque" Nunca había visto tanto esplendor. Sobre una mesita, en la sala, en bello marco, sobresalía el retrato de Tomy y su nueva mujer. Mujer ciudadana, blanca y rica...

Un día en la montaña, saltando de un lado a otro vio a la cholita desnuda y sintió ganas de mujer. La ciudad estaba lejos, y el ardor de la sangre muy cerca de si mismo. Por eso pidió una mujer al Cacique y le dio un jabón de olor para que se lavase su hedor salvaje...

En un descuido de la servidumbre, la india entró a la sala. Tiró la chácara en la alfombra y junto a la mesa del comedor, se agarró de una columnita, que separaba

a éste de la sala. Allí estuvo cuando vino a descubrirla la empleada.

—Oye, chola ¡Ay, Señora, venga a ver esto!

Acudió la madre de Tomy, las empleadas, las personas que ayudaban arreglar la casa, todo mundo.

—Por qué han dejado entrar a esta mujer aquí! Ay Dios Santo!

—Oye, Chola, sal de aquí, sal...anda!

Las empleadas agarraron de la mano a la mujerzuela. Entonces la chola, cruzó sus brazos entre la columnita, se atá a ella fuertemente, metiendo las uñas en su enagua. Con la cabeza entre los senos, como una parásita a una rama, como un viejo bejuco, nadie la pudo mover.

—Ay, Virgen Santa!—. Exclamó la señora—. Y la gente que no tarda en venir! Muchachas, ayúdenme a sacar este animal de aquí, qué locura de chola!—La gente no podía entender por qué la muchacha se había metido sin permiso en la mansión. Sin importale con la encumbrada familia, ni con su ropa inmundada, su chácara percutida y su barrigota. Tomy, su mujer, y los invitados no tardaban en llegar. Los automóviles frenarían frente al jardín y entonces los huéspedes hallarían una desagradable sorpresa.

Mientras tanto, Cire no veía ni escuchaba. Recordaba la montaña. La campanita de la escuela, el jabón de olor.

—Muchachas, busquen inmediatamente a un guardia—, ordenó la señora.

Entonces vino el policía y ordenó a la india que saliera.

—Oye, Chola, sal de aquí, carajo!

—No, sino quiere salir—, respondieron las empleadas.

—Oye Chola, levántate o te levanto yo, repitió el guar-

—Oye Chola, levántate o te levanto yo—, repitió el guardia....

Un día Tomy trepó en su caballo y ni si quiera le dijo adiós. Entonces ella se mordió los labios y tuvo un pensamiento...

—Es por gusto, Sr. Guardia, no entiende. Sáquela a la fuerza!

Se oían los autos. Qué espectáculo indigno de los Espinoza.

El policía trató de agarrar a la muchacha, pero ésta lo mordió rápidamente como un zahino.

—Perra!

Volvió a agarrarla fuertemente por los hombros...

...Cuando el jefe indio habló con el tío de Cire, ésta no dijo nada. El tío contó las pesetas sucias y ella acomodó su chácara. Cire sabía de las cosas que los hombres hacían con las muchachas, porque el propio tío se lo había propuesto.....

El guardia cada vez más enfurecido la tiró por las greñas. Había que proceder. Los Espinoza eran íntimos del Capitán. La gente llegaba.

...También a Teresa Venáo la tiraron por las mechas y luego la colgaron de un "espuela e gallo". Porque no quiso ser mujer del Jefe Indio. Entonces los gallotes se la fueron comiendo poco a poco. Y la Teresa sólo tenía doce años. Y Cire se acordaba de eso...

El guardia volvió a tirar y entonces Cire mugió como una tulvieja, rompió el corpiño del tirón, languideció de súbito y se parió.....

Ay, Dios!

El policía se horrorizó al ver correr la sangre.

Cuando el "mestro beraco" con su atildada esposa y demás acompañantes penetraban en el recinto, la chola Cire, quitando la placenta al animalito recién nacido, reía entre sus greñas, y el cholito empezó a berrear!

LA CRECIENTE



a Felicia Santizo.

—En Abril: —Ay, Santísimo, que llueva!

—En Octubre: —Ay, Santísimo, que deje de llover!

—No, manito, jaga er puño grande.

—Diaulo, pa la comparancia! Veá, lo que pasa ej que yo lo aprieto y ujté va a lo mujer.

—Oye, quién habla e laj mujerej? Póngase uno al laumío, pa que tropiece.

Eso dijo la muchacha envuelta en su irónica sonrisa de mujer campesina que se juega con los hombres en la ardiente faena de la cosecha. Arriba estaba el cielo, apenas dibujado con una nubecilla blanca sobre un fondo azul. Volaban las palomas rabiblanas dejando la música de sus finos aleteos.

La junta salomaba gorgoriteando. La roza estaba alegre, en medio del mar amarillo de espigas que los peones y las mujeres iban cortando cadenciosamente, con premura y cariño, sin dejar caer los granos, cuidando la comida del dueño del trabajo, de modo que no hiciera falta en la olla; para que más tarde fueran felices viéndola asolearse en manotadas, para convertirla en pesetas de plata; para la vida, en fin.

Era Septiembre y empezaban las “cortas”. El arroz del “páij” sembrado en Mayo o en Abril, “gobiaba” en

Agosto, y estaba para cortar en Septiembre, si el tiempo era bueno en lluvias. Entonces las adustas, gruesas y rústicas caras de los labradores, suavizaban sus músculos, y empezaba a reír. Maduraba el arrozal parejamente. Las matas nacidas en partes bajas, en lagunas, se tornaban verde-azulosas, de pura riqueza vegetal. Los hombres, ya en Junio, palpaban las puntas de las hojas y si las hallaban gruesas se alegraban.

—Ya tan preñaj!

Todos los días cruzaban el monte sembrado. Levantaban una matita caída, limpiando aquí y allá. Ahora ondulaba el terreno cargado del pueblo herbáceo que mañana sería oro puro bajo el sol. Pero antes fue duro monte. La zocuela” costó sudor y lomo. Pero la junta campesina, la unión de trabajadores para ayudarse mutuamente, fue más capaz que los “tronconales” apretados. Allí, en ese verdor estaba repartida la sangre, el aliento, la saloma, el espíritu de todos. Después del desmonte, hicieron nueva junta para la quema. Entonces la llama lamió el “hojarascal”, la “bejuquería”. Se vio el terreno negro. Vino la semilla. Bajo la ardentía de Abril, y sobre la tierra chamuscada, los chuzos fueron perforando, y en cada hueco cayeros los granitos. Pero entonces no llovió. Todo se ponía escaso para los campesinos, hasta el agua lluvia. Pasaban días y los ratones y pájaros sacaban la semilla depositada bajo tierra. Los hombres resembraban... No llovía...!

—Ay, Santísimo, que llueva!

Cuando llegaban las “cortas”, las muchachas tejieron sus sombreros de cogollo: chonta y pita. Sombreritos blancos, suaves, para colocarlos sobre sus espigadas cabellebras. Con las alas levantadas hacia adelante, a la “pedrada”, o “agachapado”. Pero siempre como lumbreras, co-

mo luceros ardorosos cubriendo rostros silvestres de inocentes muchachas que también pugnaban por meses de Abril o Junio, para sentirse madres y procrear niños felices para el mundo.

Los muchachos arreglaban las "jaibas" o "aeroplanos", instrumentos con los cuales cortaban las espigas. Los ajustaban en las manos, para que no quedara floja la correa de caucho, sino exactamente justa, y el filo de la cuchilla bien inclinado...Entonces practicaban. Esto producía una gran alegría en sus estómagos. En las "cortas" de arroz podían demostrar sus habilidades. Había que cortar rápido, parejo y hacer puños grandes. Las espigas que cupieran en una mano, bien apretadas, eso era un puño. Con cuatro puños chicos o tres puños grandes se hacía una "manotada". Y por el número de manotadas cortadas en el día, se sabía quién era la persona más capaz en la faena. En la cosecha la mujer panameña hace la competencia al hombre. Ellos comían, vestían, del grano amarillo. Se unían para amarse, para ayudarse y levantarse hijos. Entonces era preciso estar juntos a la hora de la cosecha. Hombres y mujeres, salomando, cantando, chisteándose, coqueteando, iban entre las amadas plantas, degollando las espigas que en sus manos relumbraban, como antorchas redentoras.

¡Las "cortas".....las "cortas".....al fin, las ansiadas "cortas" de arroz!

El tiempo había sido frondoso en aguaceros. Y todo fue creciendo con ímpetu silvestre. Por doquiera, extendiendo la mirada en lontananza, se miraba, aquí y allá, manchas verdosas, y entre roza y roza, pequeños ranchitos. Eran arrozales y maizales de los campesinos. Ya en Agosto, los muñecos espantapájaros se mecían cómicamente, entre la verdura.

Por los caminos, en la mañana, resonaban las salomas de los trabajadores, que llevaban en su corazón la alegría de saberse seguros para el año, para los meses venideros... Arroz, la troje llena.

Por eso, antes de la cosecha, levantaron los ranchitos en las partes más altas de las sementeras. Pequeños y graciosos, contruídos con amor y paciencia, en medio del perfume del arrozal parido, doblegado por la brisa. Cada campesino construía la casa del arroz y del maíz. La "troja". Cuando realizaban la cosecha, cargaban los granos al ranchito, en tanto lo transportaban, posteriormente, a las propias casas de los labradores, porque el monte quedaba, generalmente, lejos de sus caseríos. Alguna gente ya no quería dejar la comida en esos depósitos. Porque como la tierra escaseaba, y había tiempos malos, los más perezosos acostumbraban robar las cosechas ajenas. Sin embargo estaban entre la espada y la pared, porque las tierras circunvecinas habían sido transformadas por los ricachos en potreros. De modo que había que construir los ranchitos, y vigilarlos constantemente.

Así fue, que una vez más, los hombres pararon aquellos pequeños conos de paja amarillenta, en las partes más alta del terreno. En medio de los arrozales, los ranchitos, parecían juguetes de niños.

Las muchachas habían preparado los sombreros y también los chalecos para ponerse encima de los corpiños. Porque la paja pica, molesta. Y además, en las tarde llueve. Entonces el agua pega la ropa al cuerpo. Las más hermosas muestran sus relieves pujantes, indómitos, como la semilla, creciendo siempre. Pero bajo la lluvia, la cosa era distinta. Se sufría, el suelo resbalaba, el frío calaba los huesos, y las tormentas furiosas, metían miedo

a los corazones, porque otras veces, los rayos cayeron in-
misericordemente y carbinizaron peones y muchachas.

—Ay, Santísimo, que deje de llover.!

Sin embargo, en una u otra forma, después de las ta-
reas de la cosecha, en las tardes, todo volvía al ritmo ale-
gre de la vida, cuando hay un plato de comida caliente en
la mesa.

Y este año, los dueños de las juntas estaban satisfe-
chos. Habían cortado todo el arroz. Sólo restaban unas
manchas de “mechi-yegua” que maduraría más tarde. La
cosecha había sido abundante. Otros años no resultó ni
para los primeros meses. Pasaron hambre...Ellos que su-
pieron del fogón frío, se alborozaban ahora sopesando las
gruesas manotadas de arroz. Por las noches, en cada ran-
cho, las lámparas y guarichas verdeaban de contento. Y
los Domingos, acudían al pueblo más cercano, dando colo-
rido a las plazas, y planeando las compras.

—Jolá, manito, se ponga er precio gueno!

Los dueños de las piladoras y los molinos del Gobier-
no arreglaban sus pesas para robar en cada onza. Pobre
del que pidió adelantos, porque ahora debía entregar su
arroz, y regresar con las manos vacías.

—Surano, uno, oye y ejtoj diauloj son loj que se que-
ran con la plata!

Ese era el destino. Trabajar para comer un poco y
para mantener a otros.

Duro arroz...tan suave en el plato de los ricos!

—Naide sabe, siñol, lo que cuejta livantal la mata, es-
jierbar; jacen la cosecha!.....

Nadie , a la hora de contar los billetes sabía del trans-
porte en motetes, pasando desfiladeros, ríos crecidos, lo-

dazales, y luego, la traída al pueblo. Para entonces poner la carga en la pesa, y saber que el comerciante, allí le está robando, de tres granos uno. Pero había que hacerlo porque era indispensable tratar con esa gente e incluso, comprar allí mismo el machete caro, la ropa nueva para las muchachas, la medicina para la abuela, la consulta del médico lagarto.

No importa, pensaban los viejos labradores, para quienes el mundo había sido así por los siglos de los siglos.

Más algún día las cosas iban a cambiar, replicaban los muchachos nuevos que fueron a la escuela. Pues así como podían hacer juntas para derribar la montaña y quemar la tierra, conduciendo el fuego, deteniéndolo cuando se "pasaba", también podrían hacer juntas, para cortar las garras que le flagelaban por todos los costados.

Sin embargo, este año había arroz para todos. Para ellos, los labradores, en sus platos de madera, y para que los ricos pudieran comprar nuevos modelos de sus autos de lujo.

Algunos, en la medida que cosechaban, iban vendiendo. Otros pensaban que no había apuros. Todavía faltaba cortar un poco de arroz que maduraba tarde. Era mejor que las manotadas calentaran un poco los ranchitos. Saberse, por un tiempo, dueño de bastante comida. Ir preparando el terreno para la segunda "coa", la "postrera". En los Domingos, arreglar los pasos malos de las quebradas, para hacer más fácil el transporte. Emparapetar el pontón viejo por donde se cruzaba el río.

Un día vino la "política" Los candidatos a diputados merodeaban por la campiña como gallinazos hambrientos. Acudía la gente de campo y ellos, los políticos hablaron del País, de la agricultura, de la Patria y del campesino.

—Aquí, señorej, lo que farta ej er pontón pa pasal ejte río. Si lo jacen hay voto, si no lo jacen, nu'ay!

Los campesinos cansados del engaño cambiaban el voto ahora, por obras comunales que los candidatos hacían con los dineros del Estado. Después de las elecciones la situación de los abandonados labradores era lo mismo o peor. Pedro consideraban que tenían el puente o la bomba de agua. Era una nueva forma de vender la conciencia. Aquella vez los demagogos trajeron de los almacenes del Gobierno algunas piezas de acero. Hubo cooperación campesina. Aguardiente. Se colocaron los rieles y se levantó el puente. Hubo contentura. El cacique del campo prometió votos y su palabra de hombre serio fue cumplida enteramente. Sin embargo, días después de las elecciones, los representantes de los políticos cargaron las vigas de acero para otro campo, en donde también habían prometido puente de hierro. Así cumplieron con las dos regiones. En la democracia todos tienen derechos iguales. Puentes para unos y para otros, negros y blancos sin discriminación.

Aquel río no era muy caudaloso. Una simple quebrada juguetona y cantarina que daba vueltas, se retorció y brincaba de piedra en piedra. Pero como el terreno era abrupto su corriente tenía un impulso peligroso cuando crecía, después de grandes aguaceros. Sin embargo los campesinos lo conocían.

—Riíto malhumorado!

Habían hecho diversos pontones utilizando árboles situados en las orillas; cañazas y varazones, que amarraban con finos bejucos. Pero también podían cruzarlo, aún con los motetes al hombro, con el agua a media pierna, normalmente, cuando sus crecidas no eran tan copiosas.

Amaban su río. Había charcos azulados en donde los jóvenes nadaban, los Domingos. Huacas llenas de peces y grandes camarones. Chorros, saltos espumosos y cierta música en la alta noche, después de los chubascos y "garúas" como si piedras y raíces tocaran extrañas y dulces melodías de los subsuelos.

—Ríito pendejo!

No obstante, una vez pasó un muchacho; regresaba con otros jóvenes labradores, después de una junta. Había llovido bastante. El muchacho, que venía con el guarapo en la cabeza, se echó temerariamente al agua, sin medir la hondura y se fue en un remolino. Lo hallaron días después, muchos cientos de metros abajo, roído de peces y camarones. De tiempo en tiempo hacía lo mismo con los que se descuidaban, con los inexpertos o juguetones. Se había tragado varias vidas.

Por eso era mejor quedarse de un lado cuando llovía, incluso pernoctar, antes que tentar la rabia de sus crecidas. Porque los ríos se vuelven furiosos cuando el cielo llueve mucho y pone sobre ellos demasiado peso. Entonces se revientan, protestan, acuerdan la huelga y se desbordan de lado y lado, sin importarles lo que han de llevarse en su pelea, hacia la mar anchurosa.

Ese día empezó a llover a las dos y media de la tarde. Justamente a esa hora caían las primeras gotas. Era la costumbre. Primero, los nubarrones negros, arriba de la loma; después, el viento del sur; luego, el agua, el chaparrón. Se dispersaron los rayos a lo lejos. Los labradores trabajaban con cuidado en sus montes. Otros se fueron a los ranchitos a ver sus arrozces. Así ocurría diariamente. Una, dos, o tres horas más tarde y escampaba. Se dejaba escurrir un poco el río, y con pericia se pasaba al otro lado.

Sin embargo esta vez fue distinto. Como a las tres de la tarde amainó. Todo parecía resultar normalmente. Pero entonces tornó con más fuerza. Millones de tulas y cántaros del cielo se rompían; el mundo oscureció y empezó el río a protestar, primero con un mugido sordo.

—Diablo!

Seguía el aguacero. Algunos árboles de la orilla fueron derribados. Sus boscajes como locas cabelleras, se zambullían para emerger allá, más abajo y hundirse definitivamente.

—Oye, toy pensando una cosa...sería como en mil novecientos diej y ocho—, dijo un viejo labrador, todo empapado, y dejó la frase inconclusa, mientras se secaba los ojos con la tela de la camisa en la parte del hombro.

Los campesinos que pretendieron cruzar el río se dieron cuenta que ya era imposible. El agua, hinchándose violentamente, había subido a más de cuatro metros sobre su acostumbrado nivel. Pero el río no se detuvo allí. El cielo, tampoco. Arreció. Ya a los lejos, desde las colinas más elevadas, los hombres miraban el piélagos de agua sucia que se extendía. Y empezaron a inquietarse del asunto.

—Riíto, carajo!

El agua ascendía topando el cogollo de la cañaza. Lo que había sido una pequeña quebrada se duplicaba saliendo de la orilla, avanzando por los arroyos afluentes, hacia arriba. De pronto el río se transformó en una ancha corriente montaraz, amenazadora, no vista en muchos tiempos.

Por encima cruzaban velozmente viejos troncos, basura, árboles. El ruido sordo se hizo claro y potente. To-

dos los campos de la ribera y de más allá escuchaban su descenso.

—Ta er hombre bravo, manito!

A los hombres no les importó en un principio la creciente. Parecía cosa habitual. Pero la frase inconclusa del viejo se hizo comprensible. Allá en mil novecientos diez y ocho había tenido una crecida sin paralelos en su historia. Sin embargo el agua sólo llegó hasta las lagunas cercanas.

La lluvia castigaba más y más. Nadie podía imaginarse de dónde manaba tanto líquido. Tronaba de seguido.

Los agricultores acudieron a la orilla con sus dagas en las manos; quitándose los chorros de agua que les invadían las cejas; limpiándose los ojos, para percibir con más claridad. Se espantaron. Primero pasó lo que parecía ser una vaca, luego, un caballo. Eso había ocurrido también en aquéllos tiempos. Pero nada más. Sin embargo el agua provocadora, audaz, imparable fue subiendo. Y entonces ocurrió lo que nunca había sucedido. Venía un largo tronco dando vueltas, como en remolino; un tronco gigantesco, veloz y fue a dar brutalmente, como una flecha contra uno de los ranchitos, a donde ya el agua había llegado. El ranchito saltó como un tapón, navegó un poquito, y levantando las greñas, como solicitando auxilio se hundió.

—Santísimo!

—Corran a loj otroj, y saquen lo que puedan!

—No... hay Virgen... no—, exclamaron las mujeres.

Luego, entre ramas y raíces, como en regata, venía de lo alto del río bajando otro ranchito. No se había hundido, porque venía enredado entre las brucas, pasó rápidamente frente a los angustiados ojos de los trabajadores, que parecían muñecos bajo el chaparrón.

—Ay, Santísimo, que deje de llover!

Un hombre desesperado trató de llegar a su rancho, a donde ya el agua había arribado.

—Suértemen, suértemen, carajo...!

La gente no lo dejó. Con su naufrago ranchito se iba la comida del año. La alegría de la cosecha. La muda de ropa nueva de la mujer. La vida. Pero, a quién poner las quejas?

—Que ñamen al rigido!...—, parecía gritar el río enfurecido.

—Que venga el presidente!—, parecía responder la tempestad.

—Ay, Santísimo, que deje de llover!

Pero ese gris día de Octubre no dejó de llover. La lluvia fue menudeando; se hizo fina como el rocío; apenas, una llovizna, pero no cedía. Parecía tornarse angustia, llanto de mujer, quejido de hombre. El río continuaba creciendo y aullando. La tarde oscurecía. Era peor. Bajo el negro crepúsculo del agua, los ranchos decían adiós, y se zambullían. Trescientas, cuatrocientas, quinientas manotadas de arroz; motetados de maíz, en cada rancho hundido por la furia líquida que retozaba y no conocía de regañ.

Frente a la devastadora acción del río, qué importaban los demás sufrimientos?

En el claro Abril los habitantes de la tierra pedían bastante agua:

—Ay, Santísimo, que llueva!

La tierra estaba seca, cuarteada, guijarrosa. Los pájaros volaban tan alto como los gallotes. El horizonte clavado en la distancia con su ropa de plomo, y nada más. Un viento bochornoso descarnaba los rostros, y los ojos resecos de los agricultores oteaban la copa del cielo azul.

—Na de agua...Ay, Santísimo que llueva!

Pero en el pesado Octubre de los pies de lodo, los hombres aterrados, en las partes más elevadas, gemían:

—Ay, Santísimo, que deje de llover!

Los sueños de la cosecha; la ida al pueblo con las cargas de arroz; las compras en las tiendas; las camisas nuevas; los aretes para las muchachas; los pedazos de “chances” de la lotería...Todo el trabajo del año se lo devoraba el río sin consideración humana, sin importarles un comino con la queja repetida:

—Ay, Santísimo que deje de llover!

Cuando la noche cayó, ya no se pudo ver nada más. Seguía la lluvia, otra vez con más intensidad y nadie durmió pensando la hora en que el agua treparía hasta los camastros para llevarse también, con los ranchitos y la cosecha, a los hombres y mujeres que tejieron ilusiones al sembrarlos.

Cuando amaneció, el río estaba harto de su fechoría. Se deslizaba suavemente, sucio, pero sin remordimientos.

Esta vez cuando los agricultores habían tenido buena cosecha, alguien debía venir a imponerles castigo, además de los especuladores. Allí cruzaba el río, bajando gradualmente, hasta su propio cauce.

Los hombres con sus machetes se acercaron resbalando sobre el sedimento dejado por la furia de la creciente, poco a poco, agarrándose para no caer. Miraban los daños, los destrozos, la bestia que bajaba sobre las ramas de cañazas y desgajados árboles.

Un día después, cuando al fin vino a ubicarse en su tradicional orilla, el río se había convertido en la juguetona quebrada. No levantó los puños, ni rugió. Como el borracho, después de la juma, agazapábase con miedo y vergüenza. Los labradores se arrimaron más y con sus dagas daban "planazos" en la superficie del agua, como para disecarla. Pero entonces el agua se estaba quieta, fresca y verde, y todo parecía mentira.

—Río zorro!

En las ramas de las cañazas, en las raíces de los árboles de las orillas, en los remansos, sobre piedras, enredadas se veían algunas espigas que el oleaje de la inundación no pudo llevar a otro destino. Los hombres percatándose, se dividieron el río, por trechos, y fueron buceando las mazorcas, las "manotadas", las espigas, como en una pesca macabra y así, juntos nuevamente, con las migajas de esperanzas que nunca mueren en los trabajadores de verdad, fueron juntando espiga con espiga; mazorca con mazorca; "manotada" con "manotada", hasta poder rescatar algo al río ladrón, al río que ayer castigaba sin piedad. Era un despojo de comida que luego repartieron por igual, como hermanos de la tierra a quienes un mismo peligro, una misma creciente en la vida, aplasta y traga desde hace mucho tiempo, desde que creció la espiga y hubo quien puso una cuerda de alambre en las distancias.

Una vez fue la "zocuela", luego la "quema". Vino la siembra; más tarde, la "deshierba", al fin, la cosecha y el montón de sueños.

Pero cuando todo fue como un mar de oro bullente y feliz; cuando las hermosas muchachas vinieron a picar a los hombres, y éstos salomaban e improvisaban coplas de amor y de cariño fraternal, entonces, apareció la creciente y se tragó la dicha.

Aún le parecía poco al mundo, y los hombres tuvieron que bucear las migajas que le dejó la tempestad. Las náufragas espigas que servirían de velas para el definitivo entierro de las más gratas y hondas ilusiones de ese año.

Pero sin embargo.....

—Jo, creciente ordinaria, ombel!—, gritó aquel viejo—. Pero el otro año, carajo, jaremo loj ranchitoj máj trepáuj. Ende no puera llegal ejte demonio. Ende ni un perro ejgraciao llegue a lambel...Ende naiden noj puera jodel maj ni nunca!

CARGA DE CASA



al poeta Ricardo Bermúdez.

Cuando las hormigas vieron destruída su casa, no huyeron despavoridas, sino que organizaron sus brigadas, y nerviosamente fueron echándose encima las larvas y demás enseres, y por el filo de un bejuco seco transportaron los pedazos de habitaciones, los restos de sus alimentos, unidas, tanteando los bordes. Entonces, al otro lado, empezaron, con más ardor a construir la nueva localidad, y antes de la noche, ya tenían paredes y techos, sin pensar que mañana o pasado, un ventarrón, una mano, un pie enemigo, pudiera, de nuevo derrumbar lo que tanto trabajo costó a sus tibias manos y antenas.

* * *

La orden vino del Patrón, el Mayoral no hizo más que cumplir. Le dolía, porque eran sus amigos, porque é. también era uno más. Las angustiosas noches sobre el camastro, las pálidas mañanas, la comida sin gusto, los ceños fruncidos por tantos días de espera. . . . todo había sido en balde. Habían perdido.

—Jo, siempre noj joden a uno!

No había manera. Era imposible pleitar con los grandes. Días después la cerca venía andando del ojo de agua a la loma del guarumal; de allí, hacia el norte, pegando con “caimitales”; cruzaba el camino de la “bajería”; encerraba lo que antes fue caserío próspero, e iba a dar a los potreros. De allí se unía al camino real y de estaca a estaca, caminaba hacia los linderos del pueblo.

Los viejos sentían que la garganta se les despedazaba de puro odio. Porque ellos nacieron en esas tierras y no hallaron sino grandes montañas que fueron derribando. Pero ahora salía un título de tiempos remotos, abría sus páginas mohosas, sus azules sellos y tomaba vida:—Ejto ej miu!

La gente fue saliendo poco a poco, pero cuando ya las cercas del Patrón venían arrimándose, tuvieron que correr.

—Onde?

Se encaramaban en la colina más alta.

—Onde?

Hacia dónde levantar los pasos que no hubiera un rastro de alambres puntiagudos mordiendo las distancias?

—Sía por Dioj, Siñol, que laj vacaj vienen a cagal onde comía el crijtiano!

Cuando se ponía la tarde azulita, más allá de los algarrobos, más lejos que los corotúes, el sol doraba la blanca pared del ranchito de mano Pin. Al lado se mecían las yerbabuenas, y un bosquecillo de “mejicanas” lindes daban un aire violáceo de una tristeza encantadora. Atrás se erguían delgadas palmas de “pifá”, hojas de plátanos, al fondo, cañaverales. Al frente, un sitio deshierbado, barfrido con la escoba de “cajnazáo” tan limpio como un mantel, y apenas espolvoreado de menudo afrecho, en donde las quiribollas, picoteaban con dulzura, dando todo aquello la impresión de un paz profunda sobre la faz del mundo.

En ese paisaje tejieron hijos e ilusiones.

La casita era sólida, de horcones de viejos troncos de macano, embarrada y pintada con tierra blanca. Era obra de un antiguo "mestro", que pasó la vida construyendo nidos para la humanidad.

Pero todo eso lo borró el Patrón.

Un tintero hondo de renegrada tinta; una pluma de mango, una mano temblorosa, sucia y venal de algún magistrado respetable, desbarataba el paisaje, sepultaba las ilusiones antiguas, arrancaba las moradas flores que levantaron al lado de la choza.

En tanto que los niños se echaban a llorar sobre la soledad ingrata, el magistrado se ajustaba los espejuelos, y hablando en nombre de la jurisprudencia y de la moral cristiana, ponía en el buche del Patrón la validez de un fallo, mientras que introducía en el bolsillo mugriento del saco, los inmundos billetes con los cuales suelen pagar los poderosos a sus lacayos fieles. Era el saqueo histórico que arrebatava la dulcedumbre campesina de un planazo, y les decía: abran los ojos, dejen de dormir, esclavos!!

Pin destruyó la pared con cariño; cada trozo de tierra que caía era como un suspiro que se le iba, no sabía por dónde.

Entonces buscó a la gente y puso fecha para la "carga".

Del sitio en donde tenía la casita al lugar a donde iba a ser transportada mediaba un kilómetro entero. Era camino del pueblo. Por allá se ensanchaba la vereda y en una revuelta, la carretera dejó un recodo, un recorte pequeño de tierra, en donde hoy podía sembrar el rancho y estar más cerca de los centros de trabajo. No podía pensar en más agricultura; debía tomar la "mocha" y partir

en adelante a los ingenios, a los potreros, en busca de negros y dolorosos salarios.

La distancia de un kilómetro no era serio obstáculo, sino lo quebrado del sendero. La loma del guarumal que se desprendía por un desfiladero abrupto. Allí podía quedar todo reducido a pavesas.

La noticia no podía sino entristecer a la gente. Otras veces la junta de "carga de casa" era un alegre acontecimiento para el campo. El dueño avisaba a los capitanes, se escogía uno de mayor experiencia, se preparaba suficiente chicha y un domingo determinado venía toda la comunidad: hombres, mujeres y niños. Y aquello resultaba un espectáculo gracioso, lleno de vida y colorido. Pero esta vez era todo lo contrario. Los hombres no sólo se echaban encima culeros, enseres, miserias, dolores, enfermedades, incertidumbres y despojos, sino que tomaban sus chozas en los hombros y partían con ellas como hormigas a clavarlas, andando, andando por todos los caminos quién sabe, en algún sitio del mundo!

El domingo de la cita la gente fue llegando remolona, echándose encima de las viejas raíces, o en tucos de balso. La tarde era clara y el viento del mes de Enero batía los infinitos yerbatales de faragua. Pin, pretendía poner buena cara; reírse de su infortunio, no mostrar la dolencia, pero era por gusto.

Alrededor de la choza, los campesinos escupían, fumaban tabaco y maldecían la mala suerte. Vaticinaban cosas peores para los muchachos que ahora estaban levantando. Hasta que entonces llegó el Capitán de la "carga" y empezó a ordenar el asunto. Puso peones a escarbar la pata de los fornidos horcones, otros a buscar horquillas fuertes para amparar las soleras. Cuando todo

estuvo listo, llamó a la gente y la fue colocando debajo de las soleras. Entregó a la mujer de Pin una sábana colorada, la cual amarró de una manila delgadita. La mujer era la guía. Los hombres, debajo del rancho que portaban, caminaban casi a tientas; la sábana arrastrada por la mujer, indicaba a los cargadores, los mejores pasos para transitar.

—Listo?

—Tuavía, no, manito!

Los hombres colocados debajo de las soleras, esperaban que otros levantaran el rancho de los horcones y lo dejaran caer sobre sus hombros. El pequeño rancho de seis varas por cinco, debía ser cargado como entre treinta hombres, todos los cuales tenían que colocarse debajo de los aleros. La paja que cubría el techo, colgaba en redonda y los hombres apretujados ,incómodos, pisándose los talones, quedaban ocultos de la cintura para arriba, sin saber hacia dónde iban, tirando de un lado y otro, oyendo los gritos del Capitán que se confundían con los gritos de cada uno, y los delanteros, mirando la guía, la manta que rabeaba adelante.

—Jo.

—Cuidáo, cuidáo!

La choza empezaba su caminata por los caminos de la vida. Castigada por el cimbreo de los hombres, iba cumpliendo su cuota de despido. Allá había quedado el "limpio" en donde un día estuvo pintoresca y rodeada de jardines.

Después vendrían las vacas, de noche, a tirarse, buscando el calorcito, a defecar y deglutir, hasta que un día bledos y escobillas mataran lo que una vez fue nido de

amor y cuchitril de desgracias. Los campesinos debían cumplir su destino de hambre y desalajos. Metidos bajo el peso del rancho, tropezando con los guijarros de la ruta, pujando como bestias, sudando a chorros, pero echando para adelante, bajo el aguijón del grito del Capitán y el zigzagueo de la manta roja que adelante marcaba el camino.

—Ey... ey... ey...! Voy jodío, voy jodío!

Se detuvo la marcha. Mano Juan venía despaletándose. Muchachos jóvenes entraron a reemplazarle.

—Rempujen, que noj lleva er diaulo!

La mujer de Pin, adelante, con su derrotada bandera roja, arastrándola con cuidado sumo, sabiendo que una equivocación podía dar con el rancho al suelo, y hasta causar la muerte de algún trabajador, medía sus cortos pasos; miraba atrás y adelante, tomando consejo del Capitán de la "carga" que iba de un lado a otro, equilibrando a la gente, cambiando sobre la marcha, los peones, gritando para darles ánimo, apartando los escollos de la vereda.

La gente había avanzado un buen trecho. Los chiquillos y algunas muchachas venían atrás. De lejos daba la impresión de un grupo de hormigas cargando sus materiales. El camino bordeando las cercas, las lomas ondulándose, el rancho cómica y trágicamente contorneándose de lado y lado, dando pequeños saltitos.

Adentro las soleras y varas magullaban la carne. Resoplaba la humanidad de campesinos. Juntos, más que nunca. Con el corazón dispuesto a no dejar caer la choza encima.

Esta disposición de ánimo se concretaba a través de las palabras que entre gritos proferían, como para insultar

a alguien no presente, como para castigar el largo camino y maldecir el peso, la ruindad de su destino, la sociedad, el Patrón, las leyes, la desgracia humana:

—Carajóooo!

—Ay umbe!

—Junaputa!

—Chumba, manito!

—Jo, jo... cuidáo!.....

La mujer adelante, dando sus pasos cortos, agitada de subir y bajar, sobresaltada por los mínimos tropezones, porque allí iba andando su casa, tras de ella, meneándose, pronta a llegar o derrumbarse y deshacerse como un pajar desflecado por el ventarrón. Rastreando con nerviosidad la manta. No fuera que por un descuido Pin viera venirse todo abajo. Pensando en la loma del guarumal; en su desgracia.....

Un día era feliz en la casa de sus padres. Vino Pin. Llegó un San Juan. Se fue con el hombre. Hicieron su rancho. Empezó la vida dura, pero feliz por los ánimos y las esperanzas. Nacieron los hijos. Pin siempre fue un buen marido. Por un día, un juez venerable, de buena familia, católico, en fin de generales conocidas, puso una firma y se llevó al bolsillo el manajo de billetes con los cuales se compran fallos y dignidades....

Ahora venía el rancho ladeándose por el camino, como un paria, un desterrado, obligado a marchar como los hombres, aplicada a él, también la ley, y la firma zorrruna de un juez corrompido.

—Aguanten....aguantén...—, gritaban.

—Metan loj puntalej—, contestaba el Capitán—, arrímense al callejón, muchachos; metan laj jorquillaj....eso!

Hicieron la primera parada. Los hombres, como perros acezaban. Salieron algunos chorreando sudor.

—Jo ponde vamoj?

—Agua, pa la gente!

Las muchachas empezaron a dar agua fresca vertida de tulas que traían sobre los hombros.

El Capitán vigiló la choza, cambió el personal y miró la loma. Entonces entró en menudas explicaciones sobre la subida.

—Nu ej na la subía, sino la bajá. Aprieten o noj jodemoj.

De nuevo la casa empezó a caminar. Parecía un cienpiés. Iba saludando la cerca del camino con la paja que empezaba a desflecarse por los aleros. Tal vez los indios antes que los juecas blancos llegaran a despojar las comarcas, inventaron la “carga” de casa. Y desde entonces los hombre pobresc no hicieron otra cosa que ir dejando lo suyo en una forma u otra.

Siempre llegaba alguien que no cabía, que necesitaba apretar y empujaba al más débil. Este movimiento no se detenía.

Cuando los cargadores se dieron cuenta que empezaban a subir, sintieron, por primera vez desconfianza. Un frío les recorría las vísceras. Era el aviso del miedo. Miedo a quedar mal con el compa Pin, y dolor de que la casa, el nido de amor, el techo para los trabajadores, se viniera al suelo, y quedara un hombre más en la tierra, sin paja para cubrir su miseria.

Miedo también de perecer despaletado o desnucado por el precipicio de la loma. Miedo, porque caminaban como ciegos, símbolo de la situación en que vivía toda su vida: vendados por algo, cubiertos de una espesa capa de bribonadas sociales que les obligaban a ser bueyes, aga-

chados bajo el yugo, tan sólo con la mínima esperanza del trapo rojo que la mujer de Pin, adelante iba arrastrando, estrella y guía, para el camino.

La gente fue alzándose despacio. Empezaron a oírse de nuevo las palabrotas y los pujidos. Iban tronando para adentro. La casa ascendía. Los corazones triplicaban sus bombeos. Los hombres resollaban como novillos. El Capitán sentía que sobre él recaía toda la carga. La mujer empezaba a fatigarse. Ya escalaban lo 'más difícil de la loma. Pero venía la bajada. Entonces podían derrumbarse con todo y rancho. Estaba a prueba la experiencia del Capitán.

—Afíjese bien, compadre.

—Paciencia, muchachoj, vayan apretando. . . . paciencia y risolución.

La casa podía voltearse. Entonces la desgracia de mano de Pin sería total. El trabajo de toda la gente, inútil. Eso no debía suceder para sosiego de todos, para confianza de sus propias fuerzas y voluntades.

Llegó la hora de aguantar, de apretar los dientes, de afirmar las plantas,, de dar todo lo que de hombres tenían. Después de la bajada la cosa era fácil y ya el trecho restante no era mucho. Allá en el nuevo prado, dos peones afirmaban los horcones. Y aunque la mala suerte había venido aporreando a mano Pin, la "carga" no era cosa de suerte, sino de pericia y de fuerza de los trabajadores, de sabiduría del Capitán y prudencia de la mujer guía que llevaba la manta roja. Cuando los cargadores sintieron llegar al plan de la loma resollaron hondamente y gritaron después:

—¡Ajó, se jodió la loma!

Y entonces descansaron por segunda vez. La gente no hablaba. Sólo se oía el murmullo de respiraciones varoniles, jadeantes, nerviosas de la tropa. Sus músculos

podían llegar al fin del mundo. Nada podía compararse a la fuerza humana. Tan fuertes, tan hombres en las tareas difíciles, sin embargo, tan niños frente a los pesares que les aquejaban, frente a las discriminaciones y los desalojos. Aquí bajaban mansamente los ojos y restregaban con el dedo ancho del pie la tierra que les iría a sepultar después

*“bien aventurados los pobres de espíritu,
porque de ellos será el reino de los cielos”...*

Pero ahora no había tiempo para dolerse de nada. Ahora cumplían sus papeles de desventurados en la tierra, sus papeles de últimos y de pobres de espíritu y de bolsillos, mientras que en la casa cural el cura se regocijaba con los brindis de los terratenientes oscuros de la aldea.

Los pobres de espíritu llevando las chozas al hombro, con sus miserias y tormentos, por los caminos, jadeantes, dolidos aquí y allá, para ver en dónde encajarla, como locos, como hormigas, tanteando con las puntas de los pies, sin ver, sin oír, apretujados por los vericuetos del mundo, en procesión angustiosa, sin otro santo que el rancho desflecado, bamboleándose, riéndose de la penuria que azota a la gente miserable de los campos.

Mas al fin, el Capitán sacó el pañuelo y secó su frente. El rancho logró encajar justamente en sus nuevos horcones; nuevos puntales sujetaron al otro lado, mientras ajustaban las soleras. Los hombres salieron a contemplar el trayecto vencido, el kilómetro de angustia, y la mujer, al cabo resuelta, con su poquito de esperanza en las manos, puso la manta roja en un palo, y la izó sobre el caballete de la choza, como saloma de triunfo, como desafío a la misma vida, sin saber si mañana o pasado un ventarrón, una mano, un pie enemigo, pudiera de nuevo derrumbar lo que tanto trabajo costó a sus tibios y laboriosos corazones.

LA VACA

al Dr. Manuel Ferrer Valdés

El vallecito terminaba a orillas del fresco arroyo. Más arriba ascendía la loma en forma abrupta, entre peñascos y rosados barrancales. Después de la colina seguía una meseta yerma. Desde allí se contemplaba el caserío. Pero la meseta concluía en ondulantes altiplanos, y más adelante se empinaba un cerro, muy particular, surgiendo en forma de cilindro entre las demás protuberancias, y encima, colocada en la parte más alta, una piedra enorme, redonda como una totuma de diez metros de diámetro.

Desde todos los contornos y vecinos horizontes se divisaba la roca. Tenía ella sus leyendas entre la gente del campo: se dijo que nadie había subido hasta allá; que los norteamericanos anduvieron clavando señales por los picos más altos del Istmo, pero que no habían podido colocar una bandera en la peña del cerro. Se hablaba de duendes, o de antiguos indios que moraban en sus alturas y por lo tanto, los campesinos sentían temor de trepar tan alto. No había necesidad de aventuras.

En las noches de luna, los yerbatales del cerro se plateaban delicadamente y sobre el vallecito caían las sombras fantasmales.

El paisaje estuvo allí, la piedra, mucho tiempo, antes de la fundación del caserío, sin otro interés que la monumental belleza y sus pretiles de legendarias y oscuras tradiciones.

* * *

Marzo. . . . ! Los yerbatales se ahogaban como en un mar terroso. Las pequeñas quebradas se consumían. Escaseaba el ganado por esas regiones, ya que los pastos naturales resultaban insuficientes y los campesinos eran realmente pobres. Alguien tenía una o dos cabezas flacas de largos cuernos y pequeñas ubres. Para esta época la gente empezaba a desmontar, luego a quemar; así, prevenida, esperaba las lluvias de Abril. Los montes que tuvieron alguna verdura, ahora tumbados y destruidos por el fuego, aterraban al ganado, y éste se remontaba más. La meseta verde en Mayo lluvioso, estaba reseca y cuarteada por el sol. Para el verano, las vacas merodeaban por las huertas cercanas, o iban al cerro de la peña, porque allá arriba brotaba un límpido manantial que alimentaba a oscuros y quebrados pajonales.

La vaca fue trepando. Allá arriba estaba más fresco el aire. De vez en cuando, con sus lánguidos ojazos echaba una mirada a tierra. Observaba las casitas, como pequeños dados sobre un mantel amarillento. Ya, a esa altura podía advertir que los gallinazos volaban más abajo. Comió. . . . tanteó con las manos. Continuó la subida. Había algo de placer alpinista en su ascensión, trepaba palpando el terreno; olfateando, afirmando los cascos.

Avanzaba. Fue dando vueltas al cerro por las laderas. Cuando subía una distancia prudente, echaba a un lado la nuca, "jondiaba" una chistosa mirada al valle. Seguía. De manera fácil, como un animal puede hacerlo, sin miedo, sin temor a duendes ni a viejos indios, la vaca, desenredándose de bejucos y ramas de pequeños matojos, se encaramaba cuidadosamente, oliendo la altura, buscando el plan del cerro. El aire celeste atravesaba su negra nariz. Respiraba profundamente y la sangre le palpitaba

de largo a largo. La tarde, dando vueltas, iba encogiendo su cuerda, y el sol, desovillándose en occidente se quitaba el sombrero y pasaba la mano por la frente sudorosa. Trepó y trepó el animal curioso. Desde arriba la tarde caía vaga y sublimemente. El sol enorme tropezaba con todas las colinas del mundo, hasta perderse en el infinito. Cada colina se abrochaba una camisa de distinto color. El negro de las "quemadas" tomaba una matiz violeta y se evaporaba en dibujos caprichosos, compitiendo con los encarnados cerros. Abajo, el humito de las "balsas" medio encendidas... los caminitos que llevan a los "trabajadores" los menudos habitantes que retornan de las duras faenas... los jóvenes vestidos de blanco, con orgullosos sombreros y tiesos garrotillos en las manos, camino a otros caseríos... los animales en la llanada... la pequeña vida bajo el inmenso espectáculo del atardecer.

La vida amaneció casi la misma como ocurre en los pequeños caseríos. Los hombres madrugaron a sus trabajos; las mujeres, al fogón. Nadie notó nada nuevo en derredor. Los pájaros rompieron la madrugada pico a pico. Primero, los "marañoneros", luego, las "cocalecas", después, a coro las "capisucias", los "arroceros" las perdices, etc. Los hombres amolaron; las mujeres molieron. El día se hizo claro.

La cosa pasó así: el muchacho que andaba correteando por la meseta, de repente miró hacia el cerro, y de súbito se detuvo asombrado. Siguió andando. Y ya curioso tornó de nuevo la vista. Se sorprendió más y luego, desmandóse al valle. Iba tropezando guijarros en su carrera. Perdió el "biombo". Se paró como un venado. Echó furtivamente otra mirada al cerro. La respiración le castigaba cortantemente la sangre en su naricita. Derramó de su chácara las piedras de pajarear que traía. Y como

un cabrillo saltó de roca en roca, de roca en roca, hasta que al fin bajó, y atravesó el llanito.

—Máma . . . Máma! —gritó.—

Cuando la madre supo, llamó a la comadre; la comadre enteró a la vecina, y así lo conocieron todas. Pero la cuestión cobró mayor asombro cuando regresaron los trabajadores.

Entonces el llanito se cundió de gente. Se hicieron los comentarios más diversos y todos mostraban asombro y curiosidad. Sobre la peña, la vaca miraba el paisaje vespertino

Harta de yerba ,había tanteado la redondez de la roca. Hizo un esfuerzo y, al fin, se encaramó; adelantó pasos, y miró el mundo, hacia abajo.

Entonces, hubo quien afirmara que aquéllo no era una vaca, sino el chivato mismo, el demonio en forma de vaca, o el espíritu de viejos indios.

Algunos hombres se dejaban llevar por las opiniones de las mujeres; pero otros, decían que era simplemente una vaca real que se había subido atrevidamente a la roca. Pretendían identificar el animal. Podría ser de Ño Juan, de Tino, o de Ña Teresa. Mas no pudieron; estaba muy alto.

Las conversaciones vinieron a rondar alrededor de la forma como el animal había escalado semejante altura. Jamás había ocurrido cosa parecida en el lugar. Había sido imposible para personas y animales. Los hombres no lo habían hecho, por lo peligroso de la subida: chiflones, precipicios, rocas sueltas. Y, porque desde un principio, los tatarabuelos habían aconsejado que hacerlo era tentar la ira de Dios.

—A como subió tiene que bajar—, concluían los vecinos.

La noche borró de un tirón el espectáculo. Y la buena gente se dispersó por el llanito hacia sus ranchos. No se habló más que de la vaca. Hubo rezos, rosarios y peticiones, para que aquéllo no fuera el aviso de cosas peores.

Por la mañana, todo el mundo miró hacia el cerro. El animal estaba allá, clavado imperturbablemente. El asunto empezó a inquietar.

—¡Díáulo. . . . Si no si apió anoche, maj menoj ahora de día. . . .!—, comentaron.

Cuando llegó el medio día, el sol templó y la vaca comenzó a sentir sed. Pero estaba como detenida en medio de la roca. Entonces hizo el primer intento para apearse. Se dió vuelta y caminó hacia una orilla. Olfateó, probó con las manos, fue orillando, pero el instinto la hizo retroceder con pavor. Sufrió vértigos profundos. La roca en sus bordes redondeada como una totuma, no prestaba asidero para que un animal bajara sin dificultad. La subida había sido otra cosa. Se desconocía el peligro. La bajada anteponía la sensación de altura, de profundidad, de vacío. La cuestión era echar, primero las dos manos, y no poderse agarrar con las patas traseras y ser empujada, entonces por la gravedad, al estrecho borde de la base de la peña y desbarrancarse precipicio abajo.

La vaca lo intuía. Se percataba de la horrible situación. Abajo la gente se veía pequeña como mazorcas de maíz. El cuadrúpedo sintió horror. Retrocedió al centro de la roca y se detuvo allí quieto.

Del caserío, y desde todos los confines se miraba ahora la pobre vaca como una mancha, un punto negro desesperado. Su sombra crecía como un demonio. Se supo que faltaba la vaca de Ño Juan.

Alguien propuso subir el cerro y ayudar al animal. La mayoría se negó aduciendo que era exponer vidas y sobre todo, tentar a Dios

Fatalmente la bestia debía sucumbir arriba, sedienta, muerta de hambre. O desprenderse locamente y bajar hecha una masa de huesos y de sangre.

Si hubiera sido en otro sitio, en un farallón cualquiera. Pero acaso por salvar una vaca flaca, se iba a sacrificar a un cristiano. . . . Ese era el asunto. Sobre todo, que si la vaca estaba allí, era, porque el Señor así lo había dispuesto. Y por lo tanto eso no estaba mal, ni era cuestión humana el oponerse a los designios del Todopoderoso. Dios es perfecto, sus obras eternamente son buenas. Esa vaca arriba de semejante angustia era un símbolo divino. Alguien debía pagar su castigo. El castigo haría sufrir a Ño Juan que había cometido algún pecado inconfesable; o a todo el pueblo, por el olvido de las cosas celestiales. Y ese era el fin de la vaca. Podía doler, entristecer y desesperar, más no había que tocar el destino. Más o menos, en términos más simples, a eso se reducían los comentarios del caserío y de la gente más seria de las comarcas circunvecinas. Tal opinión se hizo opinión de mayoría. Por lo tanto no quedaba otra cosa a la cual recurrir que reunirse en la noche y rezar unos rosarios. Si Dios había mandado el castigo de la vaca, para que la gente comprendiera su pecado constante, entonces los actos de oraciones y ostensibles renunciamientos llenarían el cometido y luego, el Creador ordenaría a la divina providencia para que bajara al animal.

Ya habían pasado dos días y la bestia no se meneaba. Nadie puso en duda la inevitable y terrible muerte. Muchas otras vacas terminaron descaderadas por los picados riscos de los cerros; otras, ahogadas, chupadas de gusanos, abatidas por la morriña. En pueblos más grandes sacrificaban más de seis, diez, cincuenta, cientos de animales diariamente y nadie se dolía por ellos. Dios ha dejado el animal para que el hombre coma de su carne.

Pero ahora no era una vaca cualquiera, ni una muerte común.

La tercera noche fue dolorosa. Las mujeres lloraron y a más de un hombre se le saltaron las lágrimas. La vaca, que había estado silenciosa, comenzó a mugir. Sopló viento y el aire traía al vallecito los angustiosos quejidos de la bestia. Eran bramido apocalípticos como de trompetas de viejos siglos anunciando el fin de las cosas.

A tal punto dolían los terribles estertores que la gente volvió a insistir que tal vez no había una vaca alla arriba quejándose de la muerte que le venía de todos los puntos, sino que el hecho era, más bien, una ilusión, una apariencia dolorosa. Pero a Ño Juan le faltaba una vaca. Además se percibían los gritos perdiéndose en el valle, en las colinas.

Luego para mayor desconcierto sucedió que algún novillo desde abajo oyó la agonía de la compañera y empezó, en contrapunto doloroso, a responder con bramidos peores, más hondos y atormentados. Y esa dura noche se pasaron las dos almas bestiales rajeando un rosario en donde cada letanía apuñaleaba de pena la pobre humanidad de campesinos. Pocos lograron dormir, porque sentían ganas de bramar desde lo más recóndito de sus nobles y mansos corazones.

Mañana . . . oh mañana larga, tal vez el animal moriría y entonces la gente dejaría de padecer tanto.

La vaca hizo otro intento. Pero si al principio, llena de fuerzas no había podido echarse, ahora era más difícil. Resbaló y se detuvo con la nariz sobre la roca. Hizo esfuerzo y se tiró hacia atrás. Fue reculando. Cuando el sol se explayó, la bestia supo de la inminencia de la muerte. Luego empezó a temblar sobre las patas y sintió que se le nublaba la vista. Iba a entregarse al Creador; empezaba la muerte a recorrerle los vericuetos de la vida.

Entonces aparecieron los gallinazos. Primero fue el “caçicongo”, dominando en el cenit. Daba vueltas en semicírculos. Clavó su ojo infalible y descendió como una bala. Al rato acudieron, de todos los rincones del azulado cielo, manchas negras que sacudían sus alas. Olían carne moribunda a siete leguas. Una nube de animaluchos volaba sobre la gemebunda vaca, como una ronda infernal. La pobre no se daba cuenta; había perdido la conciencia.

La lengua era un trozo de trapo seco, no olía, no oía, no defecaba. Entonces la gente, abajo se dió cuenta que, al fin, iba a concluir la pesadilla. El primer “gallote” descendió en jicada, silbando como una bomba infernal; cayó, picó los ojos de la criatura y los vació. Bajaron otros, raudos y voraces. La vaca meneaba la cabeza, entregándose a la glotonería de los buitres. Mugía para adentro. Pronto los pajaracos le sacarían las tripas por el trasero. Iba a morir poco a poco mediante voraces e interminables picotazos.

—Si nosotros nos ponemos —dijo un muchacho—. Si nosotros quisiéramos . . . si tuviéramos valor —repitió— podríamos subir allá donde está la vaca y salvarla de su martirio.

Los viejos escupieron y se encogieron de hombros. Muy tarde lo habían pensado. Pero el muchacho se plantó en lo dicho.

—Si no tuviéramos miedo, si nos juntáramos todos. Veán, si lleváramos sogas y, hasta escopetas para espantar los gallotes. Todavía llegaríamos a tiempo para bajar la vaca.

—Déjese de eso, niño—, ripostó un viejo.

—Lo que pasa es que aquí no son tan hombres nada... Y se mueren de miedo por los duendes y las apariciones.

—Niño ,no son sosaj e uende... son cosaj e Dios—. Advirtió el viejo.

—Pero si hiciéramos el bien a la vaca... Si fuéramos los más muchachos y lleváramos coas y tulas para conseguirle agua, podríamos salvarle la vida a la vasa de Ño Juan...

Y entonces a los ruegos del muchacho se unieron ya otras voces. Tímidamente fueron apareciendo las opiniones de las muchachas y hasta la de los chiquillos, para quienes todo era realizable. Y se creó otra opinión, la opinión de que todavía se podía hacer algo.

Los jóvenes consiguieron coas, machetes, vasijas y escopetas. Detrás seguían alegremente los chiquillos, y luego las muchachas. Empezaron a escalar rápidamente las colinas. Ganaron la meseta. Se apresuraban.

Al llegar a la base del cerro empezaron a disparar las escopetas para ahuyentar los gallinazos. Las muchachas y los niños no subieron. Los jóvenes, machete en mano, iban por la ladera. Abajo, los viejos miraban la proeza, dudaban.

Con mucha cautela, los delanteros trochaban el cerro y clavaban estacones en los pasos más difíciles. Eran muchos. Todos los jóvenes del lugar. La idea prendió en sus pechos y alumbró sus conciencias; ya habían perdido lo peor, el miedo.

—Vieron, si es puro cuento. Podemos muchachos, si queremos, podemos subir—. Y al mismo tiempo gritaban y salomaban para darse más valor.

—Todo lo podemos, muchachos!

La tarde barría el cielo. Se refrescaba el ambiente. Salvo pequeñas incidencias no había acontecido ningún desliz. Todo iba bien. Había que apresurarse; debían estar en el plan del cerro antes de que se hiciera oscuro. Subían. Miraban hacia abajo.

—No miren para abajo, porque marea.

Hacían uso inteligente de coas, estacas y sogas.

Al fin, los buitres, con la llegada del crepúsculo, tornaban a sus guaridas. La tarde era clara. Abajo, las manchas blancas de la ropa de la gente iban de un lado a otro. Los viejos subían a la meseta, en donde estaban los niños y las muchachas.

De pronto, bordeando el crepúsculo, el primer muchacho puso las manos en la cima del cerro; no sin dificultad se encaramó. Resolló plenamente y se estuvo quieto. Luego se incorporó, lanzó una mirada a los espacios profundos de las hondanadas y tuvo miedo. Soplaba viento fuerte. Gritó como un héroe antiguo para darse valor. Empezaron a subir los otros. Al fin, llegaron todos. Entonces allá planearon la ascensión a la roca. Buscaron palos, hicieron escaleras. Pronto, antes de que el sol se echara en su nido, aún con lamparazos de luz en

los ribetes de las lomas, los más atrevidos percibieron la fetidez del animal moribundo, cegato, picoteado por todos lados. Tenía la lengua destrozada, las orejas comidas, las costillas modeladas sobre el pellejo. Toda la bestia quieta, lanzando imperceptibles mugidos de muerte incontenible. . . . Pobre animal!

Los muchachos pernoctaron en el plan del cerro. A la mañana siguiente el animal empezó de nuevo a mover la cabeza. La muerte se iba. Era más fuerte el poder de los jóvenes campesinos, el profundo sentido de humanidad de sus corazones. Nacía una nueva mañana, aunque jamás, la vaca pudiera percibirla, porque yacía muda y ciega. Una mañana más pura, de horizontes más dilatados.

Sin esperar a que el sol subiera, los muchachos hallaron modo de empujar la bestia hacia la orilla de la roca, y luego con diversos artificios campesinos pasar el cuerpo exánime a la plataforma del cerro, en donde le hicieron una fresca ranchería para reguardarlo.

Los muchachos nunca se cansaron de contar la historia de la vaca. La forma como día a día bajaban y subían aquel cerro para curar y cuidar la bestia moribunda. El cuento corrió por los caseríos comarcanos. Y los viejos labradores se convencieron de que más valía el ánimo y la resolución de ir adelante, que los frenos de las antiguas tradiciones.

Pero la vaca, ciega y muda, que ahora anda por allí rumiando la verdura de las huertas, jamás ha querido poner sus patas en las alturas y deambulaba sin más ni más, que el recuerdo de sus ojos rotos para siempre, pero como bandera singular de la hazaña de bravos corazones para quienes muy pocas cosas hay que eternamente sean imposible.

Santiago de Veraguas.

BIBLIOTECA NACIONAL DE PANAMA



3 4189 00062 3285

*Se terminó la impresión de esta obra el 10 de
mes de Agosto de 1960 en los talleres de la
Imprenta Nacional. La edición consta de
mil quinientos ejemplares.*

terio de Educación. El fino oído del poeta adolescente, su despierta sensibilidad, la sorprendente originalidad de sus temas y de su expresión poética, llaman poderosamente la atención y denuncian el surgimiento de una personalidad artística de extraordinario vigor y de exquisitas posibilidades.

Inmediatamente, el joven poeta comienza a abrirse paso en el campo de las artes y las letras. Como pintor no solamente produce cuadros y dibujos de gran interés sino que, además, encauza y orienta a un grupo de jóvenes alumnos de la Normal de Santiago, entre los cuales se destaca Adriano Herrera Barría, actualmente en España. Como músico, compone una serie de magníficas canciones infantiles, muchas de las cuales forman parte del repertorio de los maestros rurales de todo el país. Como literato, gana el primer premio de un Concurso de Cuentos en honor de la madre y el segundo premio del Concurso Ricardo Miró con un hermoso libro —"Poemas Corporales"— que luego aparece en una edición lamentablemente pobre y descuidada.

Actualmente, Carlos Francisco Changmarín, que ha visitado gran parte de Europa y Asia, tiene un taller fotográfico en Santiago y sigue cultivando sus valiosas dotes de pintor, músico y poeta.

* * *

OBRAS:

"Punto'e llanto". 1948.

"Poemas corporales". 1956.

"Socabón". 1959.

